

S
S

SERVICIO SECRETO

DAVI KING

BOXING

LOS TRAIADORES DE BROOKLYN

ben bryons

BB

LOS TRAIADORES DE BROOKLYN

BEN BRYONS

LOS TRAIADORES DE BROOKLYN

Col. SERVICIO SECRETO n.º 892

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPÓSITO LEGAL B 20469-1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.^a EDICIÓN - NOVIEMBRE 1963

© BEN BRYONS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 3712/63



CAPÍTULO PRIMERO

CUANDO BASIL Dexter pulsó la palanca que marcaría en una cartulina alargada su hora de entrada, no podía pensar que le quedaba muy poco tiempo de permanencia en la fábrica como empleado de la misma. Lo empezó a sospechar minutos después. En el mismo instante en que Newman, el capataz, avanzó hacia él, enseñando sus dientes negros de nicotina.

Sus sospechas no carecían de base.

Basil Dexter se había despedido aquella mañana de Cicely a escasas yardas de la fábrica, como siempre hacía.

—Hasta la tarde, Cis.

—Adiós, Basil.

Cicely era una muñeca rubia, de ojos azules, cuya silueta estaba proporcionada de tal forma, que hubiera resultado una firme candidatura para la elección de “Miss América” si se hubiese propuesto optar a dicho honor.

No obstante, la joven no aspiraba a tales empresas. Ella se consideraba feliz con su trabajo en el gran taller de modistería de la Calle 72, a pesar del largo trayecto que le suponía todas las mañanas al llegar a él desde su modesta casa de Brooklyn, atravesando Manhattan y Harlem, y utilizando para ello el “subway”, primero, y el autobús, después.

Sin embargo, la longitud del desplazamiento tenía un aliciente:

hacerlo con Basil.

Se podía asegurar que aquella hora larga de camino era un viaje de placer para ambos jóvenes; un viaje que para ellos pasaba en un vuelo y que terminaba, todas las mañanas, en la misma esquina de la Calle 72.

—Hasta la tarde, Cis.

—Adiós, Basil.

El joven soltaba la mano de su novia y la veía alejarse a lo largo de la calle. Luego giraba sobre sus talones y seguía andando hasta llegar a la fábrica.

Y aquella mañana, cuando el muchacho sostenía aún la tibia mano de Cicely, Newman bajó del autobús, miró fijamente a la joven y sonrió estúpidamente, que era la manera que él tenía de hacerlo cuando le gustaba una mujer. Después escupió la colilla que tenía entre los labios y, sin abandonar su sonrisa idiota, salvó las escasas yardas que le separaban de la gran verja de entrada, sin volver una sola vez la mirada hacia la pareja.

Minutos después, Basil Dexter le vio en los vestuarios, poniéndose el mono de trabajo junto con los demás compañeros.

—Hola, Basil —saludó Newman, colocándose ante el joven—. Muy de mañana empiezas la caza de la paloma... y ¡vaya paloma!

—No quiero bromas, Newman —advirtió Dexter, desabrochándose la guayabera de cuero—. Esa mujer va a ser mi esposa.

Newman se apretó los costados con sus enormes puños.

—¡Ja, ja! ¿Habéis oído, chicos? El nene se nos casa.

Basil Dexter notó cómo la sangre comenzaba a hormigearle en las venas y empezó a contar hasta cien.

—¿Es que no hay nadie capaz de darle un buen consejo al crío? —seguía diciendo Newman, vuelto hacia los otros hombres, que se ponían sus ropas de trabajo—. ¡Bah! Vosotros ni sois compañeros ni sois nada. Se lo daré yo mismo. Escucha, chaval; para tener a la paloma no es necesario construirle un palomar...

—¡Cuidado, Newman...! —silabeó Dexter, dejando de contar en el ochenta y cinco.

El capataz parecía estar dispuesto a no tener ningún cuidado.

—Claro que hay palomas... y palomas. La tuya es de raza. Se le

nota en la figura, ¿verdad, muchachos? ¿Dónde la encontraste, Basil? ¡Ja, ja!

Los grises ojos de Dexter relampaguearon y apretó los dientes con fuerza.

Sabía que Newman era un tipo insolente, amigo de imponer su autoridad por la fuerza, y con una rara habilidad para tergiversar las explicaciones en presencia de sus superiores, de manera que las culpas recayeran siempre sobre su víctima.

Y la víctima, en aquel caso era él.

No tenía más remedio que contener su fuerte carácter. En aquellos momentos no podía exponerse a ser despedido de la fábrica. Relajó sus músculos, bajó la vista y, cogiendo su traje de faena, separóse de Newman.

La jornada de trabajo transcurrió sin más incidentes. Al sonar la sirena que daba fin al mismo, Dexter corrió a los vestuarios, se puso su ropa de calle y salió el primero. No quería chocar con el insolente capataz. Estaba seguro que dicho choque sería una amarga, experiencia para él. Existían precedentes que así lo atestiguaban.

Mas el pendenciero Newman no debía pensar lo mismo. Alcanzó al muchacho antes de que este llegara a la esquina de la Calle 72, donde debía esperar a Cicely. Detrás del corpulento capataz avanzaban varios de sus incondicionales, bailándoles los ojos de alegría ante el espectáculo que, sin duda, iban a tener la suerte de presenciar.

—¡Eh, tú! —gruñó el hombrón, reteniéndole por un brazo—. ¿Es que no te ha parecido bueno el consejo que te di antes? ¡O es que no eres capaz de llevarlo a la práctica? Déjame a mí a la paloma y verás cómo se hacen las cosas, ¡ja, ja!

Aquello era demasiado. Una cortina roja nubló la vista de Basil Dexter. De un movimiento brusco se deshizo de la mano que le atenazaba el brazo, y su puño derecho saltó contra los dientes, negros de nicotina, de Newman. El capataz se tambaleó como un borracho y, tropezando con sus propios pies, fue a parar al suelo.

Se apagaron las risas irónicas, y un movimiento de inquietud recorrió las filas de los compañeros de los dos hombres. La cosa parecía ir en serio y presumía tener mayor alcance que el pensado en un principio. Y lo malo era que los acontecimientos se iban a

desarrollar demasiado cerca de la verja que circundaba el gran patio de la fábrica.

Después de pasarse el dorso de la mano por los labios, de los qué manaba un hilillo de sangre, Newman se incorporó. En su mirada se reflejaba la ira.

—¡Esto lo vas a pagar caro, imbécil! —masculló, y se abalanzó recto hacia Basil, resoplando como una locomotora.

Esta vez fue el puño izquierdo del muchacho el que detuvo la loca carrera de la locomotora. Newman manoteó unos instantes en el aire. Los instantes justos que Dexter tardó en rematar un formidable derechazo, que se estrelló contra la mandíbula del capataz y le hizo derrumbarse de nuevo contra el suelo para no levantarse de él.

Cuando sus compañeros y algunos curiosos transeúntes se apelotonaron alrededor del caído cuerpo de Newman, Basil Dexter no ignoraba que aquella rápida y contundente victoria sobre el capataz cambiaría el curso de su vida; pero lo que el joven ignoraba por completo es que la fuera a cambiar de una forma tan rotunda como para que se viera metido en un embrollado asunto en el que tendría que intervenir el F.B.I.

No tardaron mucho en materializarse las desagradables consecuencias de aquel fuera de combate.

A la mañana siguiente, Basil Dexter fue “invitado” por sus jefes a abandonar la fábrica lo más rápidamente posible. El motivo era tajante y claro: Agresión a un superior, “sin causa justificada”.

Con veinticinco dólares y treinta y cinco centavos, parte proporcional de su jornal en aquella semana, el joven salió del Bronx; dispuesto a atravesar Harlem y Manhattan, en dirección a Brooklyn.

Con aquella miserable cantidad no tenía ni para pagar lo que le debía a la señora Feldman. Pero eso no era lo malo. ¿Cómo explicar a Cicely su “salida triunfal” de la fábrica?

Ella no presenció la pelea de la tarde anterior. Afortunadamente, no llegó a tiempo para ello y el joven no quiso esperarla. Se largó de allí casi antes de que Newman besara el suelo por segunda y última vez. ¿Qué iba a decirle ahora? Su novia siempre le había reprochado su carácter demasiado violento y ¡por todos los diablos! que tenía razón.

—¡Maldito orgullo! —se dijo—. No sé adaptarme a las circunstancias. Eso es lo que pasa.

Las primeras horas de la noche le alcanzaron a orillas del East River, apoyados los codos sobre la baranda de piedra y repitiéndose la misma frase.

—Soy una calamidad. Un inadaptado.

Abajo, las aguas se volvían negras a medida que iba oscureciendo. A su derecha se iba difuminando, entre la niebla el imponente armazón del puente de Brooklyn. Hacía frío. Basil Dexter se subió el cuello de la guayabera.

Así estuvo mucho tiempo. Hasta que la voz del hombre sonó a su lado:

—¿Quieres ganarte sesenta dólares en un cuarto de hora, muchacho?

Basil volvió la cabeza. La punta encendida de un cigarrillo iluminaba un rostro de nariz aplastada, rematado por un sombrero con el ala echada sobre los ojos.

—Sesenta dólares en un cuarto de hora —repitió Basil con ironía—. ¿Cree que me he caído de la cuna esta mañana?

El hombre chupó de su cigarrillo y expelió una blanca columna de humo.

—De la cuna es posible que no, pero de tu trabajo...

Basil Dexter miró fijamente a aquel individuo y entonces se dio cuenta de que su cara no le era desconocida.

—¿Qué pretende insinuar? —preguntó.

—Ya lo he dicho, muchacho. Pretendo hacerte ganar sesenta dólares en un tiempo insignificante. Pero si no quieres... buscaré a otro.

—Ya puede empezar a buscarlo. No me interesa.

El hombre se encogió de hombros y, arrojando la punta del cigarrillo a las aguas del río, dio media vuelta. Dexter se quedó con la mirada fija en sus espaldas.

Sesenta dólares era lo que ganaba a la semana en la fábrica. ¡Y aquel tipo se los ofrecía por un cuarto de hora de trabajo! Sesenta dólares y veinticinco que tenía en el bolsillo eran ochenta y cinco. Con aquello ya se podía hacer algo.

—¡Eh, oiga! —llamó, siguiendo los pasos del desconocido—.

¡Espere!

El hombre se detuvo y giró sobre sus talones.

—¿De qué se trata? —quiso saber Basil, parándose ante él.

—Bien, muchacho —sonrió el desconocido—. Eso es hablar con sensatez. Te aseguro que no te arrepentirás de haber aceptado. Vamos a un sitio donde podamos hablar tranquilamente.

Dexter siguió al hombre de nariz aplastada. Se retiraron de la orilla del río y se adentraron en Brooklyn. Los dos caminaban en silencio. No tardaron en llegar a Joralemon Street. Allí el desconocido le condujo hasta un establecimiento de cuyo interior salía olor de tabaco negro, mezclado con el de cerveza agria. Dexter ya conocía aquel antro.

Era la taberna de “El Turco”.

En el interior la atmósfera era densa y pringosa. A la izquierda había un mostrador, forrado de zinc, y al fondo, una puerta de cristal esmerilado conducía a una sala con mesas de billar. En un rincón, una “juke-box” lanzaba al aire la explosiva voz de Elvis Presley, interpretando un “rock”.

“El Turco”, al que nadie sabía por qué se le llamaba así, pues ni era turco ni había estado en su vida en Turquía, se hallaba detrás del mostrador con los musculosos brazos al aire como para imponer respeto a los posibles agitadores.

—¿Qué hay, “Turco”? —saludó el desconocido.

—Hola, Whitney. ¿Qué ponemos?

—Dos cervezas.

El llamado Whitney y Basil se encaramaron sobre las altas banquetas, al lado del mostrador, y cuando tuvieron las dos jarras de espumoso líquido ante sí, el hombre de nariz aplastada dijo:

—¿Has boxeado alguna vez, muchacho?

—Nunca —respondió Dexter, tomando un sorbo de agria cerveza.

—¿Pero habrás visto combates de boxeo? —insistió Whitney.

—Dos o tres.

—Pues por la forma que tumbaste ayer a ese tipo grandullón se diría que eres un auténtico campeón.

Ahora recordaba Basil de qué conocía aquella cara. La había visto fugazmente al abandonar el escenario de su “hazaña”.

—¿Estaba usted allí? —preguntó el joven, por decir algo.

—Allí estaba, muchacho —respondió Whitney, apurando su cerveza—. Te aseguro que esa derecha podría llegar a valer mucho dinero.

—¿Sesenta dólares?

—De momento, sesenta, luego...

Basil cortó con un ademán la frase, vació su vaso de un trago y descendió del taburete.

—No siga, Whitney. Se ha equivocado de puerta. No me interesa el boxeo.

Whitney le agarró de la manga de la guayabera. Elvis Presley había terminado, afortunadamente, su “rock”, y el ruido de los “tacos”, al golpear las bolas de marfil se oía al otro lado de la puerta del fondo.

—¡Eh, muchacho! No seas vehemente y escúchame. ¿Necesitas el dinero, sí o no?

—Claro que lo necesito. ¿No sabe que me han despedido de la fábrica? Hasta ahora, es para lo único que me ha valido mi derecha.

—Atiende entonces —continuó el hombre, haciéndole sentarse de nuevo—. ¿Has oído hablar de “Tiger” Kane?

—Es un ídolo del cuadrilátero, aquí en Brooklyn, ¿no?

—Algo así —admitió Whitney—. Pues bien; pasado mañana, “Tiger” Kane tiene que realizar una exhibición ante su público. Un combate, podríamos decir, de mentira, ¿comprendes?

—A medias —replicó Dexter—. ¿Usted pretende insinuar que yo tendría que enfrentarme con ese Kane?

—¡Bravo, muchacho! —exclamó Whitney—. No insinúo. Te ofrezco la oportunidad de ganarte sesenta dólares por no hacer nada.

—En eso tiene razón, Whitney —afirmó Basil—. Yo no haría nada. Me lo harían todo a mí.

—Creo que no me has entendido del todo —insinuó el hombre—. Tú no tienes que hacer más que cubrirte medianamente bien y dejar los puños quietos y Kane se limitará a “marcar” los golpes.

Basil Dexter quedó pensativo un momento. Cogió la jarra de gruesos cristales y la miró al trasluz. Verdaderamente, si se trataba

solo de eso, no existía mucho riesgo. Efectivamente, sabía que en los combates de exhibición no se pegaba. Era como una especie de entrenamiento en el que el ídolo demostraba su clase. Pero...

—¿Y por qué no se enfrenta Kane con un profesional? —concluyó, exteriorizando, sus pensamientos.

Whitney soltó una risita mientras encendía un pitillo.

—¡Cómo se nota que no conoces el mundo del boxeo! —dijo—. ¿Crees que hay algún profesional que acepte uno de esos combates? Es un desprestigio para ellos.

—Pero los “sparrings”...

—Los “sparrings”, aquí en Brooklyn, son boxeadores que aceptan entrenar a los ídolos en el anonimato de un gimnasio, pero no ante diez mil espectadores.

Dexter dejó la jarra sobre el mostrador y se pasó la mano por el revuelto cabello.

—¿Ha dicho sesenta dólares?

—Eso he dicho.

—Acepto.

CAPÍTULO II

JOEL DIAMOND clavó su mirada en el muchacho vestido con guayabera de cuero que tenía ante él.

Diamond se había hecho famoso en aquella parte de Brooklyn como promotor de combates de boxeo, que organizaba en el local de su propiedad con capacidad para diez mil vociferantes moradores del populoso barrio neoyorquino. La parte izquierda de su boca se cerraba siempre sobre la punta de un cigarro habano, que masticaba con fiereza y que hacía que por el otro lado, cada vez que hablaba, saliese una apestosa vaharada de aliento.

Ahora se hallaba detrás de su mesa de despacho, con el cuello de la camisa desabrochado y la corbata floja, enseñando los peludos brazos por la arremangada camisa. A un lado aparecía Whitney, cuya aplastada nariz se había hecho ya al oloroso aliento de su jefe y le dejaba insensible. Por entre la puerta entreabierta llegaba, en oleadas, un confuso clamor, mezclado con silbidos y aplausos.

—Bien, chico —dijo el promotor, hablando y masticando al mismo tiempo—. Has aprendido rápidamente la lección. Demostraste en el gimnasio tener bastante estilo. Ahora ya sabes lo que tienes que hacer. “Tiger” Kane no te tocará, pero debes facilitarle la labor. ¿Entendido?

—Entendido.

Diamond se volvió hacia su segundo.

—Whitney, llévale a las cabinas.

Conducido por Whitney, Basil Dexter se encaminó al vestuario. En el pasillo se cruzaron con unos hombres, que transportaban, en una especie de camilla, a un individuo completamente inconsciente, mientras fuera se oía el escándalo de silbidos y el patalear de miles de pies sobre el suelo de madera.

—Ese muchacho no vale para el “ring” —comentó Whitney, señalando al inconsciente—. Siempre se lo he dicho.

En la habitación donde le condujeron, Basil se cambió de ropa. Se vistió el calzón, se puso las botas y Whitney le vendó las manos.

—¿Estás nervioso? —preguntó el hombre de nariz aplastada.

—Nunca me pongo nervioso cuando voy a ganar dinero.

Poco después penetraba en la estancia un hombre, que anunció:

—Vamos, muchacho, te toca a ti.

Basil se echó sobre los hombros un albornoz y se dirigió a la puerta.

—Ya sabes las instrucciones —recordó Whitney—. Yo estaré en tu rincón.

Por entre un estrecho pasillo de butacas, se encaminaron al “ring”. Alrededor de los focos se percibía el vuelo de una legión de moscas, que atravesaban el humo de la cargada atmósfera. El local estaba repleto de público, que mascaba goma y comía granos de maíz tostado.

Cuando Basil Dexter subió al cuadrilátero, fue acogido fríamente. Los espectadores sabían que se trataba del “sparring”, encargado de enfrentarse a “Tiger” Kane.

La aparición sobre la lona del ídolo de Brooklyn fue acogida con una estruendosa ovación. Los músculos de Kane resaltaban bajo su epidermis como gruesos cables, y en su boca dibujábase una sonrisa irónica, que estrechaba aún más su ya escasa frente.

Los dos hombres acudieron al centro del “ring”, requeridos por el árbitro, quien les dio una serie de consejos mientras se calzaban los guantes. Después, ambos fueron a situarse a su rincón, donde quedaron de espaldas al centro en espera del comienzo del combate.

El silencio era profundo. Se podía oír el ruido que producían en las bocas los granos de maíz. El zumbido-indicador de “segundos fuera” se oyó, y poco después sonó la campana.

Basil Dexter se volvió y avanzó hacia su contrario, cubriéndose lo mejor que sabía. Kane hizo unas fintas, amagó con la izquierda y “marcó” perfectamente un directo a la mandíbula, que el público coreó con un inmenso gruñido. Con hábiles y flojos golpes de ambas manos, “Tiger” Kane le llevó hasta las cuerdas. Dexter sintió

el áspero roce en su espalda y buscó el cuerpo a cuerpo, trabando los puños de su adversario con sus brazos. Un rugido de la masa le dio a entender que aquello no estaba bien.

“Tiger” Kane se despegó y dejóse llevar hasta el centro del cuadrilátero. La sonrisa irónica del ídolo de Brooklyn comenzó a desagradar a Basil. Vio un hueco y estuvo a punto de meter el puño derecho; pero se contuvo a tiempo. Había que ganarse los sesenta dólares.

El público empezó a impacientarse.

—¡Vamos con él, “Tiger”! ¡Machácalo!

—¿No ves que es pastel de manzana? ¡Cómetelo!

“Tiger” Kane seguía sonriendo, mientras sus piernas se movían ágilmente frente a Dexter, y sus puños buscaban los sitios descubiertos con gran maestría. De nuevo se trabaron sus brazos y el joven sintió cómo Kane apoyada la barbilla en su hombro y decía:

—¡Cúbrete el estómago, muchacho! Lo dejas muy al descubierto.

Cuando se separaron, Dexter bajó la guardia y, de pronto, se estrelló contra su mandíbula el guante izquierdo de Kane. El cuero restalló sobre el rostro como un disparo, y Basil cayó sobre la lona con la impresión de que una mula le acababa de soltar una tremenda coza. Se le nublaron los ojos. El árbitro comenzó a montar, separando un poco a “Tiger” Kane.

—¡Uno...!

Basil notó contra sus narices el olor a resina de la lona y se despejó un poco. Oyó el clamor del público, que aplaudía frenéticamente a su ídolo. Sintió cómo algo le recorría la espina dorsal. Era la rabia y el orgullo.

¡Aquello no era lo convenido! Le habían prometido que “Tiger” Kane no pegaría fuerte.

El árbitro seguía, inexorable:

—¡Cinco... seis...!

Apretó las mandíbulas y se puso de rodillas. Meneó la cabeza con fuerza, intentando deshacerse de aquella neblina esponjosa que le envolvía.

“¡Esto no puede quedar así!”, pensó, rabiosamente.

Se levantó, mirando a Kane, que seguía sonriendo, dando pequeños saltitos sobre la lona. Avanzó hacia él.

¡Aquella maldita sonrisa! El árbitro se retiró y los dejó frente a frente. El público animaba constantemente a Kane.

—¡Es un pajarito para ti, “Tiger”!

¡Él un pajarito! Vio, como un relámpago, la sonrisa de su rival. No tenía cara. Solo boca y dientes. Soltó su derecha, como un cañonazo, contra la odiosa sonrisa. Silbó el puño en el aire y “Tiger” Kane saltó hacia atrás, con el asombro reflejado en sus innobles ojos, desplomándose pesadamente sobre la lona.

Un silencio de estupefacción recorrió las filas de butacas. El público hasta se olvidó de mascar el maíz y la goma.

—¡Uno... dos...! —resonó la voz del no menos estupefacto árbitro.

Basil Dexter se miró asombrado su puño derecho, cubierto por el gran guante. Hubiese jurado que solo había rozado la mandíbula de Kane. ¿Tendría razón Whitney al asegurar que poseía una derecha prodigiosa?

—¡...Cinco... seis... siete...!

“Tiger” Kane seguía inmóvil sobre la lona, boca abajo y con los brazos extendidos. La realidad debió comenzar a abrirse paso por los cerebros de los masticadores de goma, porque se oyó un ligero murmullo, que provenía de las filas de atrás, y que se fue extendiendo por toda la sala como un oleaje.

—¡...Ocho... nueve...!

¡Y allí estaba el ídolo de Brooklyn, como un poste roto, sin mover un solo músculo de su cuerpo! Basil Dexter deseó vehementemente que se levantara en el último instante. De haber podido, le hubiese ayudado a hacerlo él mismo.

—¡...Diez...!

En la sala pareció romperse un dique, que hasta aquel momento hubiese contenido la avalancha sonora. Cerca de diez mil gargantas rugieron, sintiéndose defraudadas, y casi veinte mil pies patearon, considerándose estafados.

Basil Dexter sabía que aquello no iba con él; pero le impresionó tanto como si hubiese ido. Se sentía culpable mientras el árbitro levantaba su brazo y le daba por vencedor. Casi cruzó avergonzado

por el estrecho pasillo en dirección a los vestuarios.

Un hombre, que se sentaba en una de las butacas, muy cerca del pasillo, se levantó al pasar él y le miró fijamente, acariciándose el mentón. Los ojos de Dexter se cruzaron con los del hombre, como atraídos por una fuerza misteriosa. Aquel individuo no vociferaba. Se limitaba a mirar pensativamente. Aparentaba unos cuarenta y tres años, se cubría con un sombrero de fieltro gris y usaba corbata de lazo.

Los ojos de Dexter estuvieron un momento enredados en los del otro hasta que Whitney le empujó hacia adentro. Dos o tres periodistas intentaron acercarse a él, pero el hombre de nariz aplastada los despachó enérgicamente.

—¡Vaya derecha, muchacho! —fue lo último que oyó antes de que la puerta del vestuario se cerrara tras él.

Cuando se estaba vistiendo la guayabera de cuero entró Joel Diamond. Se había puesto la chaqueta, pero el nudo de su corbata seguía flojo y la punta del cigarro habano apagado. A Basil le pareció que no venía de muy buen humor.

—Esto no era lo pactado, chico —dijo, cerrando la puerta tras él.

Los grises ojos de Dexter se tornaron duros como el acero.

—Él pegó primero —se defendió—. Tampoco eso era lo pactado, ¿no?

—Me has puesto en una situación difícil —siguió el promotor—. Podías haber aguantado un poco.

—¿Y que mientras tanto su campeón me destrozara la cara? —gruñó Dexter, acercándose—. Lo siento, señor Diamond, pero su ídolo debió tener más cuidado. Además, creo que no le pegue tan fuerte. Ahora deme mis sesenta “pavos”. Tengo prisa.

—No debía dártelos —sonrió Joel Diamond a través del puro—, pues no cumpliste mis órdenes.

Basil miró fijamente al promotor.

—Supongo que está bromeando —silabeó.

—Hace mucho tiempo que no bromeo, chico. Sin embargo, te diré una cosa; me has caído bien y le voy a pagar la “pasta” prometida. Toma.

Diamond sacó de una abultada cartera tres billetes de veinte

dólares y se los entregó a Dexter, que los guardó sin mirarlos.

—Escúchame un momento, chico —siguió el promotor—. No creas que estoy enfadado. Ese derechazo fue un golpe maestro. Llevo muchos años dedicado al boxeo y te aseguro que en esa mano tienes una fortuna. Yo haría de ti un campeón.

—No me interesa el boxeo —dijo Basil, dirigiéndose a la salida. Diamond se cruzó en su camino.

—Óyeme, chico... En menos de un mes te presentaría en el “Madison” y en dos meses te conseguiría un combate en Europa. Piénsalo y ven a verme.

Basil Dexter salió del vestuario, desorientado. ¿Qué debía hacer? Nunca había pensado, ni remotamente, que tuviera porvenir en el boxeo. Pero todos aseguraban que su derecha era un prodigio. ¿Qué pensaría Cicely de todo aquello?

Se detuvo un momento en la puerta que conducía al “ring”. Una vez terminada la velada, el local estaba completamente vacío. Los focos que iluminaban el cuadrilátero estaban apagados y todo parecía triste. En su imaginación, oyó el clamor del público aplaudiéndole a él. Al gran Basil Dexter. Luego el clamor cesó y escuchó a Joel Diamond: “Yo haría de ti un campeón”.

Cuando salió a la calle, se paró un momento a respirar el aire frío. Sintió que su cabeza se despejaba. En el bolsillo de su guayabera notaba el agradable contacto de los sesenta dólares.

—Dexter.

Basil se volvió hacia el hombre que acababa de pronunciar su apellido. Llevaba corbata de lazo y se cubría con un sombrero de fieltro gris. Era el individuo que, poco antes, se le quedó mirando, en silencio, en su camino hacia los vestuarios. Emanaba de él una gran personalidad y parecía tener plena confianza en sí mismo.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó el joven.

—Eso no importa —respondió el hombre, colocándose a su lado—. Parece que tiene usted una derecha fantástica.

—Eso es lo único que oigo desde hace una hora.

—Sin embargo, un observador atento habría visto algo anormal en ese K.O. —objetó el desconocido.

—¿Ha sido usted ese observador?

—Tal vez.

Basil Dexter se impacientó.

—Mire, amigo, no quiero saber nada de todo eso. Yo estoy al margen del boxeo. Me ofrecieron sesenta dolaras por enfrentarme a Kane en un combate de exhibición. Se me escapó la mano y le tumbé. A pesar de eso, yo he cobrado mis sesenta “pavos”. Es lo único que me importa. Creo que, para ser usted un hombre al que no tengo el disgusto de conocer, ya le he explicado más de lo que se merece.

Dexter dijo las últimas palabras dando media vuelta y empezando a andar. El hombre quedó inmóvil, fija su mirada en la silueta del joven, que se alejaba con pasos rápidos. Después se ajustó el sombrero de una manera mecánica y, girando sobre sus talones, marchó en dirección contraria a Basil Dexter.

CAPÍTULO III

LOS billares que “El Turco” tenía en la parte trasera de su establecimiento estaban siempre llenos de individuos que no tenían ni un minuto de tiempo libre para trabajar. Algunos, armados de sus “tacos”, golpeaban las bolas blancas y rojas en difíciles carambolas; pero los más limitábanse a mirar con expresión de maestros, que en la mayoría de los casos, ocultaba una falta absoluta de fondos monetarios que les permitiera intervenir efectivamente en las partidas.

“Tiger” Kane, en mangas de camisa y con la punta de un cigarrillo entre los labios, se inclinaba sobre un tapete verde por el que se deslizaban las esferas de marfil a cada golpe dado secamente. A su alrededor hacían círculo los mirones, entre los que se adivinaba algunos compañeros del boxeador por sus aplastadas narices.

Después de hacer una carambola a tres bandas, Kane se irguió y levantó la jarra de cerveza, que descansaba en el borde de la mesa.

—¡Vamos, amigos! —exclamó con la jarra de gruesos cristales en alto—. Esta noche beberéis todos a mi salud. “Tiger” Kane paga toda la cerveza que seáis capaces de tragar en diez minutos.

Se originó una desbandada hacia la puerta de salida, en la que se formó una tremenda confusión al intentar ser todos los primeros en pasar. Una vez que lo hubieron conseguido, se abalanzaron sobre el mostrador, pidiendo bebida con la rapidez de reactores. Allí había individuos capaces de ingerir en diez minutos un estanque de cerveza.

“Tiger” Kane los vio salir entre grandes carcajadas. En menos de un minuto, la sala de billar quedó desierta de mirones y de jugadores.

Pero no todo el mundo había acudido al mostrador.

Un hombre, cubierto con un sombrero de fieltro gris, quedó apoyado en una de las mesas, fumando lentamente. Kane se dirigió hacia él, enseñando los dientes en su peculiar sonrisa.

—¿Usted no bebe, amigo? —dijo el boxeador, clavando una insolente mirada en el hombre.

—Ya lo hice antes —respondió el solitario.

—Pero antes no invitaba yo.

—¿Qué te pasó anoche en el “Diamond Arena”, Kane?

La sonrisa se extinguió en los labios de “Tiger” y sus ojillos miraron fijamente al desconocido.

Tras la puerta del billar, los amigos del boxeador seguían tragando litros de cerveza.

—Un golpe de suerte —respondió “Tiger”—. Me confié demasiado.

El desconocido lanzó una bocanada de humo y sonrió ligeramente.

—¿Sabes que ese muchacho era la primera vez que subía a un ring?

—¿Qué pretende insinuar?

—El golpe llevaba dinamita —siguió el hombre del sombrero de fieltro—, pero tú lo esquivaste bastante bien. ¿Es que te tumbó el aire?

La expresión de “Tiger” Kane se tornó amenazadora. Dejó la jarra de cerveza en una de las mesas y avanzó hacia el hombre.

—¿Qué tonterías está diciendo? ¿Es que le ha sentado mal el whisky?

—¿Tonterías? —repitió el curioso sujeto—. La invitación que has hecho a ese enjambre de sedientos te va a costar, por lo menos, veinticinco dólares. ¿Desde cuándo “Tiger” Kane celebra con tanta magnanimidad sus derrotas?

Entretanto, “El Turco”, reloj en mano, daba por terminados los diez minutos de consumición y los amigos de Kane volvían a la sala con menos prisa que al salir, pero con mucha más cerveza en el estómago. Vieron como “Tiger” Kane estaba junto a un individuo al que decía:

—Oiga, amigo, ¿sabe lo que le puede ocurrir al que mete la cabeza en las fauces del león?

—¿Cuánto te han pagado por simular ese K.O., “Tiger”? — siguió preguntando el hombre. Y su clara voz fue oída por todos los que entraban.

—Usted se lo ha buscado, “don curioso” —gruñó Kane, poniéndose junto a él—. El león va a cerrar la boca.

Al mismo tiempo de decir esto, el puño izquierdo del boxeador buscó el mentón del hombre; pero cuando el golpe llegó hasta donde una fracción de segundo antes estaba aquel mentón, este ya había desaparecido de allí.

“Tiger” Kane sintió cómo su brazo era apresado y en un brusco movimiento, era volteado a dos metros del suelo, aterrizando sobre el verde tapete de la mesa donde estuviera apoyado el desconocido.

El círculo de caras hostiles, que se había formado junto al hombre del sombrero de fieltro, se fue estrechando. La actitud del grupo era inquietante. El desconocido miró a su alrededor. No tenía salida posible. No quedaba otro remedio que hacer frente a aquellos hombres, varios de los cuales eran pugilistas.

De un revés, y con el borde de la mano extendida, cortó el aire y a punto estuvo de cortar el cuello más cercano que se encontró en su camino; pero entonces, uno de los que se hallaban de costado le asestó un tremendo puñetazo en el hígado, que le hizo saltar de lado sobre otro puño cerrado.

Fueron unos minutos salvajes en los que el círculo de verdugos se ensañó con la víctima. Por las comisuras de los labios del desconocido se escapaban dos hilillos de sangre. El hombre iba de un lado a otro como un borracho, siendo rechazado por enormes mazazos, que buscaban los puntos más vulnerables de su cuerpo y que no le dejaban caer al suelo, donde hubiese encontrado un descanso para aquel cruel suplicio.

En aquel instante, “El Turco” apareció en la puerta. Su musculoso brazo derecho empuñaba una cachiporra de cuero, rellena de arena, que ya había probado más de una vez la dura cabezota de alguno de sus clientes.

—¡Quietas, chacales sarnosos! —rugió el tabernero, lanzándose recto contra el círculo.

La cachiporra volteó el aire y cayó, implacable, sobre un par de espaldas. En diez segundos volvió a quedar de nuevo la sala de billares vacía. “El Turco” y su contundente cachiporra, en el centro,

como un símbolo de la justicia por la fuerza.

El hombre del sombrero de fieltro se agarraba a una de las mesas de verde tapete en un desesperado esfuerzo por mantenerse erguido. Pero el castigo recibido había sido demasiado duro y, poco a poco, fue resbalando, hasta quedar tendido en el sucio suelo, con la cara manchada de sangre y la respiración entrecortada.

* * *

—Daniel, no tienes arreglo posible. Siempre serás el mismo.

La frase fue pronunciada por una mujer, que aparentaba tener unos treinta años, aunque quizá tuviese más. A su lado, sobre la blanda mesa metálica de cocina, un rollo de gasas, esparadrapo y un frasco de mercurocromo. En una silla estaba el hombre del sombrero de fieltro gris al que la mujer llamó Daniel. El sombrero no se veía por parte alguna, sin embargo, la corbata de lazo seguía resaltando sobre su camisa blanca, manchada en algunas puntas de gotitas de sangre reseca.

—¿Qué haría yo sin mi mujercita preciosa? —sonrió el hombre, intentando coger las manos de la mujer.

—Si no te estás quieto no podré curarte —dijo ella, comenzando a desenrollar gasa—. Me gustaría saber por qué te tienes que meter en estos líos, sin necesidad de ello. Cualquier día, alguien aparecerá por esa puerta para anunciarme que han encontrado el cuerpo de mi marido con una puñalada en la espalda o con un tiro en la nuca.

—Es la profesión, Susan —explicó el hombre, dejándose lavar las heridas que presentaba en el rostro—. Ya deberías estar acostumbrada. Pero no te preocupes. Tu marido tiene siete vidas.

—Pero ahora estás de permiso, Daniel —objetó la mujer—. Así y todo, tú no escarmentarás. A veces me pregunto de quién estás más enamorado, de tu Oficina Federal o de mí.

—No se puede comparar, Susan —protestó Daniel. Luego se quedó pensativo y siguió—: Es todo muy extraño, querida. Estoy seguro que todo esto esconde algún sucio manejo.

—Los policías veis asesinos por todas partes —se quejó Susan, pegando un trozo de esparadrapo sobre la mejilla de su esposo—. ¿Quién me mandaría a mí casarme con uno de ellos?

Daniel no contestó. Parecía abstraído en sus pensamientos.

—Susan —dijo al fin—, no hace todavía un año, Joel Diamond “descubrió” a otra estrella del boxeo. Era un hombre de la calle. Yo sé que no había pisado un cuadrilátero en su vida; pero Diamond le subió al “ring” y le hizo ganar dos o tres combates por K.O. Fueron victorias rápidas, contundentes. Joel le buscó un contrato en Europa y le llevó a boxear a París. ¿Sabes lo que pasó?

—Supongo que ese chico será ahora el campeón del mundo de su peso —respondió Susan más atenta a su tarea de pegar esparadrapo que a las palabras de su esposo.

—Te equivocas —respondió Daniel—. Ese chico recibió en París la más formidable paliza de toda su vida. Desde entonces, no se ha vuelto a oír hablar de él.

—No sería tan bueno cómo parecía.

—Exacto, Susan —asintió el hombre—. No tenía ni idea; pero a pesar de ello, Joel Diamond le llevó a Europa, ¿por qué?

Susan alzó los hombros. Estaba acostumbrada a aquellas conversaciones con su esposo, que parecía ver más allá que los demás. Lo curioso del caso es que Daniel siempre tenía razón.

—Este muchacho va por el mismo camino —siguió Daniel—. “Tiger” Kane, desde luego, no es un Joe Luis, pero le hubiese bastado un minuto para tumbar a su contrario por más de la cuenta, y aquí está lo extraño; no solamente no lo tumbó, si no que cayó “groggy” cuando el muchacho no hizo más que rozarle la mejilla. ¿No te das cuenta, Susan? Fue un fuera de combate fingido.

De lo único que Susan se daba cuenta es de que tenía a su marido metido en un nuevo lío. La mujer se resignaba cuando estos casos se originaban en acto de servicio. Pero ahora, Daniel se hallaba con permiso. ¿Por qué tenía que ser así? Era el veneno de la profesión. El F.B.I. tenía bien enseñados a sus sabuesos. Esto era, sin duda, bueno para la Nación; pero las esposas de estos hombres...

Susan recogió el mercurcromo y las gasas, con resignación. Al fin y al cabo, cuando dijo “sí” ante el altar, lo hizo a sabiendas de que se casaba con un policía. Pero era tan difícil acostumbrarse...

—Bueno —dijo, intentando sonreír—, supongo que tendré que engrasarte la funda de la pistola.

CAPÍTULO IV

CICELY TOWER entró en la habitación, que servía de comedor y de cuarto de estar, y dio un beso en la frente a su madre.

—Hola, mamá guapa —saludó cariñosamente.

La señora Tower la estuvo observando mientras se quitaba el impermeable. ¡Qué bonita era su Cis! Tan rubia, con los ojos tan azules...

—Mamá, ¿sabes una cosa? —sonrió la joven, rodeando con sus brazos el cuello de la madre—. Han prometido subirme el sueldo.

—¿Se lo has dicho a Basil? —preguntó la señora Tower, deshaciéndose del abrazo.

Los ojos de Cicely se tomaron más oscuros.

—Hace tres días que no veo a Basil, mamá.

—¿No ha ido a buscarte?

—No.

La señora Tower marchó hacia la cocina, rumiando sus pensamientos. Aquel muchacho era buena persona y quería a su Cis con locura, pero tenía un carácter tan violento...

La joven quitó el florero, repleto de flores de papel, de encima de la mesa y se dispuso a prepararla para la cena.

¡Tres días sin ver a Basil! Tres tardes de espera infructuosa en la esquina de la Calle 72 y tres mañanas de viajar sola en su camino hacia el Brome. ¿Por qué no había corrido ya a la pensión donde se alojaba el joven? No lo hizo por orgullo. Sí, eso es. Por orgullo. Basil desapareció sin dar ninguna explicación. Por lo tanto, no sería ella la que diera el primer paso. Pero ¿y si él estaba enfermo? Imposible. La hubiese telefoneado.

De pronto sonó la campanilla de la puerta de la calle y aquella cedió hacia adentro. Cicely abandonó sus cavilaciones y levantó la mirada. Sus azules ojos, sombríos desde hacía unos instantes,

experimentaron un cambio sorprendente. En el umbral acababa de aparecer la inconfundible silueta de Basil, enfundado en su guayabera de cuero. Venía sonriente. Sus grises pupilas brillaban de una manera desacostumbrada.

—¡Basil! —exclamó la muchacha, corriendo hacia él. — ¿Qué te ha pasado?

—Cis —dijo el joven, reteniéndola por los brazos—. Cierra los ojos y dame tu mano.

—¡Oh, Basil! Desaparecer así, sin ninguna explicación... Llegué a pensar...

El muchacho le tapó la boca con su fuerte mano.

—Haz lo que te digo, Cis.

Cicely se sometió a regañadientes a aquel capricho. Basil sacó del bolsillo algo, que puso en uno de los dedos de ella. Cuando la joven abrió los ojos, miró asombrada la sortija, con una piedra en el centro, que relucía con fantásticos fulgores.

—¡Basil! ¿Qué es esto? —exclamó la muchacha, confusa.

—¿Recuerdas? —murmuró Dexter—. La hemos visto muchas veces en el escaparate. Dijiste que te gustaría tenerla.

—Pero esta sortija costaba cuarenta dólares. Tu sueldo es...

—¡Bah! ¡Al diablo ese sueldo miserable! —cortó Basil—. Ya no trabajo en la fábrica, Cis.

—¿De dónde has sacado los cuarenta dólares? —preguntó Cicely, mirándole fijamente.

Basil la llevó de un brazo hasta la mesa y la obligó a sentarse, haciéndolo él enfrente.

—Escucha, Cis —dijo suavemente—. Puedo ganar mucho dinero. ¿Sabes cómo? Con mi mano derecha.

—No te comprendo.

En los azules ojos de Cicely se pintaba la inquietud.

—Sí, Cis. ¡Boxeando!

La confusión de la joven aumentó. ¿Qué significaba aquello que le decía Basil?

Dexter le contó su casual y afortunada aparición en un cuadrilátero.

—Pero, Basil, eso es un deporte brutal —objetó Cicely.

—Cariño, con mi derecha será brutal para mis contrarios—

sentenció Basil—. No he querido tomar ninguna decisión, sin hablar antes contigo. Necesito que lo apruebes, Cicely. Podremos casarnos. ¡Ganaremos mucho dinero!

Cuando salió de la casa, que se alineaba junto a otras exactamente iguales, Basil Dexter llevaba el consentimiento, aunque a regañadientes, de su novia. Ya estaba todo completamente decidido. Iría a ver a Joel Diamond. Lo único que le inquietaba y que nublaba un poco su horizonte era la conversación mantenida, la noche del combate, con aquel misterioso hombre de la corbata de lazo.

Al local de Joel Diamond se entraba por una puerta encima de la cual, en letras rojas, se leía; Diamond Arena. Había que bajar las escaleras, hasta llegar al sótano, y allí era donde estaba el recinto con el cuadrilátero en el centro. Una puerta lateral conducía al gimnasio donde se entrenaban los pupilos de Joel, y por otra, situada al otro extremo, se iba a los vestuarios y al despacho del reyezuelo boxístico de Brooklyn.

Por esta puerta se introdujo Basil Dexter, dirigiéndose a la habitación de Diamond. El pasillo estaba vacío y a oscuras. Tan solo se veía la raya de luz que salía bajo la puerta del despacho.

Cuando iba a llamar con los nudillos, se detuvo. Oyó la voz de Joel Diamond, que hablaba con alguien. El sentido de la conversación fue lo que le hizo detenerse.

—Ya tenemos al chico en la ratonera —decía Diamond—. La otra noche noqueó a “Tiger” Kane. Ahora únicamente es cuestión de amaestrarlo. Volverá aquí.

Hubo una pausa y luego el promotor continuó:

—Quiero que todo se desarrolle como la vez pasada. Tú seguirás en tu puesto. No puedo permitir que sospechen de ti. No tienen ninguna prueba y esto es imposible que falle. Me han prometido una fortuna lo suficientemente grande como para retirarnos todos del negocio.

Basil Dexter escuchaba atentamente, sin hacer el menor ruido.

¿Qué significaba aquella conversación?

No cabía la menor duda de que Diamond hablaba de él; pero la voz de su interlocutor no se oía.

Joel había callado. El joven sintió el arrastrar de pies, que se

dirigían a la puerta. Sin saber por qué, se escondió en el recodo del pasillo con la espalda pegada a la pared.

La puerta se abrió y una bocanada de luz inundó parte del corredor. Inmediatamente después salió una mujer de negra cabellera y de andar ondulante. Su esbelta figura pasó a escasa distancia de Basil, que percibió el fuerte olor de su perfume.

Basil Dexter quedó un momento indeciso. Luego, obedeciendo a un impulso que le hubiese sido difícil explicar, siguió los pasos de la mujer. Allí se estaba tramando algo en lo que él era una pieza importante y no estaba dispuesto a que siguiera la comedia sin su permiso.

La dama de negra cabellera salió al exterior y comenzó a andar calle abajo. A medida que iba avanzando, Dexter la veía entrar y salir en los círculos de luz que proyectaban los faroles contra el pavimento.

¡Sabría quién era aquella mujer y qué es lo que había acordado con Diamond!

Se lanzó tras ella; mas de improviso, una mano férrea le detuvo por el brazo. Ante él se materializó el hombre de la corbata de lazo. En su rostro se reflejaba la misma serena firmeza de siempre, pero ahora estaba cruzado en varios sitios por tiras de esparadrapo.

—¿Usted otra vez? —gruñó Dexter, intentando desasirse de la presión.

—Permítame un minuto, Dexter —dijo el hombre.

—No puedo perder ni un momento —dijo Dexter—. Tengo que seguir a esa mujer.

—¿Por qué quiere seguirla?

La mujer se veía ya casi difuminada por la distancia.

Se paró un instante y detuvo un coche de alquiler. Poco después, el vehículo desaparecía por la calle lateral.

—¡Maldita sea! —exclamó Dexter, revolviéndose contra el hombre que le atenazaba—. ¿Por qué se mete donde no le importa? ¡Estoy harto de sus apariciones como si fuera un fantasma!

De un manotazo se deshizo de la mano del hombre y, cogiéndole fuertemente por las solapas, le atrajo hacia sí violentamente. Las palabras silbaron entre sus dientes.

—¡Le voy a romper la cabeza!

Pero el desconocido reaccionó con dureza. Los nudillos de sus dos puños golpearon, a la vez, los costados de Dexter en el punto exacto para que se quedara unos segundos sin respiración y tuviese que soltarle las solapas.

Cuando el joven recobró el ritmo de la respiración, su mirada se encontró con algo que le ensañaba el hombre en el hueco de la mano. Era la placa inconfundible de los hombres del F.B.I. Basil Dexter comenzó a arrepentirse de haber tratado tan duramente a aquel individuo; pero su orgullo le impidió exteriorizarlo.

—¡Policía! —dijo con desprecio—. ¿Y está usted confabulado con Joel Diamond y esa mujer para meterme en la ratonera?

—Escúchame, Dexter —dijo el policía—. Me llamo Daniel Sullivan. Recordará que la noche que noqueó a “Tiger” Kane yo estaba allí. Me sorprendió mucho que Kane quedara K.O. cuando usted no hizo más que rozarle la mejilla.

—¡Usted qué sabe! —intentó defenderse Dexter.

—Vamos, Dexter, debe ser sincero conmigo. Usted y yo debemos ayudarnos mutuamente.

—Me gustaría saber en qué me va a ayudar a mí la Policía. De momento lo único que me ha hecho es entorpecer mi camino.

—¿Qué le ha prometido Joel Diamond? —preguntó el hombre del F.B.I.

—Hacerme campeón.

—¿Y por qué quería usted seguir a esa mujer?

Basil Dexter dudó un momento. ¿Qué se estaba tramando detrás de todo aquello? Desde luego, no podía ser nada bueno cuando intervenía el F.B.I. De pronto, a su mente acudió con toda claridad, la idea de que su maldita mano derecha le había metido en un buen lío. Por lo que pudiera suceder, siempre sería más conveniente estar al lado de la policía. Sobre todo si esta policía llevaba por delante las iniciales F.B.I.

—Está bien, Sullivan, le contaré todo. Creo que estoy haciendo de conejo de indias. Acabo de sorprender una conversación entre esa mujer que ha dejado usted escapar y Joel Diamond. Hablaban de que ya me habían metido en la ratonera y que esta vez conseguirían una fortuna, que les permitiría a todos dejar el negocio. Al parecer, la mujer aseguraba que sospechaban de ella,

aunque no llegó a decir quién ni por qué.

—Dexter —habló Sullivan—, me parece que Diamond está preparando algo, que solamente usted puede describir. ¿Quiere ayudarme?

—Ya me da todo igual —respondió Dexter—. Hace unos minutos, creí que mi derecha era terrible y que llegaría a ser un boxeador famoso. Ahora sé que ninguna de las dos cosas es cierta.

—Se equivoca, Dexter —rectificó el policía—. He visto los suficientes combates de boxeo para darme cuenta de que puede llegar a ser un buen púgil, con un entrenamiento inteligente. Su derecha posee potencia.

Dexter levantó la cabeza y miró el rostro sereno del hombre del F.B.I. Una nueva esperanza nació en su corazón. Aquel hombre parecía tener la virtud de inyectar la confianza que emanaba de su propia persona.

Su determinación fue rápida, como todos sus actos.

—¿Qué he de hacer?

Sullivan le cogió, del brazo y le separó de la puerta del “Diamond Arena”.

—Debe seguir haciendo el juego a Joel Diamond. De lo primero que tiene que enterarse es de qué se trata ese negocio. ¿Cuál es su domicilio?

—Ciento trece Bergen Street, Brooklyn.

—Bien, Dexter —prosiguió Sullivan, tendiéndole la mano—. Ya puede pasar a decir a Joel Diamond que quiere ser un gran campeón.

CAPÍTULO V

CONCLUIDO su escaso permiso, Daniel Sullivan retornó a su puesto en el “Federal Bureau of Investigation”, de Nueva York. De momento, no le fue confiada ninguna misión, lo que le satisfizo sobremanera, pues de esta forma tuvo tiempo libre para bucear en el presente y en el pasado de Joel Diamond. Sus hábiles investigaciones le llevaron al conocimiento de la vida del propietario del “Diamond Arena”.

Joel Diamond, de Indiana, llegó a Nueva York con un par de zapatos, un cigarro apagado entre los dientes y el estómago tan vacío como el cerebro de un grillo. Desde este mismo instante, comenzó a hacerse a sí mismo, para lo cual empezó por deshacer a los demás. Al año de echar el ancla en Brooklyn, Diamond tenía bastantes pares de zapatos, muchísimos cigarros habanos y el estómago completamente lleno.

Se le suponía complicado en algunos asuntos poco claros, pero la falta de pruebas hacía que su tosco rostro no figurase en ninguna de los cientos de cartulinas que se hallaban archivadas en Centre Street, sede de la Jefatura Superior de Policía de Nueva York, y muchísimo menos en las oficinas del F.B.I.

Daniel Sullivan no desmayó. Estaba seguro de que Diamond tramaba algo de importancia y esperaba el momento oportuno de entrar en acción.

Entretanto, Dexter se “machacaba” en el gimnasio, del “Diamond Arena” en espera del día de su debut. Si su preparación física progresaba, no ocurría lo mismo con sus indagaciones. La mujer morena, de andar ondulante, no volvió a aparecer por el local de Joel y este parecía no ocuparse más que de sus negocios pugilísticos.

Si no hubiese sido por sus periódicas entrevistas con Daniel

Sullivan, en la pensión de la señora Feldman, el joven hubiera terminado por creer que sus sospechas eran pura quimera.

Cuando llevaba veinte días entrenándose, Dexter fue llamado por Joel Diamond a su destartalado despacho.

—Chico —dijo el promotor de Brooklyn, torciendo la boca para que no se le cayera el cigarro habano—, tengo una buena noticia para ti. Dentro de tres días te presentaré en el “Madison”.

¡El “Madison Square Garden”!

El famoso coliseo neoyorquino levanta su silueta en Madison Square, la plaza donde se junta la Quinta Avenida y la Calle 23. El recinto del Garden ha visto practicar en sus pistas infinidad de deportes; pero, entre todos, el que se lleva la palma es el boxeo. Por su cuadrilátero han pasado todos los famosos del pugilismo mundial: Gene Tunney, Primo Camera, Jack Dempsey, Joe Louis... Cuando un boxeador pisa la lona del “Madison”, se puede asegurar que, si no está ya consagrado, no tardará mucho en estarlo.

Basil Dexter subió al “ring” impresionado por el ambiente. Los focos lanzaban torrentes de luz sobre la lona y, por entre ellos, el joven distinguió la masa confusa de miles de espectadores, escalonados en los diferentes pisos. Era la afición, dispuesta a hacer ídolos o a derribar de su pedestal a los que ya lo eran.

Se batía en el combate de semifondo contra otro pupilo de Joel Diamond, llamado Rudy Delancey. El patrón le aseguró que, si empleaba la derecha con maestría, no tardaría ni tres asaltos en derribar a Rudy. Sin embargo, Dexter tenía sus dudas. Delancey era un veterano del “ring”, que, aunque no había llegado a ser gran figura, conocía todas las marrullerías del oficio.

Dexter se sentó en su rincón. A su lado, con pantalón y camisa blancos, estaba Whitney.

—Ya sabes, Dexter —decía, dándole masaje en los músculos—; mantén el combate a distancia y, en cuanto puedas, emplea la derecha. Aquí puede comenzar tu carrera.

Basil casi no le oía. Su mirada recorría las primeras filas de sillas. Distinguió a Daniel Sullivan, que le hizo un ligero gesto de saludo. Su presencia le tranquilizó.

Rudy Delancey subió al cuadrilátero, saltando por encima de las cuerdas, y desde el centro saludó al público. Después se dirigió a su rincón. No tenía tanta presencia física como “Tiger” Kane.

Una vez calzados los guantes y terminados los preliminares, los dos contendientes se dirigieron a sus rincones respectivos en espera de que sonara la campana que daría comienzo al primer “round”.

—¡Animo, muchacho! —aconsejó Whitney, poniéndole el protector de goma entre los dientes.

¡Tan!

El combate iba a comenzar. Dexter se dirigió al encuentro de su rival. Delancey mantenía una guardia muy cerrada y dio un pequeño rodeo, estudiando a su enemigo. Hizo una finta y amagó con la izquierda, buscando un hueco; pero Basil no se descubrió. El puño derecho del joven saltó, como un resorte, y Rudy lo paró con facilidad al mismo tiempo que colocaba su izquierda contra el mentón del muchacho.

El público del “Madison” coreó el golpe, complacido. Daniel Sullivan, desde su butaca, miraba a los dos púgiles con profunda atención. Desde el primer instante, le pareció observar que Rudy Delancey no se empleaba a fondo, aunque intentaba disimularlo.

Dentro de las doce cuerdas del “ring”, los dos púgiles trababan sus brazos. Dexter recordó los consejos de Whitney:

“Mantén el combate a distancia.”

El joven separóse al tiempo que, con la izquierda, amagaba al estómago de su rival. Este bajó la guardia engañado. Entonces Dexter lanzó un “directo” al rostro de Delancey, que llegó a su destino, pero amortiguado a consecuencia de un movimiento de cabeza hacia atrás. Casi al mismo tiempo, Rudy martilleó el mentón del muchacho con la derecha, y su izquierda buscó el hígado, encontrándolo fácilmente.

Las piernas de Basil temblaron. Oyó las voces de los espectadores, animando a Delancey a terminar con él; pero su rival parecía no tener ninguna prisa en complacerlos. Basil Dexter mordió el protector de goma con rabia. ¿Por qué su contrario no se lanzaba sobre él y aprovechaba la oportunidad? La explicación era tajante y clara; aquel combate había sido también preparado por Joel Diamond.

¡No le daría a Rudy Delancey la ocasión de fingir el fuera de combate!

Como un torbellino se lanzó contra él y un segundo después silbaba en el aire su temible derecha.

Fue un “gancho” ejecutado con toda precisión, que hubiese sido capaz de tumbar a un elefante, porque a un elefante no se le hubiera ocurrido esquivarlo.

Pero Rudy Delancey era un perro viejo del “ring”.

Hizo un movimiento casi imperceptible con el cuello y el guante de Basil solamente le rozó la barbilla. Dexter lo pudo notar perfectamente. Por eso quedó asombrado cuando vio a su rival derrumbarse sobre la lona como un fardo.

—¡Uno... dos...!

Tras un momento de silencio, la ovación estalló en el “Madison Square Garden”.

—¡...Tres...!

El público, puesto en pie, estaba empezando a fabricar un nuevo ídolo con sus aplausos. Aquel afortunado golpe bien lo merecía.

—¡...Cuatro...!

Pero había alguien en el “Madison” que no aplaudía: Daniel Sullivan. El hombre del sombrero de fieltro y la corbata de lazo, ni tan siquiera miraba al cuadrilátero. Sus ojos estaban fijos en una figura de mujer, que se dirigía hacia la salida.

—...¡Cinco... seis... siete...!

Rudy Delancey se removía en el suelo, como si quisiera incorporarse, mientras el dedo del árbitro descendía implacable.

—¡...Ocho... nueve... y diez...!

Aumentó la ovación. Basil Dexter se dejó levantar el brazo por el árbitro. Aparentemente acababa de triunfar en el “Madison Square”. Los aplausos de la afición así lo daban a entender; mas aquel público no conocía la verdad. No sabía que había sido estafado. Le dieron ganas de decirlo a gritos, pero nadie le hubiese oído en aquel griterío ensordecedor. Una rabia infinita le dominó. Sus ojos buscaron el sitio donde se sentaba Daniel Sullivan. Había desaparecido.

Basil Dexter se sintió empujado a los vestuarios.

* * *

—Hola, Joel. ¿Puedo hablar contigo?

Joel Diamond se volvió hacia la mujer que pronunciara su nombre. Era alta y vestía un llamativo abrigo de piel de leopardo;

su cabellera, de un negro brillante, caía hasta los hombros y hacía que la piel de su rostro pareciese más pálida de lo que en realidad era.

—¿Puedo hablar contigo? —repitió la mujer con voz que parecía llevar encerrada una súplica.

Un gesto de contrariedad se marcó en el rostro de Diamond.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. Te dije que no quería que vinieras. ¿Cuándo entrará en esa hermosa cabecita la idea de que no nos deben ver juntos?

—Joel, escúchame —pidió, casi con desesperación, la mujer—. Es algo de suma importancia.

Joel Diamond la cogió de un brazo y la retiró de la puerta que separaba los vestuarios del cuadrilátero del “Madison Square Garden”. A través de dicha puerta se oía el clamor del público, animando a los dos púgiles que luchaban en el “ring”.

—Vamos, dime pronto lo que quieras —ordenó—. Me esperan ahí fuera.

—Joel, estoy segura de que mi jefe sospecha. Hace días que no me deja sola un momento. Tienes que hacer algo.

—Tienes que hacer algo, tienes que hacer algo —repitió Diamond con impaciencia—. ¿Qué quieres, que vaya al viejo y le diga: Amigo, no sospeche usted de su linda secretaria, porque es cándida como una tórtola? ¿Es eso lo que deseas?

—No sé —respondió la mujer, mirando a todas partes—. Eso u otra cosa. Si descubren lo que he hecho, todos estaremos perdidos. Tú el primero.

Joel Diamond suavizó el tono de su voz.

—Tienes que aguantar un mes por lo menos, nena. Es imprescindible. Antes de ese tiempo, no puedo llevar, al muchacho a París.

—Es demasiado, Joel.

—Pero es absolutamente necesario —corroboró Diamond—. Si ahora abandonases tu puesto, puedes estar segura de que empezarían a sospechar de verdad. Es un asunto demasiado serio para tener miedo. Hay que permanecer al pie del cañón hasta el final. Y el final será dentro de un mes en París.

La mujer respiró profundamente.

—Está bien, Joel, lo intentaré. Pero si tú supieras el trabajo que me cuesta contener los nervios...

—Me lo imagino, nena —admitió Diamond—, pero debes hacer todo lo posible por mantener la tranquilidad. Ahora saldrás delante de mí y te irás a casa. Lo más importante es que no nos vean juntos. Nadie debe sospechar siquiera que nos conocemos.

La mujer morena asintió, bajando la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Allí se volvió para mirar a Diamond y luego desapareció. Instantes después, Joel penetraba en la sala en el momento en que Rudy Delancey caía sobre la lona y el árbitro empezaba a contar.

En la segunda fila de sillas, Daniel Sullivan desvió la mirada hacia la mujer morena, que, por el pasillo, se dirigía hacia la salida del “Madison”. El hombre del F.B.I se levantó y, calándose el sombrero de fieltro, siguió los pasos de la dama.

Una vez en la calle, la mujer penetró en un coche de alquiler y dio una dirección de Brooklyn. El automóvil abandonó Madison Square y se internó en la Fifth Avenue.

Daniel Sullivan montó en un “Ford” gris, cuyo modelo hizo furor cinco años antes, y lo puso en marcha... Dobló la esquina de Madison Square con la Quinta Avenida y pisó el acelerador todo lo que le fue posible.

Doscientas yardas más allá, divisó el taxi de la mujer morena. No era fácil perderle de vista a causa de su color rojo y negro. Sullivan mantuvo la distancia. Quería averiguar algo sobre la dama vestida de leopardo. Estaba seguro que ella sería el hilo por donde sacaría el ovillo completo, si es que existía tal ovillo, porque, ¿no se trataría todo de una falsa sospecha fabricada por su imaginación de policía?

Daniel Sullivan sonrió. Estaría bueno que tuviera razón Susan. Su mujer no le perdonaría jamás tamaño planchazo. Sobre todo, después de lo de la taberna de “El Turco”.

Frenó ante un disco rojo. El coche de la mujer atravesaba en aquel momento el Washington Arch para desembocar en Washington Square. Sin perder las distancias, los dos vehículos llegaron al Brooklyn Bridge, sobre el East River. Minutos después se internaban en el populoso barrio de Brooklyn.

El taxi aminoró la velocidad y, por fin, se arrimó a la acera, deteniéndose. Sullivan vio cómo la mujer descendía y, después de

pagar al conductor, penetraba en un portal, no sin antes haber acariciado el rubio pelo de una niña, que salió a su encuentro para saludarla.

Daniel Sullivan descendió de su “Ford”, gris plomo, pasado de moda, y se acercó a la pequeña, que se había puesto a jugar en el suelo con unas bolitas de colores.

—Hola —saludó, echándose el sombrero hacia atrás.

—Hola —respondió la rapazuela, mirándole con unos ojos muy azules y muy grandes.

Tendría unos nueve años y vestía pantalones negros y jersey verde.

—¿Conoces a esa señora? —preguntó Sullivan, señalando hacia el portal por donde acababa de desaparecer la mujer morena.

—Claro que la conozco. Es amiga mía. Me trae siempre goma de mascar y bolas de colores.

—Entonces sabrás en qué piso vive.

—Sí —respondió la pequeña, recogiendo las diminutas esferas—. ¿Qué me vas a dar si te lo digo?

—Pues... un níquel.

La niña meneó la cabeza negativamente.

—El otro señor me ha dado medio dólar —dijo—. Y era menos guapo que tú.

—¡Caramba! —exclamó Daniel Sullivan, acariándose el mentón—. ¿Es que te ha preguntado otra persona por ella?

—Sí. Un señor muy alto, con una cicatriz roja en la cara, y me ha dado medio dólar. Míralo.

Y la pequeña pasó por delante de las narices del policía la plateada moneda.

—Bien —continuó Sullivan, sacando del bolsillo otra moneda—. Yo también te daré este medio dólar si me dices en qué piso vive tu amiga y cuándo ha preguntado ese señor por ella.

La niña arrebató de manos de Daniel Sullivan los cincuenta centavos y dijo:

—Mi amiga vive en el cuarto piso, número quince, y el hombre de la cicatriz ha subido a su casa hará un cuarto de hora, y era menos simpático que tú.

Mientras la chiquilla quedaba en la acera intentando calcular,

ayudada por sus pequeños dedos, a cuánto ascendería su fortuna si tres o cuatro personas más solicitaban información acerca de su amiga, Daniel Sullivan penetró en el portal.

Era una casa alquilada por apartamentos individuales, y en cada piso había cuatro. Sobre la pared se veían las ranuras de los buzones, destinados a la correspondencia de cada inquilino. Daniel Sullivan tomó el elevador, que ascendió rápido y silenciosamente hasta el piso cuarto.

No contaba el policía con la intromisión de una tercera persona en sus planes. ¿Quién sería el hombre de la cicatriz? Un marido, imposible, pues, por regla general, un marido, salvo rarísimas y sospechosas excepciones, suele saber el domicilio de su esposa. Tal vez se trataba de un amigo o quizá de algún listo que intentaba adelantársele.

Daniel Sullivan se encogió de hombros y, confiando en su capacidad de improvisación, salió del elevador. Cuando estaba cerrando la puerta, hasta sus oídos llegó el estampido de un disparo. Sus sentidos se agudizaron. No se volvió a oír ningún sonido.

La detonación provino de detrás de una de las cuatro puertas de aquel piso y, a juzgar por el ruido, debía haber sido hecha con un arma de pequeño calibre. Sullivan se precipitó hacia una de ellas. En su centro figuraba un número de metal: el 15. Pulsó con insistencia el botón que hacía sonar el timbre, pero nadie acudió a su llamada.

De uno de los bolsillos sacó una varilla de acero y maniobró con ella en la cerradura. Instantes después la puerta se abría. El olor a pólvora quemada hirió las narices del policía. Empuñando su revólver de cañón acortado, Daniel Sullivan penetró en el apartamento.

CAPÍTULO VI

ETHEL WHITEMORE estaba nerviosa. No le gustaba la manera que tuvo de tratarla Joel Diamond. Joel le prometió su ayuda desde el principio, y ella le creyó. Y ahora, que todo estaba a punto de terminar, su amigo no daba la misma sensación de firmeza que otras veces.

Hubiese querido dejarlo todo, y escapar; pero ya era demasiado tarde. Había montado en el tigre y tendría que bajar cuando él quisiera, no cuando ella deseara. Un ligero cosquilleo le recorrió la medula.

Cuando llegó a su piso e introdujo el llavín en la cerradura, la mano le temblaba. Su cerebro comenzó a comprender claramente la magnitud de su acción. Otros que hicieron lo mismo que ella, terminaron sus días asados en la silla eléctrica. Un estremecimiento recorrió su bien moldeado cuerpo. ¿Por qué se habría dejado deslumbrar por el falso brillo del maldito dinero?

Cerró la puerta del apartamento y a oscuras se dirigió hacia la pequeña cocina. Las persianas de plástico estaban echadas y no dejaban penetrar por las ventanas la más leve claridad. Cuando hubo atravesado casi la mitad de la habitación, una extraña sensación se apoderó de ella. Detuvo sus pasos bruscamente y quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos, como intentando taladrar las tinieblas. Tuvo la impresión de que no se hallaba sola en la habitación. Algo intangible flotaba en el ambiente.

Con el corazón latiéndole apresuradamente, corrió hacia el conmutador de la luz y lo abrió, girando la vista a su alrededor. Un grito estuvo a punto de escapar de su garganta, pero lo contuvo con la palma de la mano.

Sentado en uno de los sillones, un hombre sonreía burlonamente. Tenía el sombrero puesto y una roja cicatriz cruzaba

su mejilla izquierda.

—Me alegro de que no haya chillado, señorita —dijo el desconocido con voz opaca—. Así nos hemos evitado una escena desagradable.

El hombre se levantó. Era extraordinariamente alto y delgado.

—¿Quién es usted? —preguntó la asustada joven—. ¿Qué hace en mi habitación?

—A su debido tiempo le contestaré a esas preguntas, señorita.

—¿Es usted policía?

El desconocido dejó escapar una risita ahogada.

—Es la primera vez en mi vida que me hacen esa pregunta. Supongo que, dicho por sus labios, debo tomarlo como un cumplido.

Ethel estaba como clavada en el suelo. Hubiese intentado huir, pero estaba segura que sus piernas no iban a responder la orden de su cerebro. El delgado visitante avanzó unos pasos hacia ella. Sus ojos recorrían la esbelta figura de la joven de arriba abajo.

—Traigo orden de hacer algo muy desagradable con usted —declaró—, pero... podíamos llegar a un acuerdo.

—Si quiere dinero, puedo darle todo lo que tengo —dijo la joven, abriendo apresuradamente su bolso de piel, que no había tenido tiempo de dejar.

Una nueva risa salió de la garganta del hombre, haciendo que la cicatriz se encogiera.

—¿Dinero? —repitió irónicamente—. Afortunadamente, la “pasta” no me falta, preciosa.

El tono de su voz había cambiado, y Ethel, a pesar de su nerviosismo, advirtió el brillo de sus ojos.

—Pero hay algo que no tengo y que tú podrías darme sin mucho esfuerzo.

Ethel Whitmore retrocedió hasta que sintió la pared contra su espalda.

—¡Márchese o gritaré! —exclamó la joven, que, al fin, pudo comprender que aquel individuo no podía ser policía.

—Gritar, ¿por qué? —murmuró el hombre, avanzando despacio—. Mira, pequeña, has de saber que hay alguien que no te quiere bien y yo traigo orden de ese alguien de convertirte en un precioso

cadáver. Piénsalo bien, nena. Si eres comprensiva conmigo no habrá necesidad de esa conversión. Al fin y al cabo, un cadáver, por muy bonito que sea, no deja de estar muerto.

El desconocido estaba ya casi junto a Ethel. Esta pudo percibir su respiración y la cicatriz de su cara mucho más roja todavía, como una pincelada sangrienta.

Por unos instantes, la joven recobró su capacidad de pensamiento y recordó el bolso de piel que, abierto, colgaba de su brazo. Allí estaba su salvación. Sabía que, en la parte derecha, junto al lápiz de labios y el tubo de esencia, estaba la pistola que siempre llevaba desde que estaba metida en aquel maldito asunto. Tan solo se trataba de ser más rápida que el larguirucho visitante.

Su temblorosa mano se hundió en el bolso, y dos segundos después apareció armada con una pequeña “Browning”. Por un momento, el desconocido pareció desconcertado.

—¡Deténgase o disparo! —gritó Ethel.

Si en vez de decirlo lo hubiese hecho, la joven habría cambiado por completo el desenlace de la escena. Pero los escasos segundos que Ethel Whitmore invirtió en hablar, los aprovechó el sujeto de una manera contundente. Con la rapidez del relámpago se abalanzó hacia ella y atenazó con su mano larga y huesuda la muñeca de la mujer, desviando la trayectoria del cañón de la pequeña pistola.

Ethel Whitmore se revolvió como una pantera herida, tratando de desasirse de aquella garra, pero la presión aumentó. Una lucha sorda y desigual se entabló entre los dos.

La joven sabía que su única salvación estaba en poder dirigir la “Browning” contra aquellos dos metros de huesos, y por eso apretó la mano más fuertemente sobre la culata, haciendo desesperados esfuerzos por no soltarla.

El brazo del desconocido se enroscó, como un látigo, alrededor de su cintura. Ethel notó el caliente y entrecortado aliento del hombre sobre su cuello. Hizo un movimiento desesperado y brusco, logrando que su atacante diera algunos traspiés, pero sin conseguir soltarse de sus huesudos brazos. Al retroceder tropezaron con un sillón y perdieron el equilibrio. El desconocido arrastró a Ethel en su caída.

De pronto sonó una detonación Ethel Whitmore abrió mucho los ojos y un asombro infinito se reflejó en ellos. Después sus

fuerzas fueron disminuyendo a medida que sus ganas de vivir aumentaban desesperadamente. El intruso se separó de ella y la joven terminó de desplomarse sobre el encerado suelo con un diminuto agujero en la garganta, por el que se le escapaba la vida a borbotones.

Todo ocurrió con terrible sencillez. En la brusquedad de la lucha, el hombre había dirigido el cañón del arma contra el cuerpo de la mujer y, al caer, ella misma apretó el gatillo. La bala atravesó su garganta joven y se llevó el alma por delante, al encuentro de la sentencia divina.

El individuo miró fríamente el cuerpo tendido en tierra. La joven empuñaba aún con sus agarrotados dedos la pistola. El abrigo de leopardo se fue tiñendo lentamente en sangre.

En aquel instante, en el exterior se oyó ruido de pasos y alguien debió detenerse junto a la puerta del apartamento.

El intruso no esperó a conocer la identidad del nuevo visitante. Recogiendo su sombrero, se precipitó hacia la cocina. Allí, con la seguridad del que sabe de antemano lo que va a encontrar, corrió la persiana de la ventana y la abrió. Bajo ella arrancaba la escalera metálica contra incendios, que el noventa por ciento de las casas tienen en su parte posterior.

Salto a ella y, en breves segundos, descendió hasta la calle, donde se arregló cuidadosamente el nudo de la corbata. Poco después caminaba entre los transeúntes con la misma tranquilidad que un cocodrilo lo hace por la soleada ribera de un río.

Cuando Daniel Sullivan, empuñando su revólver, entró en el apartamento, la mujer morena yacía completamente inmóvil sobre el ensangrentado suelo. El hombre de F.B.I. había visto los suficientes cadáveres en su vida para darse cuenta inmediatamente de que aquella desgraciada acababa de traspasar la frontera de los muertos, que le fue franqueada por un pasaporte de plomo.

Sullivan registró con sus ojos la habitación. Tan solo una butaca estaba desplazada de su sitio. Vio la pistola que empuñaba la joven, pero no la tocó. Dirigió sus pasos hacia la cocina y echó una rápida mirada hacia la ventana abierta. Meneó la cabeza.

Había llegado demasiado tarde, probablemente por unos segundos. El principio del ovillo se acababa de perder entre la madeja; pero ahora la cosa cambiaba radicalmente.



Había llegado, demasiado tarde...

Aquel cadáver atestiguaba, clara y duramente, que sus sospechas no eran infundadas. Algo de importancia se tenía que estar preparando. Algo que tenía que ser como un depósito de dinamita sobre el cual se hallaba sentada alguna persona. Y la mujer vestida de leopardo había sido la llama a punto de originar la explosión. Por eso la llama fue apagada brutalmente.

¿Quién se sentaba sobre el polvorín? ¿Tal vez Joel Diamond?

Daniel Sullivan guardó el revólver en la funda sobaquera y se

acomodó en una de las butacas.

Era poco probable que aquella mujer se hubiese suicidado a pesar de empuñar la pistola. Hizo memoria. La niña que jugaba con las bolas de vidrio habló de un hombre muy alto con una cicatriz en la cara.

Hombres altos con cicatrices en la cara probablemente existían miles en Nueva York; pero individuos de esas señas, capaces de realizar lo que aquel había hecho, tan solo existía uno: “Long” Carthy.

Sullivan, acostumbrado por su trabajo a tratar con sujetos de los bajos fondos, le conocía muy bien.

Carthy era un asalariado del crimen. Un ejecutor de muertes, que se vendía al mejor postor y que hubiese sido capaz de matar a su propio padre por un puñado de dólares.

Era preciso buscarle. Él se encargaría de delatar al hombre que le dio la orden de muerte.

Existían muchos procedimientos para que confesase, y Sullivan los conocía a todos. De momento, lo más urgente era ocuparse de aquel cadáver, vestido con piel de leopardo.

El hombre del F.B.I. se levantó y se dirigió al teléfono, colocado sobre una mesita de caoba. Marcó un número.

—¿Jefatura de Policía? —preguntó—. Vengan rápidamente al 220 de Court Street. Les está esperando un cadáver con un bonito orificio de bala en la garganta.

Antes de que su interlocutor tuviera tiempo para asombrarse y mucho menos para pronunciar una sola, palabra, Sullivan colgó el auricular.

* * *

La Metropolitan Police se puso rápidamente en movimiento.

Sus agentes se hicieron cargo del cadáver después de sacar varias fotografías del mismo. Los laboratorios revelaron que no existía huella dactilar alguna, ni siquiera en la hoja de la ventana, que el asesino tuvo que abrir para escapar. Era evidente que se había cuidado muy bien de no dejar ningún rastro acusador tras de sí.

El inspector de policía encargado del caso no perdió el tiempo.

La identificación de la muerta se hizo con toda celeridad. Se trataba de Ethel H. Whitmore, de veintinueve años, nacida en Nueva York y sin familia alguna conocida. El único dato que podía dar alguna pista era su lugar de trabajo: una oficina, situada en un rascacielos de Broadway.

La Metropolitana hizo sus pesquisas en dicha oficina y allí empezaron las sorpresas. Para todo el mundo, uno de los apartamentos situados en el piso treinta y ocho era el despacho particular de un famoso ingeniero. Pero para la Policía resultó ser otra cosa muy distinta.

Tras esta pantalla se ocultaba una organización al servicio del Gobierno. Desde hacía casi dos años trabajaba allí un equipo de ingenieros y técnicos especializados en asuntos espaciales, rodeado del más profundo secreto.

Hasta las ratas saben lo qué es y dónde está Cabo Cañaveral; pero nadie hubiese sospechado que en pleno Broadway y en un edificio comercial abierto al público, se estaban diseñando los planos de una nave capaz de resolver el problema actual del espacio: Transportar varios seres humanos a la estratosfera, posarse sobre la superficie de los misteriosos y desconocidos Marte y Venus, y volver con dichos seres humanos, en viaje de regreso hasta nuestro Planeta. En resumen; algo que haría ganar a los Estados Unidos la carrera del espacio.

La muerte de Ethel Whitmore, secretaria particular del ingeniero jefe, hizo cundir el desasosiego entre las filas de la secreta organización. Y aún llegó más allá; hasta las altas esferas del Gobierno.

¿Por qué asesinaron a la joven? ¿Estaba relacionado este crimen con los trabajos que allí se estaban realizando?

En este punto se hizo cargo del caso el “Federal Bureau of Investigation”.

Era el momento esperado por Daniel Sullivan. Ante sus superiores, pidió que se le fuera confiado el caso. El descubrimiento de la clase de trabajo que se llevaba a cabo en aquella oficina era prueba más que suficiente para comprender que andaba por medio el servicio de espionaje de alguna potencia extranjera.

Sullivan tenía pistas. Le faltaban pruebas que pudieran ser presentadas ante un Tribunal, y se comprometió a obtenerlas.

Y la primera prueba tenía que ser “Long” Carthy.

CAPÍTULO VII

DESDE su sitio, detrás del mostrador, la mirada de “El Turco” traspasó la muralla de humo y vapores alcohólicos, que enrarecía la atmósfera del establecimiento, y la posó sobre la silueta de un hombre, que acababa de aparecer por la puerta de entrada.

Hubiese jurado que tal hombre no le era desconocido, aunque estaba seguro de que no pertenecía a ninguno de sus habituales clientes.

El recién llegado permaneció unos instantes parado, abarcando con la mirada el establecimiento, hasta que, por fin, avanzó despacio hacia el mostrador. Lo primero que “El Turco” vio fue una corbata de lazo y después un sombrero de fieltro gris. A continuación, observó cómo el individuo se arrimaba a uno de los extremos del mostrador. Parecía que sus ojos registraban el local en busca de alguien.

Las estridentes notas de la “juke-box” del rincón se juntaban al humo pestilente del tabaco y al olor agrio de la cerveza, de manera que las tres cosas formaban un todo capaz de dejar fuera de combate al más optimista.

—¿Qué quiere? —preguntó “El Turco”, acercándose al hombre de la corbata de lazo.

—Un whisky —respondió el aludido, sin mirar al tabernero.

—No hay.

—Entonces deme ginebra.

—Tampoco queda.

Daniel Sullivan volvió su rostro hacia el de “El Turco”. El dueño del establecimiento limpiaba un vaso con un paño blanco. Tenía el ceño fruncido y le miraba fijamente.

—Pues sírvame lo que tenga para beber, si es que tiene algo —pidió el hombre del F.B.I.

—De eso se trata precisamente, amigo —explicó “El Turco”, que frotaba el vaso como si quisiera sacarle brillo—. Es que para usted no tengo nada.

La tranquila expresión de Sullivan no se alteró.

—Le advierto que mis papás ya me han dado permiso para tomar alcohol.

“El Turco” terminó de sacarle brillo al vaso y la emprendió con el mostrador.

—Oiga, amigo, permítame un consejo —murmuró, inclinándose hacia adelante—. Dé media vuelta y escúrrase hasta el exterior. Me parece que esta atmósfera no le va a sentar muy bien.

—¿Ese consejo lo ha pensado usted o alguno de sus clientes?

—Mis clientes no piensan —aseguró “El Turco”—. Beben.

—En cuanto a lo segundo, considéreme como uno de ellos.

—Creo que no me ha entendido —dijo el tabernero, inclinándose más—. Le hablaré claro. No hace mucho organizó usted un altercado con algunos de mis clientes. Le recuerdo perfectamente. ¿A qué ha venido hoy? ¿Está cansado de vivir? Le aseguro que no me importaría nada que se suicidase si no diera la maldita casualidad de que ha elegido mi establecimiento para ello.

Mientras “El Turco” hablaba, Daniel Sullivan hundió la mano en el bolsillo de su gabardina y sacó algo que puso delante de las narices de su interlocutor. El tabernero vio brillar en el hueco de aquella mano una placa inconfundible. Los ojos de “El Turco” se agrandaron por el asombro al reconocer el distintivo de los hombres del F.B.I., y pensando quizá que lo mejor era no hacer ningún comentario, cogió de nuevo el vaso que dejara momentos antes y siguió frotándole con nuevos bríos.

—¿Me va a servir ahora ese whisky? —inquirió Sullivan, guardando la placa.

“El Turco” esta vez se apresuró a cumplir la petición. Puso ante el policía el vaso que había estado abrigando y lo llenó de licor.

—¿Ha visto por aquí a un individuo, con una cicatriz en la mejilla, que se llama “Long” Carthy? —siguió Sullivan, tomando un sorbo de whisky.

—No recuerdo a nadie de esas señas —aseguró el tabernero—. Aquí viene mucha gente y no puedo fijarme en todos.

Daniel Sullivan observó cómo “El Turco” hacía una seña a alguien, que no estaba lejos de allí. Segundos después, se acercaba al policía una mujer con todas las trazas de querer disimular desesperadamente su edad bajo una capa de pintura. Llevaba el pelo suelto y en desorden y su descolorido vestido se ajustaba al cuerpo, dando le sensación de que iba a saltar por las costuras de un momento a otro.

—Hola, muchacho —saludó con voz gangosa—. ¿Me vas a invitar?

—Bueno —asintió Sullivan, posando en la mujer una mirada indiferente—. Pide lo que quieras.

Cuando tuvo delante de ella un vaso de whisky, dijo:

—No pareces muy animado. ¿Te duelen las muelas? Yo conozco un remedio infalible para el dolor de muelas. Me lo enseñó una tía mía, de Cincinnati...

El remedio infalible de la tía de Cincinnati quedó por esta vez en el anónimo. La culpa la tuvo la puerta del fondo, que daba a los billares. Se había abierto y en el umbral aparecieron dos personas. Una de ellas era una mujer, que parecía estar sacada del mismo molde que la compañera de Sullivan. La otra era un hombre asombrosamente alto y delgado, que tuvo que inclinarse para no dejarse la frente pegada al marco de la puerta.

Los dos se dirigieron, entre el público que llenaba el local, hasta el rincón donde estaba situada la “juke-box”, que, por una extraña casualidad, permanecía silenciosa. El hombre introdujo un níquel en la ranura. Se encendió una luz en su interior y la aguja comenzó a arañar un disco. El sujeto enlazó a la mujer por el talle, que le venía demasiado bajo, y empezaron a seguir el ritmo.

—¿Puedo hablar un momento contigo, Carthy?

“Long” Carthy, que tenía los ojos entornados, no se molestó en abrirlos del todo. Miró al individuo que acababa de pronunciar su nombre, de medio lado, y gruñó:

—Venga otro día. Ahora estoy ocupado.

Daniel Sullivan se acercó más a la pareja y les interceptó el paso.

—Tiene que ser ahora —insistió.

—¡Por todos los diablos! —rezongó Carthy, separándose de su

pareja—. ¿Por qué no se va al infierno? ¿No ve que estoy con una dama?

La dama empezó a poner, entre su persona y la de los dos hombres, la mayor distancia posible como medida previsor.

—¿Quieres decirme dónde pasaste la tarde del veintiuno de noviembre? —preguntó Sullivan, sin hacer caso de la aviesa mirada que le lanzaba Carthy.

—¡Ja, ja! —rio este—. Seguramente estuve dando un paseo con Abraham Lincoln.

—¿No estarías en el 220 de Court Street?

“Long” Carthy enderezó su estatura, signo evidente de que se estaba poniendo serio y de que no le gustaba nada aquella conversación.

—¿Qué hay allí? —preguntó—. ¿Un “nighth-club”?

—En uno de los apartamentos encontraron el cadáver de una mujer con un balazo en la garganta.

Los dos metros de estatura de Carthy quedaron rígidos, como si se hubiera tragado un poste, y la cicatriz de su mejilla se volvió más roja.

—Vaya a contarle a otro esas historias truculentas, hermano —gruñó con su opaca voz—. A mí ya se me ha pasado la edad de los cuentos de miedo. Y ahora, si me permite, voy a librarme de su desagradable presencia. Acabo de recordar que tengo una cita.

“Long” Carthy dio media vuelta y se dirigió hacia la salida de la taberna, apartando bruscamente a un sujeto, que estaba empeñado en demostrar a sus acompañantes, andando a la pata coja, que no estaba borracho.

Daniel Sullivan, después de dejar un billete sobre el mostrador, siguió los pasos del hombre.

No estaba dispuesto a dejar escapar su presa. Había notado en la expresión de Carthy que el mercenario no era ajeno al drama de Court Street.

Abrió la puerta de cristales, empañados por el vapor, y comenzó a traspasar el umbral. En aquel momento, una mano femenina le detuvo por el brazo. Era la mujer que, unos instantes antes, estuvo con él en el mostrador.

—¡Eh! ¿Te vas sin despedirte?

Sullivan no tuvo tiempo de responder. En el otro lado de la calle sonó un disparo. La bala, zumbando como una abeja furiosa, se incrustó en el marco de madera de la puerta, astillándola. Casi simultáneamente, el policía empujó a la mujer que le retenía hacia el interior de la taberna, a la vez que él saltaba al exterior y se dejaba caer al suelo. Antes de que su cuerpo rozara el pavimento, su mano apareció armada con el revólver de cañón acortado.

Un segundo disparo denunció la posición del atacante. Había partido de un automóvil, estacionado junto a la acera opuesta, frente a la puerta de la taberna.

Sullivan, aplastado contra el suelo, en difícil postura, hizo fuego. El plomo mordió una de las portezuelas del coche. En el interior del vehículo, el agente federal distinguió el anguloso rostro de “Long” Carthy.

Ya no cabía duda. Aquello decía, bien claramente, el papel que el *gangster* representaba en la muerte de Ethel Whitemore.

El huesudo pistolero, tras la ventanilla del automóvil, torció la boca en un gesto de disgusto. Acababa de malgastar la oportunidad que le brindó el ataque por sorpresa. Ahora, el individuo de la corbata de lazo, al lanzarse al suelo, había quedado fuera del punto de mira de su pistola.

Con un movimiento brusco guardó la pistola y, aferrándose al volante, pisó el acelerador y se lanzó como una flecha por la recta calle.

Daniel Sullivan se irguió y atravesó la calzada. Allí estaba su viejo “Ford”, gris plomo, de segunda mano. Penetró en él y lo puso en marcha. Segundos después emprendía una desesperada persecución tras el automóvil del pistolero.

Pronto se dio cuenta el policía de que con su viejo automóvil no podía dar caza al *gangster*. El coche de Carthy era un “Mercury” capaz de hacer casi doscientas millas a la hora.

Este último, como un bólido, llegó al final de la calle y tomó la curva sobre dos ruedas, con intenso chirrido de frenos. Cuando el “Ford” de Sullivan torció hacia la derecha, vio al “Mercury” más distanciado todavía.

Pero los ojos del policía brillaron un momento con un ligero destello.

“Long” Carthy había enfilado la carretera de Coney Island. En

su alocada fuga, quizá no reparó en que era sábado... Este pequeño detalle devolvió la esperanza a Sullivan. Si todo sucedía normalmente, el pistolero vería cortada su retirada de una manera fortuita.

Desde hace muchos años, Nueva York, y sobre todo Brooklyn, vierten los fines de semana una inmensa multitud en Coney Island. Es gente que ha dejado las preocupaciones semanales en sus domicilios, colgadas de la percha, y se lanzan a divertirse en el famoso parque de atracciones a orillas del mar. Entonces, la carretera que une Brooklyn con Coney Island se ve invadida de automóviles y la circulación por ella se realiza con enormes dificultades.

No tardó “Long” Carthy en comprobarlo.

A medida que avanzaba, tuvo que ir aminorando la marcha y aumentando sus maldiciones. No supo prever aquel contratiempo. No solo la carretera estaba intransitable; sino que, además, se hallaba abarrotada de uniformados motoristas, encargados de mantener el orden rodado.

—¡Maldita sea! —masculló sordamente.

Miró hacia atrás. El “Ford” de su perseguidor había desaparecido entre los otros automóviles.

—Si lograrse rebasar Coney Island... —pensó en alta voz.

Daniel Sullivan, haciendo gala de una gran pericia, no aminoró la marcha y comenzó a sortear automóviles alocadamente, con las manos engarfiadas sobre el volante y los pies dispuestos a pisar los frenos al menor signo de necesitarlo.

No tardó en oírse tras él una sirena policial y seguidamente, un agente, cabalgando sobre una potente “Harley”, apareció a su altura.

—¿Está usted loco? —gritó el representante de la Ley—. ¡Deténgase inmediatamente!

Sullivan aflojó la marcha, pero no se detuvo. Por la ventanilla mostró al policía la placa del F.B.I.

—Voy persiguiendo a un “Mercury” de color amarillo —explicó—. Necesito su colaboración. Es imprescindible cazarlo antes de que llegue a Coney Island. Si abandona el coche y se mete entre la gente, será imposible dar con él.

—Entendido, señor —replicó el motorista—. Haré todo lo que pueda.

La “Harley” se separó del “Ford” y con un rugido del motor, se adelantó, abriéndose paso, ayudada por el alarido de su sirena.

“Long” Carthy barbotó una maldición. Se había producido un atasco y tuvo que detenerse. La sirena cada vez se oía más cerca. Su vista giró alrededor desesperadamente. Desde allí se oía el bullicio de la masa, que afluía incontenible hacia la orilla del mar. Coney Island estaba cerca y engullía todo lo que Brooklyn soltaba.

¡En el parque de atracciones estaba su salvación!

Abrió la portezuela y saltó al suelo. Echó a correr, sorteando los automóviles atascados en la carretera. Desde la cuneta miró hacia atrás. Un policía acababa de desmontar de una motocicleta y examinaba el detenido “Mercury”. Después vio salir, de un “Ford” gris plomo, a un hombre con sombrero de fieltro y corbata de lazo.

No esperó más... Sabía que entre aquel hombre y él convenía poner la mayor distancia posible.

Mas la alta y destartalada figura de Carthy atrajo la mirada de Daniel Sullivan. El hombre del F.B.I. le vio correr en dirección al gran parque.

—¡Allí! —indicó al motorista—. ¡Usted por la izquierda!

Separándose del agente uniformado, se lanzó tras el pistolero. No tardó en verse confundido entre la corriente humana. Tuvo que abrirse paso a empujones. A unas veinte yardas, delante de él, se veían oscilar los hombros y la cabeza de Carthy, como un avestruz entre una multitud de gallinas.

La gente caminaba de un lado a otro, sin rumbo fijo, con el placer que se siente al saber que no hay por qué ir a un lugar determinado. Vendedores de todas clases voceaban sus mercancías y sus voces se perdían entre el gemir de las sirenas de los grandes carruseles.

Daniel Sullivan logró salir, a duras penas, de entre un grupo de negros y sentirse libre por unos momentos. Vio desaparecer a “Long” Carthy detrás de una tienda de “hots dogs”, los famosos “perritos calientes” americanos, y se dirigió hacia ella a grandes zancadas, rodeándola cautelosamente, la mirada alerta y los músculos preparados.

El pistolero había desaparecido.

Sullivan miró a su alrededor desconcertado. Confundido entre la multitud, distinguió al policía de la “Harley”, que se dirigía, todo lo deprisa que le permitían, hacia un punto determinado.

Parecía ser que su objetivo era una barraca de feria en la que se tiraba al blanco sobre unas figuras movibles.

Sullivan dirigió sus pasos hacia aquel lugar. Los dos hombres avanzaron en sentido contrario, de manera que la gran barraca quedaba en el centro.

El hombre del F.B.I. llegó antes al objetivo y sus ojos escudriñaron atentamente entre los tiradores; pero la alta silueta de Carthy no apareció. Volvió a buscar al policía uniformado. Le vio avanzar apresuradamente, abriéndose paso a codazos.

Sullivan retrocedió, dispuesto a rodear el tinglado de feria en sentido opuesto al del policía.

La gente se movía a su alrededor, entre grandes risotadas, y le costó trabajo llegar hasta uno de los extremos.

De improviso, a cinco yardas de él y frente por frente, apareció la huesuda figura de “Long” Carthy. La sorpresa detuvo a los dos hombres y los dejó con los pies clavados en el suelo. Sus miradas chocaron como dos cuchillas y sus cuerpos se envararon. Pero fue solo una fracción de segundo. La reacción del *gangster* llegó vertiginosa. Su mano derecha se hundió en el bolsillo de la gabardina y antes de que su cerebro le indicara lo que estaba haciendo, salió armada con una pistola automática de gran calibre.

Se oyeron varios gritos de mujer y en las caras de los que presenciaban casualmente la escena se pintó el asombro. Pero los hombres de F.B.I. estaban entrenados para casos similares a aquel.

Cuando Daniel Sullivan vio que Carthy llevaba la mano al bolsillo, se dio cuenta enseguida de lo que iba a suceder. El revólver, que hasta un momento antes descansaba en la funda sobaquera, apareció en su diestra amenazador.

Sonó una detonación,

“Long” Carthy abrió mucho los ojos como si no comprendiera con exactitud lo que había sucedido. Su dedo apretó el gatillo del arma que empuñaba, pero lo hizo en la contracción de la muerte, que se le metió en el cuerpo en forma de bala y a la altura del

pecho. Su proyectil se estrelló contra el suelo a dos yardas de sus pies.

Por un momento el *gangster* intentó mantenerse de pie y levantar la pistola en dirección al hombre del sombrero de fieltro; pero sus piernas se negaron a sostenerle. Se tambaleó como un borracho, y por fin, sus dos metros de hueso y nervio se desplomaron lo mismo que un edificio volado con dinamita.

Cuando el policía de la “Harley”, empuñando su revólver de reglamento, llegó, Daniel Sullivan estaba arrodillado junto al pistolero. Los ojos de “Long” Carthy aparecían semicerrados, como si los párpados le pesaran una tonelada. La respiración era muy débil y salía de entre sus labios, produciendo un silbido ronco.

—Carthy, ¿puedes oírme? —susurró a su oído Sullivan.

El hombre tendido en tierra torció la cabeza hacía donde oyó la voz, que parecía venir de muy lejos.

El policía uniformado intentaba despejar el corro de curiosos que se había formado.

—Vamos, señores, retírense. Sigán con sus diversiones. El tiempo es corto.

—¿Me oyes, Carthy? —repitió Sullivan más cerca del oído del *gangster*—. ¿Quién te pagó para que asesinaras a la mujer de Court Street?

Realizando un gran esfuerzo, “Long” Carthy abrió algo los ojos. Su vidriosa mirada no distinguía ya las formas. La noche había llegado prematura para él. Las palabras brotaron incoherentes de su garganta.

—No... Yo... no...

—Ya sé que no fue cosa tuya —le ayudó el policía federal—. ¿Quién te ordenó que lo hicieras?

—No... No... quería... Fue...

Enmudeció un momento. La respiración se hizo más entrecortada.

Los ojos del *gangster* se abrieron desmesuradamente, como si hubiese visto una aparición. Su cuerpo se estremeció y una bocanada de sangre manchó la pechera de su camisa. El nombre del culpable no saldría jamás de sus labios.

CAPÍTULO VIII

EL ingeniero-jefe se levantó de su mesa de despacho y acudió al encuentro de Daniel Sullivan, que franqueó la puerta conducido por un ordenanza.

—Buenos días, señor Sullivan —saludó, dándole la mano—. Tenga la bondad de sentarse.

El agente se acomodó en una butaca y el ingeniero volvió a ocupar su sitio tras la mesa de pulimentada superficie. Era un hombre de unos cincuenta años, de porte distinguido. A través de las gafas de montura negra, su mirada era profunda y la dirigía recta, como una saeta, a los ojos de su interlocutor.

—Estoy a su disposición —continuó, abriendo la tapa de una cigarrera de piel—. ¿Un cigarrillo?

El hombre del F.B.I. cogió uno y lo encendió, lanzando una delgada columna de humo.

—Supongo —dijo— que no podrá aclararme usted nada más, aparte de lo que ya sabemos, sobre la vida de Ethel Whitmore.

—Absolutamente nada —respondió el ingeniero—. Si le he de ser sincero, me cuesta trabajo creer que la señorita Whitmore fuera un agente al servicio de una potencia extranjera.

—Sin embargo, todo lo sucedido así lo hace sospechar.

El interlocutor de Sullivan se ajustó las gafas con un movimiento mecánico de su mano derecha y explicó:

—Hemos revisado todos nuestros trabajos y no solamente no falta nada, sino que, además, no existen señales de que hayan podido ser sacados de este lugar. Por otra parte, como usted ya sabe, antes de admitir a la señorita Whitmore nos aseguramos, a conciencia, de su ignorancia en materia de planos. El más sencillo de todos ellos era para mi secretaria tan complicado como un dialecto esquimal.

Como sorprendiera una interrogante en los ojos del federal, prosiguió:

—Su trabajo consistía, casi exclusivamente, en tornar taquigráficamente cartas, sin ninguna importancia, que yo personalmente le dictaba y pasarlas luego a máquina. Era, podríamos decir, la correspondencia normal de un ingeniero dedicado a negocios particulares. Es decir, la justificación de la placa que usted ha visto en la puerta.

—¿Entonces Ethel Whitmore ignoraba la clase de trabajo que aquí se realiza?

—Oficialmente, sí. Tal vez veía algunas copias de planos, pero como ya le he dicho...

—Se aseguraron de que no entendía una palabra en materia de planos —intervino Sullivan—. Pero de lo que ustedes quizá no se aseguraron fue de saber si la señorita Whitmore era capaz de hacer fotocopias de los mencionados planos.

—¿Acaso cree usted...?

—Exacto —dijo el policía, cortando la frase del ingeniero—. Si mis informaciones son exactas, ustedes tienen aquí toda clase de utensilios que les puedan hacer falta, con el fin de que no salga nada a la calle. Ethel Whitmore tenía mucho tiempo libre y poca vigilancia dentro de la oficina. No tuvo necesidad de sacar nada. Todo lo hizo a domicilio.

El ingeniero sacó un cigarrillo de la pitillera de piel y se lo puso entre los labios.

—¿Tiene usted pruebas de lo que dice? —inquirió.

—Eso es lo malo. No hay pruebas. La única que existía, tuve que enfrentarme ayer con ella y me puso en el difícil dilema de eliminarla o dejarme eliminar. Comprenderá usted que opté por lo primero.

—Si eso es cierto, el asunto es grave —declaró el ingeniero—. Si los planos salen de la nación le puedo asegurar que los Estados Unidos no ganarán la carrera del espacio.

—Estoy seguro que Ethel Whitmore no era más que una mediadora —opinó Daniel Sullivan—. Por eso la asesinaron. Una vez realizado el trabajo, la joven podía ser un peligro.

—¿Un peligro para la organización?

Sullivan aplastó la punta de su pitillo contra el cenicero. El ingeniero había cruzado una pierna sobre la otra y le miraba fijamente.

—No hay organización —fue la respuesta del policía—. Tan solo un hombre, o a lo sumo dos, operan en Nueva York. Y le diré algo más; este, o estos hombres, son norteamericanos y trabajan por dinero. Los que piden la “mercancía”, y la pagan a un precio probablemente muy alto, están establecidos en París.

—Luego esas fotocopias, que usted piensa se han hecho aquí, tienen que atravesar el Océano Atlántico para que representen un peligro real para Norteamérica.

—Aún no lo sé —dijo Sullivan—. Todo depende de lo que usted me conteste a lo que le voy a preguntar. ¿En qué situación estaban los trabajos el año pasado por estas fechas?

—En sus comienzos —aclaró el ingeniero—. Por sí solo, todo lo que había hecho en aquella fecha no decía nada. Faltaba el complemento de otros planos que aún no estaban trazados.

—Entonces todavía estamos a tiempo de evitar el mal —aseguró el agente—. Porque esos trabajos fueron sacados de los Estados Unidos hace un año y llevados a la capital francesa.

En la cara del ingeniero se dibujó el asombro. Por lo visto, Ethel Whitmore fue más lista de lo que él creyó en un principio. Por un momento pensó que la joven hubiese sido muy capaz, si no la asesinan, de llevarse las gafas de sus propias narices, sin que él se diera cuenta.

—¿Qué podemos hacer entonces? —preguntó.

—La cosa está clara. Hay que impedir que la copia de estos segundos planos salga del país.

—Pero, para impedirlo, hay que conocer primero al individuo que los va a sacar.

—Creo que tengo localizado ya a ese sujeto —dijo Sullivan.

—Entonces no hay problema —opinó el ingeniero. Y al decirlo pareció como si se le hubiese quitado un gran peso de encima.

El hombre del F.B.I. se encargó de cortar la incipiente alegría del otro.

—No es tan fácil como parece —dijo—. Para ponerle las esposas a un individuo hacen falta pruebas, y como ya le dije antes, estas

pruebas no existen.

—Pero se puede establecer una vigilancia en los aeropuertos. Si ese hombre ha de sacar los planos de Nueva York, ha de hacerlo por algún sitio. Avión, barco...

—Vigilar las Aduanas es sencillo —admitió el policía—; pero si usted tuviera que trasladar una documentación peligrosa a París, es probable que tomara las medidas necesarias para que dicha documentación llegase a su término.

—Así es, efectivamente.

—¿Qué haría usted en un caso similar?

El ingeniero carraspeó, se ajustó de nuevo las gafas sobre la nariz y contestó:

—En el caso, poco probable, de que yo me encontrase en esa situación, lo primero que haría sería buscar un buen escondite entre mi equipaje. Después buscaría un pretexto lógico, que a nadie despertase sospechas, y mucho menos a la Policía, para trasladarme a París.

—Eso es, precisamente, lo que nuestro hombre hizo para sacar la primera parte del trabajo —explicó Sullivan, levantándose del sillón—. E igual pretexto es el que ha buscado ahora para hacer lo mismo con la segunda. Bien, señor ingeniero, eso es todo. Le tendremos al corriente de nuestras investigaciones.

El ingeniero-jefe acompañó hasta la puerta del despacho a Daniel Sullivan, que se había puesto el sombrero de fieltro y estaba abrochándose la gabardina.

—Tengo confianza en los hombres del F.B.I. —dijo—. No me cabe la menor duda de que darán ustedes con la manera de que esos planes no salgan de Norteamérica. Es de vital importancia para la nación.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos —respondió Sullivan, estrechando la diestra del ingeniero

Salió de la oficina en cuya puerta, sobre una placa dorada, se leía el nombre del ingeniero con el cual estuvo hablando. En el enorme vestíbulo, rodeado de puertas similares, pertenecientes a otras tantas oficinas, penetró en el ascensor, que se hundió vertiginosamente en el vacío. Instantes después salía a la calle en pleno Broadway, confundándose entre la multitud.

Caminó hasta donde había dejado aparcado su “Ford” gris plomo.

Quería ir a la pensión donde se alojaba Basil Dexter. Hacía varios días que no se entrevistaba con el muchacho y quizá este tuviera alguna noticia interesante. Desde un principio acordaron desechar el teléfono, como medio de comunicación, por considerar más segura la entrevista personal.

—Veremos de qué humor se encuentra la señora Feldman —pensó mientras ponía el automóvil en marcha.

La patrona del joven era una cincuentona, con un genio endemoniado, que, de haber nacido en los tiempos heroicos de la conquista del Oeste, habría sido capaz de mantener a raya, ella sola, a toda una tribu de pieles rojas. En la actualidad, y a falta de “apaches” o “navajos” a quienes hacer la guerra, se entretenía en batallar con sus inquilinos a la menor oportunidad que se le presentaba, oportunidad que solía surgir con bastante frecuencia.

Tras infinidad de paradas ante los discos, Daniel Sullivan consiguió rebasar Broadway, y a lo largo de Lower Madison Street, siguió los estribos del puente de Brooklyn hasta penetrar en él por una de sus cuatro pistas.

Una vez en el barrio de Brooklyn, todavía tardó bastante tiempo en llegar hasta la casa de la señora Feldman delante de cuya puerta frenó.

Daniel Sullivan subió las escaleras y llamó. Le abrió la señora Feldman en persona. Era una mujer gruesa, con un delantal que le rodeaba la cintura; el labio inferior sobresalía del superior, como si quisiera ser más que él o como si intentara disimular el bigote con que la Providencia le había obsequiado.

—Buenas tardos, señor Sullivan—saludó, dejando que su boca sonriera y el policía tuviera ocasión de observar que era negra como una caverna neolítica.

Era la primera vez que Daniel Sullivan veía sonreír a la señora Feldman, si es que se podía llamar así a aquella mueca. Algo bueno tenía que haberle sucedido para que hiciese aquel extraordinario.

—Pase, pase —invitó la mujer—. Hacía tiempo que no le veía por aquí. Me preguntaba si le habría pasado algo.

Sullivan penetró en el vestíbulo, que era a la vez cuarto de estar para la patrona, comedor para sus huéspedes y las tres cosas a la

vez para el gato que dormitaba en un rincón sobre una silla.

—¿Está Basil? —preguntó el hombre del F.B.I.

—Ya lo creo que está —respondió la señora Feldman—. En su habitación. Gran chico este Basil, ¿eh, señor Sullivan? Yo siempre le dije que llegaría muy lejos.

La gruesa patrona desapareció al fondo, en sus dominios, sin aclarar qué era lo que entendía ella por “llegar muy lejos”.

Sullivan dirigióse a la habitación de Basil Dexter. El muchacho se hallaba en mangas de camisa y cerró la puerta cuidadosamente cuando el policía hubo entrado... Parecía nervioso.

—¿Ocurre algo? —quiso saber el policía federal.

—Esta mañana me ha llamado Joel Diamond —explicó el muchacho—. Ya ha concertado mi combate en París. Mi rival será un tal Jacques Dubois, primera serie francés. Dentro de cuatro días salimos para Europa.

—Mucha prisa tiene nuestro amigo.

—Eso parece —respondió Dexter—. Desde que mataron a Ethel Whitmore, está muy alterado.

—No me extraña que tenga prisa en soltar los planos. Sabe que son como una bomba con la mecha encendida. Lo lamentable es no tener pruebas de que estos planos están en su poder.

—En cierto modo, a mí me beneficia esta falta de pruebas —aseguró Dexter—. Si esos planos son descubiertos antes de mi salida, mi combate en París se esfuma.

Daniel Sullivan se echó el sombrero hacia atrás y se sentó en la única silla existente en la habitación, al lado de la mesita de noche.

—Se equivoca, Dexter —dijo—. En el caso de que pongamos las esposas a Joel Diamond antes de salir de Nueva York, yo seré su representante en ese combate.

—¿Usted haría eso? —inquirió Basil con expresión incrédula.

—Naturalmente. ¿Me cree capaz de dejarle en la estacada? hemos hecho un trato y no sería justo que usted saliera perdiendo.

—Perdone, señor Sullivan —se disculpó el joven—. No he querido dudar de usted, pero es que me parece todo un plan descabellado. No en lo que se refiere a su parte, sino a la mía. ¿Piensa usted, sinceramente, que yo pueda llegar a ser un boxeador mediano?

—No.

—Entonces...

—Escuche, Basil —dijo el policía. Y su mirada era más profunda que nunca—. Soy entusiasta del boxeo desde que estrené mis primeros pantalones largos, y le aseguro que eso fue hace tantos años, que se ha borrado de mi memoria. Usted no será un boxeador mediano. Usted será un gran boxeador.

Los ojos de Dexter brillaron un momento. Luego se fue hacia la cama y se sentó en el borde de la misma. El somier crujió bajo su peso.

—Si triunfase en París sería formidable —dijo con vehemencia.

—Triunfará. No lo dude.

La mirada del muchacho buscó la del agente federal. Sus pupilas relucían como si estuvieran encendidas.

—¡Si Cicely pudiera estar allí...! —se entusiasmó—. Estoy seguro que su presencia me daría fuerzas para derrotar a mi rival.

Daniel Sullivan se acarició la barbilla y quedó pensativo unos instantes.

—¿Y por qué no? —murmuró, al fin, como hablando consigo mismo—. Podíamos intentarlo.

—¿Intentar qué?

—Que su novia se desplazase a París con usted.

Basil hizo un movimiento con la mano, como si apartara algo que se hubiera puesto ante él.

—No me haga reír. Eso es más difícil todavía que mi victoria ante Dubois.

—¿Usted desea de verdad que Cicely esté presente en el combate?

—Claro. Sería el mejor pretexto para obtener la victoria. Ante ella no podría fracasar.

—Entonces vaya pensando en la manera de tumbar a Dubois. Su novia estará en la primera fila de “ring”.

* * *

Cicely se despidió de sus compañeras en la misma puerta de la casa de modas de la Calle 72.

—Hasta mañana, chicas.

—Adiós, Cis. ¡Ah! Dile a Basil que pegue fuerte.

—Se lo diré de vuestra parte.

Las jóvenes se alejaron en grupo. Cicely consultó su reloj y comenzó a pasear despacio.

¿Cómo no habría venido Basil a buscarla? Quizá se le hizo tarde. Esperaría un rato antes de coger el autobús.

Al llegar a la esquina dio la vuelta y volvió sobre sus pasos, mirando distraídamente la circulación.

Un hombre cubierto con un sombrero de fieltro, que vestía una gabardina de corte militar y usaba corbata de lazo, la abordó a mitad del camino.

“Vaya —pensó Cicely—. Un pelmazo.”

Y poniendo en su rostro el gesto más inexpresivo que supo, siguió adelante.

—Buenas tardes, señorita Cicely —saludó el desconocido, llevándose la mano al sombrero y levantándolo ligeramente de su cabeza.

La joven sorprendióse al oír su nombre, pero no se detuvo.

—Permítame un momento, señorita —insistió el nombre—. He de hablar con usted.

Cicely miró de reojo al intruso, procurando que este no lo notara. Parecía un hombre correcto.

“Malo —volvió a pensar Cis—. Estos son los peores. Si Basil llegara ahora...”

—Escúcheme, señorita —decía el hombre de corbata de lazo—. Es muy importante para Basil Dexter.

Esta vez Cicely frenó en seco su marcha y miró, frente a frente, a su acompañante.

—¿Cómo sabe el nombre de mi novio? —preguntó con los azules ojos llenos de recelo.

—Porque soy algo brujo —sonrió el hombre.

—¿Le pasa algo?

—¿A quién, a su novio o a mí?

—Por favor —suplicó Cicely—, dígame pronto si le ocurre algo a Basil.

El desconocido, sonrió y sin saber por qué, la joven se tranquilizó.

—No tenga temor, Cis. Acabo de dejar a su novio y se encuentra perfectamente. Si me permite acompañarla podemos hablar. Me llamo Daniel Sullivan...

CAPÍTULO IX

A las veinticuatro horas de haber comunicado Dexter la noticia de su partida a Daniel Sullivan, los jefes del F.B.I. emitieron sus órdenes. Estas fueron tajantes y claras.

A los supuestos portadores de los planos se les permitiría la salida de Nueva York. No interesaba su detención. Con ello solo se conseguiría cortar la rama menos importante del árbol. Lo que hacía falta era arrancar la raíz, destruir la organización enemiga.

El plan era arriesgado, pero a la Oficina Federal de Investigación le gustaba hacer las cosas bien. La batalla sería dada en la propia madriguera del contrario. Se corría el albur de que, una vez fuera de los Estados Unidos, los planos fueran entregados al enemigo por los mercenarios del espionaje; mas era necesario exponerse a ello.

Varios despachos telegráficos, en clave, partieron hacia París a través de las ondas, y uno de los tentáculos del F.B.I. comenzó a moverse a muchas millas de distancia. Al mismo tiempo, tres agentes especiales, escogidos por Sullivan, entraron inmediatamente en acción en Nueva York. Los pasos que en aquellos cuatro días dio Joel Diamond fueron seguidos y vigilados con insistente tenacidad.

En el interior del Diamond Arena, Basil Dexter observaba, convertido, de una manera fortuita, en colaborador del F.B.I. Daniel Sullivan le encargó la difícil tarea de tratar de descubrir el sitio donde sería escondida la “mercancía”.

Pero el trabajo era demasiado delicado para un aprendiz de policía. Su fracaso fue absoluto. Así se lo confesó al agente federal, dos días antes de la marcha hacia Europa.

—No se preocupe, Dexter —sonrió Sullivan—. Lo esperaba. Es lógico que Diamond haya tomado todas las precauciones posibles.

¿Le ha dicho ya a nuestro hombre que irá Cicely con usted?

Sí se lo había dicho. Aquella misma mañana. Diamond mascó con fuerza la punta de su cigarro habano y después había gruñido:

—No me parece muy apropiado, chico. Pero allá tú con tus caprichos. Si crees que ella te puede servir de algo...

Y al minuto justo de haber escuchado estas palabras, Basil Dexter se arrepintió del viaje de Cicely.

Comprendió que acababa de situar a su novia, inconscientemente, dentro de un juego peligroso. Su vehemencia le hizo desear que Cis estuviese presente en el combate y ahora no podía volverse atrás. Era demasiado tarde. Sullivan, sabe Dios por qué extraños medios de brujería, había logrado convencer, no solamente a la joven, sino a su madre. Por sí solo esto era una prueba más que suficiente de que aquel hombre era extraordinario.

Y por fin llegó el día.

Amaneció claro y soleado. Basil Dexter se levantó temprano. Sentía como si le corriera por la espalda una caravana de hormigas.

Recordó, una vez más, las instrucciones dadas por Daniel Sullivan: Comportarse de una manera normal para que Joel Diamond no pudiera sospechar nada a última hora.

—Comportarse de una manera normal —repitió para sí, mientras se frotaba el robusto torso con la toalla—. Parece fácil, pero en estos momentos daría cualquier cosa porque, además de parecerlo, lo fuera.

Se vistió, cerró su maleta y en un “taxi” recogió a Cicely. Encontró a su novia más bonita que nunca. Volvió a arrepentirse de que ella viniera. Si ocurría algo, nunca se perdonaría su maldito capricho.

—Las chicas del taller me han dicho que pegues fuerte.

¡Pegar fuerte! Eso es lo que haría. Arrasaría con sus puños a todo el que intentara ponerse en el camino de los dos. No consentiría que a Cis le pasara nada malo. La mano de su novia, puesta en la suya, le transmitió una poderosa fuerza moral.

En el aeropuerto de La Guardia les esperaban Joel Diamond y Whitney, enfundados en sus abrigos. A sus pies descansaban dos enormes maletas de cuero. La mirada de Dexter se clavó en ellas inconscientemente. Sabía que en una iba el material que

necesitarían, pero ¿en cuál se escondían los malditos planos?

—Buenos días, señorita —saludó Diamond, que masticaba su segundo habano de aquella mañana—. Buenos días, chico.

—Buenos días —contestó Dexter.

Le molestaba la maldita manía de llamarle chico, que tenía aquel empedernido masticador de habanos.

Los cuatro pasaron a la sala de espera del aeropuerto junto con los demás viajeros que se dirigían a París. Daniel Sullivan no estaba. ¿Se encontrarían entre aquellas personas los tres agentes especiales del F.B.I., que iban a hacer el viaje con ellos? Dexter no los conocía. Sullivan prefirió que el joven ignorase su identidad; pero le había asegurado que estarían muy cerca de él.

Les hicieron pasar ante una ventanilla tras la cual un empleado de ojos penetrantes revisó los pasaportes. Después, a través de un largo mostrador, fueron señalados los equipajes con una contraseña.

Joel Diamond permanecía tranquilo detrás de su largo habano. Nadie hubiese sospechado, al ver su aspecto, que aquel hombre iba a cometer un delito de traición contra su patria.

Los altavoces anunciaron que los pasajeros vía París podían dirigirse hacia el avión. Al traspasar la red metálica que daba acceso a las pistas, Basil vio a Daniel Sullivan. Su corbata de lazo resaltaba sobre la blanca camisa. El policía avanzaba por entre los pasajeros, sin dirigir una sola mirada al joven y a sus acompañantes. Dexter apretó suavemente el brazo de Cicely. Había advertido a su novia, poniéndole un pretexto cualquiera, que no debía dar señales de conocer a aquel hombre. La joven cambió una mirada de inteligencia con su novio. Podía estar tranquilo.

Minutos después estaban acomodados en sus asientos respectivos. En el contiguo a Sullivan se sentaba un hombre de abultado abdomen, cuyo mentón desaparecía bajo una poblada barba negra. ¿Sería aquel uno de los agentes especiales?

Fue retirada del costado del avión la escalera, los reactores entraron en acción y el enorme “Superconstellation” barrió la pista de despegue, perdiendo contacto con el suelo y elevándose como un gigantesco pájaro plateado.

—Bueno, chico —dijo Diamond, cogiendo su gran maleta de cuero y dando una palmada en las espaldas de Dexter—. Ya estamos en la vieja Europa. Aquí comenzará tu brillante carrera. Te lo dice Joel Diamond.

Habían aterrizado, hacía unos momentos, en el aeropuerto de Orly. Fueron conducidos por una azafata, junto con los demás pasajeros, a la Aduana. Era una estancia llena de luz, que entraba a raudales por las enormes cristaleras de sus ventanas.

Allí vio Dexter los primeros “gendarmes” con sus inconfundibles gorras de visera. Con las manos cruzadas detrás de la espalda, observaban a los viajeros.

Al entrar en la amplia sala, Joel Diamond retiró el cigarro de la boca y lo tiró al suelo. Whitney volvió la cabeza a un lado y a otro, como si husmeara algo con sus aplastadas narices de perro dogo.

Basil vio cómo Sullivan, unos pasos antes que ellos, colocaba sobre el largo mostrador de la Aduana su maletín. El funcionario encargado de ello lo abrió y pasó la mano por su interior con la maestría del que está acostumbrado al trabajo. Acto seguido, con una tiza blanca, hizo una señal en el mismo.

—*Merci, monsieur* —sonrió el hombre, haciendo gala de la clásica cortesía francesa.

A continuación, le tocó el turno al compañero de asiento de Sullivan. El sujeto de la barba depositó en el mostrador una gran maleta y el empleado de la Aduana volvió a repetir la operación.

—*Merci, monsieur.*

Los dos gendarmes que se hallaban a su lado presenciaban, con ojos escrutadores, la operación. Diamond los observó un momento, como si calculara hasta qué punto serían capaces de intervenir con eficacia en un caso de “mercancía” ilegal.

—*S'il vous plait, monsieur.*

La voz del aduanero le sobresaltó. Estaba justo frente a él y el hombre le sonreía cortésmente. Los gendarmes seguían mirando. Diamond puso la maleta de cuero sobre el mostrador y la abrió. Whitney le imitó, Cicely y Dexter, que venían inmediatamente después, pudieron observar el manifiesto nerviosismo del hombre de la nariz aplastada.

La maleta de Diamond descubrió en su interior varios pares de guantes de boxeo sin estrenar, botas, vendajes y todos los demás pertrechos inequívocos de un pugilista.

Uno de los gendarmes, que miraba con insistencia, dio un paso y se acercó. Whitney palideció ligeramente y Diamond, sacando un habano del bolsillo superior de su americana, se lo incrustó entre los dientes.

El gendarme dijo unas palabras al oído del aduanero. Este dirigió sus ojos hacia Basil Dexter y le miró fijamente. Inmediatamente su boca se distendió en una sonrisa “made in France”.

—*Pardonnez moi, monsieur.* ¿Usted es el boxeador que se enfrentará mañana a Jacques Dubois?

La sorpresa paralizó la voz de Basil Dexter. Hubo un silencio prolongado, que el joven invirtió en buscar con la mirada a Daniel Sullivan. No lo encontró. Cicely sonreía orgullosa y no menos sorprendida que su novio.

—Sí... Sí... Yo soy —dijo, al fin, Basil.

—Le deseo mucha suerte, *monsieur* —siguió el aduanero, cerrando las maletas de Diamond y Whitney, sin mirarlas y rechazando las del joven y su novia.

El color volvió al rostro de Whitney.

—Gracias... Muchas gracias —murmuró Dexter.

Al salir de la Aduana, siguió buscando con la mirada a Daniel Sullivan. El agente del F.B.I. no daba señales de vida. Dexter recordó haberle visto, por última vez, en el mostrador donde eran abiertos los equipajes. Divisó al hombre de la barba, que estaba montando en uno de los autocares de la compañía aérea que transportaban los viajeros a París.

—¿Qué miras, chico? —preguntó Diamond—. Te gusta Europa, ¿eh?

—Le contestaré después de mi combate de mañana.

—Basil —intervino Cicely—, me gustaría recorrer París de un extremo a otro. ¿Es cierto, señor Diamond, que París es la capital del mundo?

—Eso dicen, señorita.

Estaban parados junto a la salida del aeropuerto. Por la pista

que conducía a París, se podía observar un trasiego incesante de vehículos, ordenado y dirigido por los serios y eficaces agentes de tráfico.

Basil y Cicely miraban los enérgicos ademanes de uno de aquellos agentes cuando dos individuos, que habían estado algo alejados de la salida y que escudriñaban entre los pasajeros, avanzaron hacia el grupo.

Iban embutidos en abrigos oscuros y cubrían sus cráneos con sombreras de ala flexible.

—Buenas tardes, señores —saludó uno de ellos en perfecto inglés—. Basil Dexter, ¿verdad?

Basil asintió con la cabeza. Le estaba empezando a gustar Francia. Sentía dentro de sí algo extraño y agradable, que hubiese jurado eran las primeras llamadas de la popularidad. Pero tenía que sobreponerse a esta sensación. Aún le estaba prohibido dejarse mimar por la afición. Hasta que el peligroso juego, en el que él hacía de conejo de indias, no hubiese concluido, todo le estaba vedado. Ahora tendría que abrir bien los ojos. En cualquier momento, Joel Diamond podía entregar aquellos documentos, que Sullivan aseguraba iban en el equipaje de su “manager”, y entonces todo se vendría abajo.

—Soy el empresario del Palais des Sports —decía el francés—. Tengo un coche esperando. Si tienen la amabilidad de seguirme, les llevaré al hotel.

CAPÍTULO X

A la mañana siguiente, Daniel Sullivan levantóse temprano. Aunque la habitación del hotel donde se hospedaba era bastante confortable, con un gran balcón que daba a la “rue” San Agustín, no deseaba permanecer en ella mucho tiempo. Quería recorrer las calles parisinas; rememorar los felices e inolvidables tiempos de recién casado cuando estuvo con Susan en la capital francesa.

Solamente tenía aquella mañana para hacerlo. Después, a las siete de la tarde, le esperaba su entrevista con Marcel, el desconocido hombre de confianza del F.B.I. en París. A partir de entonces su trabajo tendría que desarrollarse con enorme rapidez, actuando de acuerdo con las noticias que le diera el citado Marcel.

Este hombre era un punto clave. Sin su ayuda nada, o casi nada, podría hacerse. Bien es verdad que no resultaría muy difícil poner las esposas a Diamond y a su compinche Whitney, pero la desarticulación del grupo extranjero —en realidad lo más importante del caso—, que compraba los secretos, puestos en venta por los traidores, no podría lograrse sin la colaboración del agente parisino, que a estas horas tendría, sin duda, preciosas informaciones para el F.B.I.

Sullivan paseó por las calles lentamente, comprobando, por segunda vez en su vida, cuán distintas eran de las de Nueva York. Aquí los edificios eran bajos, de fachadas oscuras, con balcones de hierro y macetas con flores en algunos de ellos.

Las plazas poseían la belleza y el valor de todo lo antiguo. La Opera, la Magdalena, la Concordia...

Estuvo en los Champs Elysées y vio la llama que, bajo el Arco del Triunfo, en la plaza de la Estrella, arde perenne en honor al soldado desconocido. Luego atravesó el Sena, y en los Inválidos visitó la tumba de Napoleón.

Fueron unas horas en las que disfrutó intensamente, se asombró de poder hacerlo cuando faltaba tan poco para que diera comienzo una feroz lucha en la que él iba a ser uno de los protagonistas.

“El F.B.I. nos hace hombres fríos, sin nervios”, pensó.

A la una comió en un “bistro”, la típica taberna parisina. Al final, cuando el camarero hubo retirado el servicio, se puso un cigarrillo en los labios y se dirigió al teléfono. Era la una y media en punto. A aquella hora, en un determinado lugar de París, uno de los agentes de la Oficina Federal, que hizo el viaje con él desde Nueva York, esperaba su llamada.

Al sentir que en el otro extremo del hilo era descolgado el aparato, se limitó a decir.

—Aquí Sullivan.

Las palabras de su interlocutor le llegaron muy débiles, apagadas, como si hablara en voz baja.

—Está bien —murmuró por fin el policía—. Siga en su puesto y abra bien los ojos. Esta noche estaré en el Palais des Sports a la hora convenida.

Sullivan colgó el auricular y abandonó el “bistro”, satisfecho. El agente con el que se había comunicado trabajó a conciencia y los resultados fueron espléndidos: El lugar donde Diamond guardaba su preciosa mercancía acababa de ser descubierto.

El cerco del F.B.I. se iba estrechando alrededor de la pieza. La máquina superorganizada de la ley americana avanzaba, inexorable, hacia su objetivo.

Desde este momento, las horas pasaron rápidamente para Daniel Sullivan. De nuevo en la “rue” San Agustín, en la habitación del hotel, comprobó el perfecto funcionamiento de su revólver, de cañón acortado, y lo introdujo en la funda sobaquera, colocada bajo la axila izquierda. El familiar contacto del arma le hizo sentirse a sus anchas. Estaba preparado para la batalla final.

A las seis y media atravesaba la acristalada puerta del hotel y se dirigía hacia una cercana parada de taxis, tomando uno de ellos.

Desde el asiento delantero, el conductor se volvió hacia él con una sonrisa tipo Maurice Chevalier a flor de labios.

—*Bon soir, monsieur.*

—¿Sabe dónde está la “Petit-Maison”?

—Eso cae por algún sitio de Montmartre.

—¿Sería capaz de encontrar ese sitio?

“Maurice Chevalier” acentuó la sonrisa.

—Si no se lo ha llevado el diablo, lo encontraré, *monsieur*.

Y a continuación puso su flamante “Renault” en marcha camino del famoso barrio parisino.

En su interior, Sullivan vio discurrir las calles con un cigarrillo entre los labios y el pensamiento puesto en Basil Dexter.

¿Cómo andaría de moral ante su inminente combate? Esto era lo más importante: la moral. Según la dosis de ella que almacenara dentro de sí, ganaría o perdería. El muchacho era bueno y su derecha la más potente que jamás Sullivan viera. Si a estas cualidades se les unía una fe ciega en la victoria, Dexter se alzaría con el triunfo sin duda alguna.

El problema preocupaba al agente federal, pues consideraba que su misión no solamente consistía en recuperar los secretos planos para su nación y desarticular la organización extranjera que andaba detrás de ellos, sino también en sacar adelante a Basil Dexter y tratar de convencerle de que podría ser una gran figura del “ring”. Lo había prometido y lo cumpliría.

Sus reflexiones tomaron un camino distinto al sentir que el automóvil detenía su marcha y el sonriente chofer se volvía hacia él con una expresión de triunfo en el semblante.

—*Voilà, monsieur!* —exclamó señalando hacia un punto que se encontraba más allá de las cerradas ventanillas del vehículo.

Sullivan siguió con la mirada la trayectoria indicada por el extendido dedo del francés.

Sobre el muro de piedra, mal iluminado por la luz insuficiente de unas viejas farolas, se abría un estrecho hueco, que parecía la entrada de una caverna a juzgar por su lobreguez. En realidad, no distaba mucho de serlo. Aquella hendidura, tapada por una recia puerta de madera claveteada, era la entrada de una de las famosas y típicas “caves” (cuevas) parisinas.

De la parte superior izquierda colgaba un farolillo, que despedía una mortecina luz azulada. Bajo él, y a duras penas, se podía leer, pintado en negro sobre el mismo muro: “Petit-Maison”,

—Dimos con el lugar, *monsieur* —machacó el de la sonrisa tipo

“Maurice Chevalier”, exagerando sus méritos con vistas a la posible propina—. Aquí lo pasará bien. Es un buen sitio.

Sullivan lo puso en duda para sus adentros. Para él la “Petit-Maison” era solo el punto donde encontraría a Marcel, uno de los confidentes del F.B.I. en París.

—Le felicito, amigo —murmuró el agente de la Oficina Federal, poniendo en las manos del francés un buen montón de francos—. En Nueva York sería usted un buen policía.

Cuando vio desaparecer el coche al final de la estrecha callejuela, Sullivan dirigióse hacia la puerta claveteada. No tuvo más que empujarla para colarse en el interior de la “cave”, cuya luz era tan deficiente como la de la calle que acababa de dejar a sus espaldas.

Lo primero que distinguió fue un recio mocetón, vestido de librea. Después oyó su voz.

—*Bon soir, monsieur.*

A continuación, fue descubriendo otras cosas. Se hallaba en una especie de *hall*, o antesala, con paredes de ladrillo, cubiertas de extraños dibujos —suponiendo que se pudiera llamar dibujos a aquellos jeroglíficos pintados en negro— y de frases, no menos extrañas que las pinturas, y que probablemente pretendían ser pensamientos más o menos filosóficos.

A la izquierda aparecía una puerta, cerrada en estos instantes, y al fondo se veía el comienzo de una escalera.

Los peldaños crujieron bajo los pies de Sullivan, que se agarró a la barandilla, temiendo verla desplomarse de un momento a otro. Afortunadamente el peligro no pasó de ahí y el policía pudo alcanzar el final.

Ante él se abría, o mejor dicho se alargaba, la “cave” propiamente dicha. Era una especie de pasadizo de techo bajo y abombado, como el del ferrocarril subterráneo, que terminaba en una plataforma donde cuatro individuos arrancaban de sus distintos instrumentos musicales las lentas notas de un “slow”.

A ambos lados del túnel, mesas repletas de público y en el espacio inverosímil que quedaba en el centro, algunas parejas, estrechamente abrazadas, seguían el ritmo de la melodía.

Durante unos instantes Daniel Sullivan se limitó a observar, las

manos metidas en los bolsillos, hasta que descubrió una mesa providencialmente vacía. Inmediatamente de sentarse se le acercó un camarero.

—¿Qué va a tomar, *monsieur*?

—Whisky,

No tardó en tener la bebida delante de él.

—Oiga, amigo —interpeló al camarero que le sirviera—, ¿conoce a Marcel?

—*Oui, monsieur*.

—¿Dónde está?

—¿Dónde va a estar, *monsieur*? —replicó el hombre—. Donde siempre. Haciendo diabluras con la batería.

Efectivamente. El “slow” había cesado y ahora un ritmo endiablado repercutía contra las abovedadas paredes del túnel. Se trataba de un solo de batería capaz de hacer saltar de su silla al más templado.

Sullivan clavó su vista en el protagonista. Era un hombre relativamente joven, de pelo muy corto, echado hacia adelante, y que parecía llevar dentro de sí el infernal ritmo que sus veloces manos producían.

La exhibición duró unos dos minutos al cabo de los cuales el frenesí del hombre y de su batería terminaron bruscamente, como si se tratara de un juguete mecánico al que, de repente, se le hubiera roto la cuerda.

Una salva de aplausos surgió de las manos de los espectadores, mezclada con gritos de admiración.

—¡Este Marcel es único! —elogió, en la mesa contigua a Sullivan, una muchacha de larga y lacia cabellera, que le caía sobre los ojos.

—No tiene precio —apostilló su acompañante.

Entretanto, Marcel, con la frente brillante por el sudor, correspondía a los aplausos con breves inclinaciones de cabeza. Por último, la corriente de entusiasmo cesó y el celebrado batería descendió de la plataforma, precedido por sus compañeros, cruzando por el estrecho pasillo, que quedaba entre las mesas, en dirección a la escalera de madera.

Los músicos pasaron junto a Sullivan. Marcel venía el último.

Cuando le faltaban tan solo unos pasos para llegar hasta donde se encontraba el policía, este empujó su sombrero de fieltro, que descansaba sobre la mesa, hasta que rebasó el borde de la misma y cayó al suelo. El francés tropezó con él y sin querer le dio un puntapié.

—*Oh, monsieur, pardonnez moi!* —se excusó Marcel, al tiempo que se agachaba, instintivamente, hacia la prenda atropellada.

Sullivan también se inclinó, de forma que las cabezas de los dos hombres quedaren casi juntas al nivel de los tableros de las mesas.

—“El pequeño elefante tenía frío” —susurró el agente federal al oído del otro.

Marcel miró fijamente al hombre que tenía ante él. Fue una mirada profunda, intensa, como si quisiera ver en el interior del que la había pronunciado, pero que solo duró una fracción de segundo. Inmediatamente el cotizado batería movió los labios al tiempo que se erguía.

—“Murió el jueves a las once” —murmuró, y en el mismo tono, terminó—: Sígame.

Desviando la mirada de los ojos de Sullivan, continuó su interrumpido camino hacia la escalera. El hombre del F.B.I. se encasquetó el sombrero y echó a andar detrás del individuo, que le había respondido, con tan exacta precisión, a la frase clave, acordada en los despachos secretos cursados desde Nueva York a París,

Le costó algún trabajo llegar hasta el pie de la escalera, que Marcel ya había salvado en sus tres cuartas partes. El número de clientes era demasiado crecido para el reducido espacio de la “cave”.

Los escalones volvieron a crujir bajo el peso del policía y de nuevo se encontró en el vestíbulo de paredes pintadas. El batería se acababa de introducir por la puerta lateral, que Sullivan viera cerrada momentos antes.

Iba a seguirle cuando un suceso inesperado, fuera de programa, interrumpió su acción.

—¡Amigo mío! ¡Qué sorpresa encontrarle aquí!

Daniel Sullivan empequeñeció los ojos. Ante él, con la mano extendida, se encontraba un individuo corpulento. El agente federal

le reconoció por la barba que poblaba su mentón. Era su compañero de viaje. El hombre que ocupó el asiento contiguo al suyo en el “Superconstellation” que le trajera de Nueva York.

No hizo intención de coger la mano que el otro le tendía.

—Sí que es casualidad —seguía diciendo el inoportuno hombrón—. Me han dicho que este es un sitio donde un hombre puede pasarlo bien. Tomaremos una copa juntos, ¿eh?

—Lo siento, amigo —se excusó Sullivan—. Tendrá que ser en otro momento.

El hombre de la barba le cogió por el brazo.

—No admito negativas. Le invitaré a un whisky. ¿O quizá prefiere una copa de champaña?

El agente federal comenzó a impacientarse. El tipo aquel empezaba a resultarle un poco pesado con su pegajosa presencia y aquella manaza de gorila, apoyada en su antebrazo.

Estaba a punto de mandarle a paseo cuando vio algo que hizo que todos sus sentidos se alertaran. De la penumbra cercana a las paredes surgieron dos individuos, que se acercaron lentamente a ellos con las manos hundidas en los bolsillos. Se detuvieron a menos de una yarda. Sus rostros denunciaban bastante a las claras las almas retorcidas de que debían ser poseedores.

La mirada de Sullivan pasó de los dos tipos a la puerta lateral. Estaba entreabierta y pudo percibir la cara de Marcel, atisbando por la rendija. De allí volvió de nuevo al de la barba. Este sonreía, pero sus pupilas mostraban un brillo un tanto peligroso.

—Le presentaré a mis amigos —anunció el sujeto, ampliando la sonrisa—. Beberemos juntos.

El policía apretó los dientes.

—Le he dicho que en este momento no. Búsqueme más tarde.

Quiso deshacerse de la garra que le sujetaba y dio un fuerte tirón. No tuvo ningún éxito. Por el contrario, su interlocutor se acercó más a él, casi hasta rozarle con su prominente abdomen. Su mano izquierda, metida en el bolsillo del abrigo, se adelantó y Sullivan sintió contra su estómago el contacto de algo duro.

—No se mueva ni diga nada —ordenó el energúmeno—. Le estoy apuntando con una pistola.

El hombre del F.B.I. maldijo su inocencia. Había caído en la

trampa como un novato, como un tierno agente recién salido de Quantico. ¡Si Susan llegaba a enterarse! Sin embargo, no perdió su sangre fría. Su cerebro hizo un estudio rápido de la situación.

Marcel ya no estaba detrás de la puerta. Hacía unos segundos que su rostro había desaparecido de la rendija; el mocetón de la librea se hallaba de espaldas, atento a la entrada, y los dos tipos de alma retorcida se situaron a dos pasos del de la barba, uno a cada lado.

—Lo he pensado mejor —dijo el individuo de la pistola—. No tomaremos esa copa aquí. Iremos a otro sitio. ¿Verdad, muchachos?

Los “muchachos” no abrieron la boca, con lo que quedó demostrado que estaban dispuestos a ir donde el otro dijera.

“Reconozco que es una situación difícil, Susan —se dijo Sullivan, hablando para sus adentros con su distante esposa—. Veremos cómo salimos de ella”.

Sintió que sobre su estómago se acentuaba la presión de la pistola, al tiempo que el que la empuñaba decía:

—Vamos.

El federal comprendió que su única salvación estaba en no salir de la “cave”. El tipo de la pistola no se atrevería a emplear allí la fuerza, y muchísimo menos, a hacer uso del arma.

Por su cerebro, como un relámpago, pasó la idea de un posible cambio de situación. La revelación le vino al tropezar su mirada con dos mujeres, de estrechos y escotados vestidos, que acababan de aparecer por la escalera y avanzaban, mirando descaradamente al grupo formado por los cuatro hombres.

—Un momento, amigo —pidió Sullivan en voz lo suficiente alta para que las recién llegadas le oyeran—. ¡Eh, nenas! —se dirigió a ellas—. Acercaos.

Las dos mujeres no se hicieron repetir la orden. Con pasos ondulantes llegaron hasta el grupo. En sus bocas relucían sendas sonrisas un tanto provocativas.

—¿Es a nosotras? —preguntó, innecesariamente, una de ellas.

—Mi amigo, el barbas, quiere divertirse —explicó Sullivan—; pero es un poco tímido. ¿Qué le aconsejaríais vosotras?

Una de las “damas” se arrimó al aludido, cuyo semblante experimentaba cierto desconcierto.

—Eso se arregla con unos whiskies. Yo era una niña tímida hasta que una amiga me dio la receta. ¿Probamos contigo, *cheri*?

El corpulento hombre se mordió los labios y en el interior del bolsillo, su mano apretó la culata de la pistola. Durante unos segundos nadie habló. Por último, Sullivan decidió aprovechar su hábil golpe de astucia.

—Bien, muñecas. Aquí os dejo a mis amigos. Procurad cuidar de ellos.

Seguidamente dio un paso hacia la puerta de salida donde continuaba el empleado de la librea. Pero el barbas, una vez pasados los primeros momentos de sorpresa, reaccionó inesperadamente.

—¡No se mueva! Usted no va a ningún sitio.

Y bruscamente volvió a sujetar a Sullivan por el brazo, haciéndole retroceder. Entretanto, los dos “muchachos” abandonaron su hasta entonces actitud pasiva para apartar, con bastante poca galantería, a las mujeres, dejando el camino libre hasta la puerta.

—¡Eh, *cheri*! —protestó una de las “damas”—. ¡Qué brutísimo eres!

—¡Rápido, vámonos! —ordenó el que retenía a Sullivan, empujándole fuertemente hacia la salida.

Los acontecimientos se habían precipitado. Únicamente quedaba una solución y el policía la puso en práctica sin vacilación alguna. Girando de costado, lanzó su puño contra el abdomen del tipo de las barbas, que emitió un ronco gruñido y se dobló hacia adelante. Sin esperar el resultado del golpe, el federal saltó hacia los dos guardaespaldas.

Oyó cómo una de las chicas gritaba detrás de él al mismo tiempo que sentía sobre el rostro el duro “recibimiento” del más cercano de los “muchachos”. Retrocedió unos pasos, a consecuencia del golpe, y entonces vio al uniformado guardián de la puerta acercarse a grandes zancadas.

—¿Qué hacen ustedes? ¡Están locos!

El individuo que aún no había intervenido en la refriega intentó detener la marcha y las palabras del que venía por medio de un izquierdazo a su mandíbula. Mas el recio mocetón debía estar

acostumbrado a aquel juego. Según vio venir el golpe lo esquivó, agarró el brazo del revoltoso y le hizo volar por encima de su cabeza con una facilidad pasmosa.

En unos momentos, el recinto de paredes de ladrillo y pinturas extrañas se vio convertido en un confuso campo de batalla. El de la librea comenzó a accionar sus puños con tal contundencia y precisión, que los tres revoltosos se vieron obligados a ceder terreno.

Entretanto, el *hall* se había ido poblando de curiosos, procedentes del túnel, que llegaban atraídos por el escándalo originado, y que desconocían por completo las causas de aquel nuevo espectáculo. La confusión aumentó al tropezar violentamente el tipo de las barbas con una mujer, que acababa de llegar y que permanecía con los ojos muy abiertos probablemente para no perderse detalle.

El acompañante de la dama se ofendió ante modales tan poco correctos, y sin molestarse en pedir explicaciones, descargó un derechazo contra el mentón de aquel mal educado, que le remitió de nuevo a los puños de Sullivan, que colaboraba eficazmente con el recio mocetón de la librea.

A partir de entonces, el *hall* de la “Petit-Maison” tomó caracteres de antesala del infierno. La pelea se generalizó, sin que nadie hubiese sido capaz de explicar las causas de ello. Los puños descargaban su potencia como mazas, haciendo rodar a los hombres por el suelo. Las mujeres, con sus gritos y sus carreras de un lado a otro, ayudaban a que la confusión fuese en aumento. Llegó un momento en que todos luchaban contra todos. Lo importante era disparar golpes con más rapidez que nadie y evitar, al mismo tiempo, ser alcanzado por el del desconocido contrario.

Daniel Sullivan comprendió que el momento de escabullirse había llegado. Mejor ocasión que aquella no la encontraría y decidióse a aprovecharla. Su cita con Marcel no podía esperar. Tampoco podía esperar Basil Dexter.

Con un rodillazo al vientre y un puñetazo a la mandíbula, quitó de en medio a los dos rivales más próximos, a los cuales era la primera vez que veía en su vida. Luego se escurrió hacia la puerta por donde desapareciera Marcel. La empujó y traspasó el umbral.

Era una pieza alargada, baja de techo, que, a juzgar por las

apariencias, debía servir como vestuario a los artistas de la casa. No vio a nadie en ella.

¿Dónde estaba Marcel? ¿Tal vez había huido al ver el cariz que tomaban los acontecimientos?

Sullivan atravesó la estancia hacia la puerta que se abría al otro extremo de la misma. Era necesario buscar al batería. Sin sus confidencias, el buen resultado de la misión, encomendada por el F.B.I., se hacía un tanto problemático.

Abrió la puerta decididamente y vio, son sorpresa, que conducía directamente a la calle. El agente federal se volvió un momento. El ruido de la pelea llegaba hasta él claramente. No quedaba otra alternativa que aquella salida.

Sin pensarlo más cruzó el umbral. En el mismo instante sus sentidos le avisaron el peligro. Pero ya era demasiado tarde. Sintió que algo duro y contundente caía sobre él con terrible fuerza. Fue como si la torre Eiffel se desplomara sobre su cráneo. La última sensación que percibió fue la de ser arrastrado por alguien. Luego, nada.

CAPÍTULO XI

MARCEL volvió varias veces la cabeza, comprobando que el desconocido le seguía. Hacía varios días que esperaba a este hombre. En los despachos secretos, recibidos de Nueva York, se le indicaba que un individuo se pondría en contacto con él, al cual debería dar cuenta del resultado de sus averiguaciones con respecto a la organización clandestina que actuaba en París.

Marcel debería conocer a su colega americano por una frase clave. Y dicha frase fue pronunciada correctamente por el hombre que venía siguiéndole los talones.

Antes de entrar en el camerino de los artistas, detrás de sus compañeros, el francés echó una mirada atrás. Vio cómo el americano era detenido por un hombre de poblada barba, que le hablaba con la mano extendida.

Dejó la puerta entreabierta y con disimulo observó la escena. En el camerino, sus compañeros cambiaban de ropa, apresuradamente, deseosos de largarse para reconfortar sus estómagos con algún alimento antes de su actuación de la noche.

—¿Vienes, Marcel? —le preguntó uno de ellos, abrochándose la gabardina.

—Me quedaré un rato todavía. Me espera una chica ahí fuera.

El que le hiciera la pregunta le guiñó un ojo picarescamente.

—Que tengas suerte, muchacho.

—Gracias.

Los componentes de la orquesta fueron abandonando la estancia por la puerta que daba directamente a la calle. Cuando el último de ellos hubo salido, Marcel volvió de nuevo a su observatorio.

Un ligero escalofrío le recorrió la columna vertebral. El de las barbas estaba muy cerca del americano y, tras él, dos tipos de sospechosa catadura permanecían expectantes, con las manos

metidas en los bolsillos de las gabardinas y en los rostros una expresión amenazadora.

La actitud de aquellos hombres no podía traducirse más que de una forma: ¡El agente neoyorkino había sido descubierto!

Y lo peor de todo era que no se podía hacer nada por él. Lamentable, pero cierto. El francés sabía cosas demasiado importantes para exponerse, tratando de ayudar a su colega americano. El Servicio Secreto así lo exigía. El sacrificio del agente descubierto era un accidente inevitable, que cualquiera de ellos podía sufrir un día u otro.

Marcel cerró la puerta y, apresuradamente, se puso el abrigo. De uno de los bolsillos extrajo una pistola automática de pequeño calibre. Sacó el cargador y comprobó que contenía las municiones correspondientes. Luego la volvió a guardar.

—Lo siento por ti, *monsieur* —susurró quedamente—, pero no puedo hacer otra cosa.

Tras este corto monólogo dirigióse a la puerta por donde poco antes desaparecieran sus compañeros de la “Petit-Maison” y, abriéndola, salió al exterior. El aire trío le dio en el rostro.

—Está oscuro. Demasiado oscuro —se dijo—. ¿Cuándo diablos tratarán de iluminar, como es debido, esta maldita calle?

Y de pronto, como respuesta a su pregunta, sintió que el duro cañón de un revólver se hundía en su costado, al tiempo que una voz amenazadora sonaba junto a su oído:

—¡Ni un movimiento o te dejo tieso aquí mismo!



—Ni un movimiento o te dejo tieso aquí mismo

Marcel envaró sus miembros. Ladeando, un poco la cabeza, pudo ver al dueño de la voz. Era un tipo de pómulos salientes cuyos párpados, muy abultados, apenas dejaban ver las pupilas.

Un segundo individuo apareció a la izquierda del francés. Empuñaba una negra pistola, que miraba recta al estómago de aquel.

—Teníamos ganas de pescarte, amiguito —habló el recién llegado—. Siempre nos ha dado en las narices que tú eras algo más que un buen batería.

Marcel no contestó.

—Vamos, empieza a andar hacia aquel automóvil —ordenó el primer tipo, empujándole con el cañón del revólver.

Los tres hombres avanzaron hacia el coche que se hallaba aparcado frente a la puerta trasera de la “Petit-Maison”. Marcel se vio empujado al interior del mismo. Uno de los tipos se sentó junto a él, sin soltar el revólver, mientras el otro volvía hacia la puerta recién abandonada, situándose a un lado de ella, confundido entre las sombras.

En el interior del automóvil se hizo el silencio. Un hombre se sentaba al volante, inmóvil, como un muñeco. El del revólver sostenía este con toda firmeza y no apartaba los ojos del francés.

Empezaron a pasar los minutos, sin que la situación, cambiara en absoluto y sin que nadie pronunciara una sola palabra. Poco a poco, el tenaz silencio se le fue haciendo a Marcel insoportable. El silencio y la inmovilidad pétrea del tipo del volante.

¿A qué aguardaban aquellos individuos? ¿Por qué no ponían el vehículo en movimiento y se largaban ya?

A pesar de estas preguntas, el francés sabía perfectamente los motivos de aquella espera. De un momento a otro vería aparecer al hombrón de las barbas y a sus amigos con el agente americano por delante.

Un buen golpe de doble resultado, llevado a cabo por sus enemigos. La derrota le produjo a Marcel casi dolor físico. Imposibilitado de hacer otra cosa decidió sondear a su vigilante.

—Perdéis el tiempo esperando. El hombre que os interesa no vendrá.

El del revólver le miró a través de sus semicerrados ojos, pero no dijo nada.

—Tal vez no habéis pensado que si seguimos aquí puede sentir curiosidad algún gendarme.

Esta vez el hombre que le encañonaba le apoyó el revólver contra el pecho y barbotó:

—¡Cállate, imbécil, o te machaco los sesos!

Marcel comprendió que la tensión originada por la espera estaba minando también los nervios de aquel sujeto.

Se disponía a seguir con su táctica cuando observó un

movimiento en la puerta de la “Petit-Maison”. Una silueta se recortó en el umbral y avanzó un paso. Entonces surgió de la penumbra el hombre que vigilaba.

Marcel quiso dar un grito de alarma, pero antes de que su cerebro transmitiera la orden a sus labios, el hombre que salía cayó bajo el terrible golpe asestado por el que esperaba.

* * *

Daniel Sullivan abrió los ojos. Lo primero que captó, todavía de una manera vaga e imprecisa, fue el redondel de luz que se proyectaba en el suelo a dos yardas escasas de él, hacia la izquierda. Luego tuvo la impresión de que había sido obligado a volver en sí de una manera brusca, anormal.

Su sensación se confirmó al comprobar que alguien le sujetaba fuertemente por las solapas. Cerró los ojos, intentando concentrarse, y al abrirlos, de nuevo su mirada tropezó con el sujeto de las barbas, que era el que le retenía, inclinado hacia él, los ojos chispeantes, como si quisiera pulverizarle con la mirada.

—Ya despierta —le oyó decir.

Oyó pasos amortiguados que se acercaban, al mismo tiempo que el barbas aflojaba las tenazas y le dejaba caer sobre algo que debía ser una butaca a juzgar por su blandura.

El agente federal, recuperado ya casi por completo, echó entonces una rápida ojeada al lugar donde se encontraba. Era una salita con todas las trazas de pertenecer a una casa de cierto lujo. El redondel de luz, proyectado sobre el suelo, procedía de una lámpara de pie, ubicada en un rincón. La única que iluminaba la pieza. El pavimento estaba cubierto por una gruesa alfombra y las paredes resultaban casi invisibles, envueltas en la penumbra, que la lámpara del rincón no lograba aclarar.

De pronto, en su rápido examen visual, su mirada tropezó con alguien que se hallaba sentado en una butaca, casi a su lado. La presencia de este personaje le hizo coordinar definitivamente las ideas.

Despeinado, con el cuello de la camisa desabrochado y la corbata torcida, el hombre le miraba con cierto aire de ansiedad en el semblante.

Era Marcel, el batería de la “Petit-Maison”, el agente destacado en París, que tenía que haberle dado informaciones decisivas. Ahora sus veloces y fantásticas manos estaban sólidamente atadas a la espalda lo mismo que las suyas.

Mientras tanto, los pasos que se acercaban se detuvieron, y junto a los pies del barbas aparecieron cuatro más. Sullivan levantó la vista hacia los dueños de aquellos zapatos.

—¿Qué tal se encuentra, señor? —preguntó con asombrosa cortesía para tales circunstancias, el propietario de los zapatos de la izquierda.

Se trataba de un sujeto delgado, pulcramente vestido y con el pelo, de color rojo, muy corto. A pesar de sus amables palabras, su rostro era inexpresivo, frío, de rasgos acusados. El rostro de un hombre cuyo cerebro ha anulado por completo el corazón.

—No diga nada, *monsieur* —atajó Marcel con vivacidad—. No se fíe de las falsas palabras de ese tipo.

Los zapatos de la derecha se movieron y el francés recibió un fuerte golpe en los labios, que le echó la cabeza hacia atrás, contra el respaldo de la butaca.

Sullivan tensó los brazos, en un inútil intento de romper la cuerda que le sujetaba, y se incorporó a medias. La manaza del de las barbas, aplicada sobre su hombro, le obligó a sentarse.

—No le valdrá de nada la violencia, señor —aseguró el pelirrojo—. Espero que lo comprendan los dos y nos eviten escenas desagradables.

El agente federal detuvo, su serena mirada en aquel hombre.

—¿A qué se debe este atropello? —preguntó—. Supongo que sabe usted perfectamente que está violando las leyes francesas.

El cerebro inició una sonrisa.

—Desde luego que lo sé. Pero en este caso, las leyes me tienen sin cuidado. Sin embargo, hay algo que me preocupa. ¿A qué ha venido usted a París?

—A ver la Torre Eiffel.

El gorila de las barbas levantó la zarpa.

—¡Quieto, Korvic! —ordenó el pelirrojo—. Ya sabes que me molestan los malos modales.

Korvic emitió un gruñido de oso y bajó la mano de mala gana.

El hombre al que le molestaban los malos modales siguió:

—Desgraciadamente para usted eso no es verdad. Mis hombres han vigilado su salida de Nueva York y le han sorprendido hablando con Marcel. ¿Sabía que hacía tiempo que sospechábamos de Marcel? ¡Lástima que este muchacho haya descubierto tantas cosas nuestras!

—¡Maldito *cochon*! —logró barbotar el batería antes de que el tipo que estaba a su lado le tapara la boca de un violento manotazo, que le dejó los dientes bailando.

—Comprendo que usted lucha por los Estados Unidos —siguió el pelirrojo, mirando con sus fríos ojos a Sullivan—. Es su patria. Mis hombres y yo tratamos de servir a la nuestra. Lo que no comprendo es la actitud de Marcel. Es francés.

Sullivan mantuvo la mirada del hombre, sin pestañear. Comprendió que aquellos tipos estaban bien organizados, lo sabían todo, y, por lo tanto, de nada valdría negar.

—¿Tal vez comprende usted la actitud de los que traicionan a su país? —inquirió, desafiante, pensando en Joel Diamond y su secuaz Whitney.

—Los desprecio, aunque me vea obligado a servirme de ellos.

—En eso coincidimos, amigo; pero con una pequeña diferencia. Yo no acostumbro a pedir ayuda a los traidores. Me gusta luchar frente a mis enemigos.

—Es natural —sonrió el otro—. Usted es policía. Agente de la famosa F.B.I. americana —al tiempo que hablaba sacó de uno de los bolsillos la placa perteneciente a Sullivan y la miró detenidamente, mientras concluía—: Hombres valientes, pero sin imaginación.

Las pocas esperanzas que el agente federal conservaba se desvanecieron por completo al observar su placa de identidad en manos de aquel sujeto. Comprendió que la suerte de Marcel y suya estaba decidida ya. No obstante, ellos eran solo dos agentes. Dos hilos de la red. Y esta permanecía todavía extendida, esperando la caza. Sullivan pensó en sus tres compañeros. Ellos seguirían la lucha.

El pelirrojo guardó la chapa y se encaró con el americano.

—Bien, amigo mío, creo que no tenemos nada que hablar ya. Si

le puede servir de satisfacción le diré que deseaba conocerle antes de... deshacerme de ustedes.

—¿Piensa asesinarlos?

—No es esa la palabra justa. Digamos que sufrirán un lamentable accidente. Espero que lo comprendan. Ustedes representan un peligro para nosotros, que nos vemos obligados a eliminar a pesar nuestro.

El pelirrojo hablaba con el mismo tono de voz que empleara para preguntar a Sullivan qué tal se encontraba. Parecía como si quisiera excusarse. Tal vez él deploraba verdaderamente aquella determinación.

Por el contrario, a su amigo Korvic no parecía ocurrirle lo mismo. Se veía que estaba gozando ante la idea de eliminar a los dos hombres. Se leía en sus ojos y en la cruel sonrisa que se dibujaba entre su enmarañada barba.

—¿Nos lo llevamos ya, jefe? —preguntó impaciente.

El jefe asintió con un movimiento de cabeza.

Sullivan y Marcel fueron obligados a levantarse de las butacas. Les vendaron los ojos cuidadosamente y fueron empujados hacia la salida de la salita.

—¿Me puede contestar a una pregunta? —inquirió el agente federal, deteniendo sus pasos.

—Depende —oyó contestar al pelirrojo.

—¿Cuánto va a pagar a Joel Diamond por su traición?

La voz del jefe de la cuadrilla sonó a espaldas de Sullivan.

—Probablemente más de lo que usted ha ganado en su vida como agente del F.B.I.

El americano se sintió empujado de nuevo. El hombre de pelo rojo quedó de pie junto a la lámpara del rincón, los ojos fijos en el grupo que partía y el rostro sin exteriorizar ninguna emoción, imperturbable, como tallado en granito.

Sullivan y los demás avanzaron a través de un piso alfombrado, que amortiguaba los pasos, durante unos dos minutos, al cabo de los cuales se detuvieron. El policía federal captó el ruido característico de una puerta al abrirse y una bocanada de aire frío le dio en el rostro. Luego bajaron tres escalones y sus pies pisaron sobre un pavimento terroso.

Sullivan comprendió que acababan de abandonar la casa. Probablemente era algún hotelito enclavado en algún barrio residencial. Su idea se confirmó al escuchar el chirrido de la puerta de una verja al girar sobre sus goznes.

Unas yardas más, y el pavimento terroso desapareció para dejar paso a un terreno duro, como de asfalto. Las pisadas de sus acompañantes sonaron a su alrededor claramente. Por el ruido que producían, Sullivan calculó que seguían siendo cuatro en el grupo: Marcel, él, el barbas y el otro tipo.

Por cierto, que este último individuo no había abierto la boca en todo el tiempo que duró la escena de la salita. ¿Qué tono tendría su voz? A lo mejor era mudo. Sin embargo, Marcel podría dar fe de la dureza de sus manos. Él fue el que le obligó a callar de un zarpazo en los dientes.

Valiente muchacho este Marcel. ¿Qué habría averiguado de aquella pandilla de sinvergüenzas? ¿Sabría él en qué sitio de París estaba situado el hotelito, o lo que fuera, que acababan de dejar atrás?

Sullivan se encogió de hombros. De una forma u otra, de poco podían servirles ahora tales conocimientos.

—Agáchate si no quieres aplastarte los sesos antes de tiempo. Vamos a subir a un automóvil.

La advertencia del barbas, a su lado, le hizo perder el hilo de sus divagaciones. Se encorvó un poco y penetró, ayudado por una manaza cuyo contacto ya le era familiar.

El motor del automóvil estaba en marcha. Segundos después arrancaba suave hacia algún lugar desconocido, sin que nadie se tomara la molestia de dar verbalmente la orden de partida.

Aquellos tipos parecían conocerse las órdenes de memoria, ya que ninguna palabra se cruzaba entre ellos. Sullivan hubiese dado cualquier cosa por saber a dónde les llevaban.

El automóvil empezó a rodar a bastante velocidad. Probablemente a más de lo que estaba permitido en las calles parisienses. Esto y la falta de ruidos a su alrededor, indicaba claramente que se hallaban en las afueras de la capital francesa.

De pronto, el insistente silencio se vio interrumpido en el interior del automóvil. Alguien había puesto la radio. El locutor hablaba desde el “Palais des Sports”.

—Me gustaría ver lo que es capaz de hacer ese Dexter esta noche —dijo Korvic, y su voz sonó muy cerca de Sullivan.

Le contestó una risa apagada a la que siguió un comentario.

—Apestaría cualquier cosa a que queda fuera de combate en el primer asalto.

El locutor anunciaba que iba a dar comienzo la velada.

“Son las diez y media —pensó Sullivan—. El combate de Basil es el último. Empezará hacia las once y media.”

A esa hora él tendría que haber estado junto al muchacho y... junto a los planos. Pero el Destino parecía no querer colaborar en tal empresa. Había jugado su baza de una manera negativa para Marcel y para él. En estas circunstancias, la última esperanza estaba en los tres agentes del F. B. I. que quedaban al acecho. ¿Lograrían por sí solos, resolver la situación? Esto era algo que Daniel Sullivan no sabría jamás.

¡Jamás! Su pensamiento se detuvo machaconamente en esta palabra. Significaba muerte, y, sin embargo, su significado no parecía asustarle lo más mínimo. ¿Por qué su corazón latía con toda normalidad y sus músculos, sus nervios y su organismo entero permanecían inalterables, como si aquel viaje en automóvil, con las manos atadas a la espalda y los ojos vendados, tuviera por objeto la visita turística a algún típico rincón francés?

Y entonces supo que esperaba algo. Algo que cambiase bruscamente la situación; algo que le permitiese estar en el “Palacio de los Deportes” dentro de una hora y media; algo, en fin, que cortara aquella implacable carrera hacia la muerte. Tal vez...

—Ya estamos llegando, Korvic —anunció en aquel instante una voz desconocida para Sullivan.

—Ya lo veo. ¿Te crees que estoy ciego? Conozco mejor que tú esta carretera.

Era el barbas él que había hablado en tono áspero.

—¿Qué haces entonces que no te mueves? —le increpó la misma voz—. Tenemos que despachar el asunto rápidamente.

Casi antes de que el hombre terminara de hablar, Daniel Sullivan sintió sobre su nuca el familiar contacto de las manos de Korvic. Después la venda que le tapaba los ojos cayó.

—Añora os voy a dejar libres las manos —dijo el barrigudo

hombrón—. Espero que no se os ocurra hacer ninguna tontería. Lo único que conseguiríais sería acelerar vuestra muerte.

Estaba sentado frente a los dos maniatados agentes, en el asiento supletorio. A su lado se hallaba el tipo que le soltara el zarpazo en la boca al batería. Empuñaba un impresionante revólver, que parecía encontrarse muy a gusto en las manos de su dueño. El asiento anterior era ocupado solamente por el hombre del volante, que debía ser el que anunció que ya estaban llegando.

Por las ventanillas del automóvil, Sullivan vio discurrir la negrura de la noche, acentuada por la fila de árboles que bordeaban la carretera. Solo hacia delante los faros del coche penetraban en la oscuridad, iluminando la ancha cinta asfaltada.

—Os voy a dejar las manos libres —volvió a declarar el barbas, que hasta ahora no había hecho la menor intención de poner en práctica sus palabras—. Al menor movimiento sospechoso que hagáis os llenamos las tripas de plomo.

—No te esfuerces en repetirlo, amigo —murmuró Sullivan—. Ya lo hemos oído antes.

Los ojos de Korvic relucieron en la oscuridad, pero no dijo nada. Se limitó a cortar las ligaduras de los prisioneros con una navaja. Luego substituyó esta por una pistola, que sacó de debajo de la axila.

El policía federal se frotó las doloridas muñecas mientras miraba a Marcel, sentado a su lado. El batería de la “Petit Maison” parecía asustado. Su rostro blanqueaba, como si fuera de mármol, y sus dientes estaban apretados, pugnando por contener los nervios.

También él fijó sus asustados ojos en Sullivan. Pareció querer decir algo, pero debió arrepentirse y volvió a apretar los dientes con fuerza. Notó, con asombro, la gran calma que se reflejaba en las pupilas del americano. ¿Es que se podía permanecer tan tranquilo cuando se estaba a dos pasos tan solo de la muerte? ¿Es que aquel hombre no tenía nervios?

El automóvil seguía avanzando. Bajo sus ruedas, la pista parecía deslizarse hacia atrás, recta, interminable, como una gigantesca correa sin fin. Unas millas más allá, el vehículo aminoró la velocidad.

De pronto, la pistola que empuñaba Korvic perdió su inmovilidad al mismo tiempo que su dueño clavaba la mirada en la ventanilla trasera. Un ligero resplandor osciló a la izquierda del

vehículo, desapareció y volvió a oscilar de nuevo.

—Se acerca un coche —anunció el barbas.

—Ya me he dado cuenta —respondió el conductor.

—¿Cuánto falta para llegar al cruce?

—Algo menos de dos millas.

—Mantén la velocidad. Calculo que nos pasará antes de una.

La cabeza del chofer se movió arriba y abajo, asintiendo. Poco a poco, la luz de los faros del vehículo que avanzaba se hizo más potente. Los ojos de Korvic no se apartaban de la ventanilla.

—Es un camión —murmuró.

Cuando estuvo a unas veinte yardas, su claxon sonó repetidamente, pidiendo paso. Korvic y su secuaz bajaron las armas de forma que no pudieran verse por las ventanillas. El camión, de gran tonelaje, no tardó en ponerse a la altura del automóvil para rebasarlo poco después.

—¡Maldita sea! —gruñó el barbas—. ¡Viene otro detrás!

Sé trataba de un pequeño automóvil, que hasta ahora había permanecido oculto por el gran camión.

—Le dejaremos pasar —dijo el individuo del volante—. Tenemos tiempo. El cruce no se ve todavía.

El camión se distanciaba cada vez más. Por último, la luz roja de su piloto desapareció en una lejana curva. Entretanto, el coche pequeño se acercaba por la izquierda. Durante unos segundos, fue avanzando pulgada a pulgada, pero sin terminar de rebasar al automóvil que le precedía.

—¿Qué hace ese imbécil que no nos pasa ya? —gruñó Korvic.

—No te impacientes —aconsejó el tipo del revólver—. A la velocidad que va lo hará en el cruce.

Marcel se pasaba nerviosamente las manos por las rodillas. El batería de la “Petit-Maison” se mostraba inquieto. El cruce de la carretera, que ya se divisaba en la lejanía, le tenía obsesionado. Allí, adentrándose unos pasos en el bosque, esperaba la Muerte. Un balazo en la nuca y todo terminaría con una facilidad asombrosa.

Por el contrario, el agente federal Daniel Sullivan parecía no importarle mucho la comprometida situación. Recostado contra el respaldo del asiento, sus ojos no demostraban el más mínimo temor. Marcel hubiese jurado que de los cinco hombres que

ocupaban el automóvil él era el más sereno.

El cruce se veía ya con toda claridad. Una carretera más estrecha atravesaba la general perpendicularmente. En el vértice del ángulo formado por ambas, a la derecha, se erguía un poste indicador. Dos flechas salían de él, señalando las distintas direcciones.

—Ya hemos llegado —anunció el chofer.

—¡Y el tipo ese sin pasarnos! —anunció Korvic.

—Parece como si estuvieras asustado —insinuó el del revólver —. ¿Qué nos importa que nos pase o no?

Korvic lanzó un gruñido.

—Si nos paramos puede sentir curiosidad.

—Peor para él.

Marcel no oía la conversación. Sus ojos miraban hipnotizados el poste indicador, que parecía acudir al encuentro del automóvil. Ya solo estaba a cuarenta yardas... treinta... veinte... Más allá de la cuneta la espesura del bosque formaba una masa compacta, negra, amenazadora...

De improviso, el coche que venía detrás aceleró la marcha, como si quisiera rebasar a su antecesor antes de llegar a la confluencia de las dos carreteras.

—¿Qué hace ese loco? —gritó Korvic.

Sullivan se envaró en el asiento. Ya no había indiferencia en sus ojos. Vio cómo el conductor del otro coche, calculando probablemente mal las distancias, viraba bruscamente hacia la derecha y, violando todas las leyes del tráfico en carretera, intentaba alcanzar el cruce antes que ellos.

Le fue imposible conseguirlo. Demasiado tarde, sus frenos chirriaron y las ruedas patinaron sobre el asfalto. El automóvil de Korvic se le vino encima. El espacio era tan reducido que su conductor no pudo dominarlo. Patinó, viró a la izquierda y el motor embistió la parte trasera del pequeño e imprudente automóvil, desplazándole unas yardas de costado.

Antes de que Sullivan y los demás tuvieran ocasión de comprender exactamente lo que había sucedido, una de las portezuelas del otro coche se abrió y por ella surgió un hombre. Parecía indignado a juzgar por los movimientos de sus brazos. Se

retiró un poco, miró la enorme abolladura que presentaba la carrocería de su vehículo, se echó las manos a la cabeza, murmuró algo ininteligible y se volvió hacia el coche agresor.

A pesar de que la oscuridad impedía ver sus facciones, esto no fue obstáculo para que pudiera oírse su voz. Una andanada de palabrotas salió de sus labios mientras señalaba con el índice la aplastada parte trasera de su coche.

—¡Maldito imbécil! —barbotó Korvic, que empuñaba la pistola con más fuerza que antes—. ¡Baja y quita de en medio a ese tipo!

El chofer no se hizo repetir la orden. Abandonando el automóvil, se dirigió en la oscuridad al gesticulante individuo con la mano hundida en el bolsillo de la gabardina.

Daniel Sullivan entornó los ojos. En su semblante se marcó una expresión extraña, que no fue advertida por ninguno de los hombres que le acompañaban.

El chofer acababa de llegar junto al tipo vociferante. Sin decir palabra, su mano se cerró en torno al cañón de la pistola, que guardaba en el bolsillo, e intentó sacarla. La reacción del otro fue fulminante. De pronto sus bufidos cesaron y toda la energía de los mismos pasó a concentrarse en su puño derecho, que saltó con tremenda fuerza hacia la mandíbula del recién llegado. Este, sorprendido por lo inesperado de la acción, no pudo evitar el golpe y se tambaleó como un borracho.

—Pero ¿qué hace ese idiota? —gritó Korvic fuera de sí—. ¡Se ha dejado sorprender como un principiante!

En el exterior, sobre el asfalto de la carretera y bajo un cielo cubierto de nubes, el “principiante” parecía llevar todas las de perder. El otro cargó contra él violentamente, sin dejarle reponer del primer golpe, y sus puños machacaron insistentemente el cuerpo del enemigo, haciéndole retroceder.

En el automóvil, la barba de Korvic temblaba de rabia. A pesar del frío, la palma de su mano derecha sudaba, pegada a la culata de la pistola con la que encañonaba directamente a Sullivan.

—¡Condenación! —rugió—. ¡Ve a ayudar a ese inútil!

—Pero estos, dos... —empezó a decir el tipo del revólver.

—¡Por los cuernos del diablo! ¡Deja a estos tíos de mi cuenta y haz lo que te digo!

Tras una breve vacilación, el del revólver obedeció. Abrió la portezuela de un lado y saltó al suelo.

Este fue el momento preciso elegido por Sullivan. Korvic se distrajo una fracción de segundo al intentar colocarse en una posición desde la que pudiera abarcar a los dos prisioneros con la pistola. Fue suficiente. El pie del federal se levantó, como un rayo, y chocó contra la mano armada.

El rugido de dolor del barrigudo hombrón coincidió con el golpe sordo de la pistola contra el techo, del automóvil. Babeando de rabia, Korvic quiso reaccionar. Sus peludas manos intentaron recobrar el arma; pero Sullivan golpeó su prominente abdomen con la derecha, y luego con la izquierda. El barbas resopló, como una foca herida, y su cuerpo se desplomó en el reducido espacio, haciendo crujir las ballestas del automóvil.

—¡Vamos, Marcel! ¡Hay que ayudar a mi amigo! Creo que su situación se está haciendo un poco comprometida.

Marcel miró al policía federal con el estupor bailándole en las pupilas.

—¿Su amigo? No... No comprendo nada.

Sullivan acababa de apoderarse de la pistola de Korvic.

—Si no anda listo se lo harán comprender de un balazo.

El francés no intentó hacer más preguntas, entre otras cosas, porque se quedó sin nadie a quien poder formulárselas. Daniel Sullivan acababa de saltar al asfalto y Korvic seguía vagando por el reino de Morfeo.

Mientras tanto, el individuo que acudiera en ayuda del chofer debió notar algo raro a sus espaldas, porque, a mitad de camino, se detuvo y giró rápidamente el cuerpo, en el mismo instante en que Sullivan ponía los pies en el suelo.

Sin entretenerse en apuntar, el hombre disparó su revólver, errando lamentablemente el blanco debido a la precipitación del disparo. Encogido sobre sí mismo, Daniel Sullivan apretó el gatillo de su pistola. El fogonazo brilló en la noche y el agente pudo ver cómo su enemigo se doblaba por la cintura y hacía esfuerzos por no derrumbarse. Dio dos o tres pasos al frente y, por fin, no pudiendo sostenerse más tiempo sobre sus piernas, cayó al suelo, quedando boca abajo.

El policía prestó entonces atención a los dos hombres que luchaban en la carretera. Los contundentes puños del que él había llamado su amigo estaba poniendo fin a la fortaleza del chofer de Korvic, que ante el aluvión de golpes y viendo la fatal suerte de sus secuaces, intentó huir hacia la gran masa de árboles de la derecha.

Adivinando sus intenciones, su pegajoso rival le cortó el paso, echando sobre él todo el peso de su macizo cuerpo. El hombre se revolvió como una fiera acorralada. Sus ojos centelleaban en la oscuridad de la noche como los de un gran gato. Con los dientes apretados, concentró todas las fuerzas que le quedaban y embistió a su enemigo. Se vio detenido violentamente por un tremendo golpe en la cara, que le partió el labio inferior. Un segundo y poderoso mazazo al estómago le proyectó contra el suelo, del que no volvió a levantarse.

—¡Bravo, Preston! —exclamó Sullivan, avanzando hacia el vencedor—. Recuérdeme que te presente en los próximos campeonatos del mundo.

El llamado Preston sonrió como un niño travieso, la respiración agitada y la frente brillante de sudor.

—¡Demonios! El tipo era duro como una roca.

—No tanto como tú, viejo.

En aquel instante, Marcel se acercaba a los dos hombres. El batería miraba desconcertado el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

—Supongo que será una tontería el decir que sigo sin comprender nada.

Daniel Sullivan, que empuñaba todavía la pistola, sonrió.

—Marcel, le presento a Preston Wotman, agente especial del F.B.I.

—Nunca me he alegrado tanto de iniciar una nueva amistad —aseguró el francés—. Ahora empiezo a ver algo claro. Usted sabía que sus hombres no nos abandonarían, ¿eh, amigo? Por eso estaba tan tranquilo.

—No lo sabía —aseguró Sullivan—. Tenía solo una ligera esperanza de que Preston conociera nuestra comprometida situación. ¿Cómo llegaste tan a tiempo, viejo coyote?

—Presencí lo de la “Petit-Maison” —aclaró el aludido—. ¡Vaya

zafarrancho que armaste allí, Daniel! Os he seguido la pista desde entonces. Los otros dos agentes no me necesitaban para nada.

Marcel consultaba impaciente su reloj de pulsera.

—No podemos estar mucho tiempo aquí. El pelirrojo y los demás están ganando un tiempo precioso.

—No se preocupe, Marcel —le tranquilizó el policía—. Dentro de media hora los tendremos a todos reunidos en el “Palais des Sports”. Lo que a ellos les interesa está allí. Llevamos la ventaja de que nos creen muertos.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Usted se encargará de Korvic y de los suyos. Puede llevárselos en el coche en el que hemos venido. Preston y yo iremos en el otro al “Palacio de los Deportes”. Bueno... suponiendo que esté en condiciones de rodar.

—Supongo que sí —sonrió Wotman, que se frotaba el puño derecho con la palma de la mano izquierda.

CAPÍTULO XII

WHITNEY cerró cuidadosamente la puerta de la habitación y se volvió hacia Joel Diamond.

—Todo preparado, jefe —dijo, colocándose el sombrero en la coronilla con un movimiento de la mano derecha.

El “manager” se hallaba hundido en una butaca, en mangas de camisa y con el nudo de la corbata flojo, mordiendo la punta de su inseparable cigarro habano.

—¿Están conformes? —preguntó, soltando una andanada de invisible, pero oloroso aliento.

—Conformes.

—¿Llevarán el dinero?

—Hasta el último centavo —sonrió Whitney—. Y en dólares.

—Bien, Whitney —dijo Diamond, levantándose y colocándose el nudo de la floja corbata—. Esto está a punto de terminar.

—Tan sencillamente como la otra vez. Lo único que siento es que Ethel...

Whitney no terminó la frase. Joel Diamond miró a su secuaz y en sus ojos se reflejó una expresión de disgusto.

—Es más fácil hacer dos partes que tres —dijo con voz fría.

A continuación, se puso la americana y el abrigo. Consultó su reloj.

—Vamos a buscar a nuestro pupilo. Es la hora.

—Fue una suerte que el “gendarme” de la Aduana fuese un aficionado al boxeo. Eso evitó que nos registraran el equipaje.

—De todas formas, no hubiesen encontrado nada —aseguró el “manager” mientras abría la puerta y salía de la habitación.

Whitney cargó con una de las grandes maletas de cuero y siguió a su jefe, pensando en las palabras que acababa de pronunciar este

último. Joel Diamond tenía razón. Aunque el equipaje hubiese sido deshecho de arriba abajo, no habrían encontrado nada. Nadie podría sospechar el escondite de los valiosos planos, que había hecho el viaje con ellos desde los Estados Unidos. ¡Los planos! Whitney se relamió de gusto. Aquellos documentos valían una fortuna, fortuna que les iba a ser entregada a ellos dentro de unas horas. ¡Se acabaron las estrecheces económicas! Estaba a punto de llegar para Joel y para él la época de las vacas gordas.

“¿Dónde he oído yo antes esta frase?”, se preguntó para sus adentros.

Cicely y Basil ya estaban preparados para partir.

—¿Estás nervioso, chico? —inquirió el “manager”.

—No.

El portero del hotel les franqueó la salida.

—Buena suerte, *monsieur* —deseó el hombre a Dexter.

Montaron en el “Peugeot” que esperaba y partieron en dirección al “Palais des Sports”. Por las acristaladas ventanillas, los ojos de Cicely miraban con ilusionada curiosidad. Todo era magnífico para ella.

—Basil, después de tu victoria recorreremos todo París. Nos perderemos en sus calles. ¡Debe ser emocionante!

—Sí, Cis.

Basil Dexter casi no atendía a las ilusionadas palabras de la joven. Su intuición le hacía presentir cercano el peligro. Estaba seguro que en aquella maleta, situada tan cerca de sus pies, se escondían los planos, causantes de una muerte, que tal vez no fuera la última. ¿Cómo y cuándo iban a ser entregados a la organización de espionaje que los estaba esperando? Dexter lo ignoraba; pero mientras él estuviese al lado de aquellos dos traidores, intentaría evitarlo por todos los medios a su alcance.

Llegaron al “Palais” cuando ya había comenzado el primer combate de la velada. Penetraron por la puerta que conducía directamente a los vestuarios, a través de un túnel, y entraron en el que les fue asignado.

Ya en su interior, Dexter se volvió a su novia.

—Cicely, tienes una butaca a tu disposición en la primera fila de “ring”. Entretanto viendo los otros combates.

—No, Basil, solo me interesa el tuyo. No saldré ahí fuera hasta que tú lo hagas. Prefiero estar aquí.

—Está bien, Cis —sonrió Dexter—. Como prefieras.

Diamond abordó a la pareja.

—Vamos, chico, hay que darte masaje para desentumecerte los músculos.

Dexter se desnudó en un cuarto adyacente. Después se tendió en la mesa de masajes y Whitney comenzó a trabajar sobre sus potentes músculos.

La maleta de cuero, que ahora estaba abierta en uno de los rincones del vestuario, tenía obsesionado a Dexter. Boca abajo, sobre la mesa, sus ojos no lograban apartarse de ella. ¡Qué cerca de él estaban aquellos malditos planos! Porque el muchacho estaba seguro que aquellos dos tipos no se habían desprendido aún de ellos.

Sus cavilaciones se interrumpieron cuando un empleado entreabrió la puerta y dijo, asomando la cabeza por la rendija:

—Preparado, muchacho. El próximo es el tuyo.

¡Al fin llegaba la hora de su oportunidad! Estaba allí mismo, a la escasa distancia de unos minutos, esperándole agazapada entre las doce cuerdas de un “ring”. Aguardando a que demostrara si valía o no para aquel oficio. Una extraña calma le invadió. Era la sangre fría que templaba sus nervios en los momentos críticos. Haría ver a aquellos dos traidores que su derecha no era un mito.

Se puso el albornoz y salió decididamente al pasillo, seguido de Whitney.

Un momento antes lo habían hecho Cicely y Diamond, dispuestos a ocupar sus sitios respectivos como espectadores.

Antes de salir, Cis murmuró temblorosamente:

—Suerte, Basil. Rezaré por tu victoria.

—A ti te la brindo, Cis.

El gran recinto estaba abarrotado de público. El humo del tabaco se movía en remolinos alrededor de los focos del cuadrilátero. Al dirigirse a su rincón, Dexter sintió las miradas de miles de espectadores fijas en él.

No tardó su rival en aparecer sobre la lona. Iba cuidadosamente peinado y sus compatriotas le aplaudieron calurosamente, mientras

el “speaker” anunciaba el combate y el árbitro subía al cuadrilátero, requiriendo la presencia de los dos púgiles en el centro del mismo.

Ambos se despojaron de su bata y acudieron. Basil no escuchó los consejos del corpulento hombre. Su mirada recorría atenta las filas de sillas. En la penumbra de la sala y cegado por los focos del “ring”, las siluetas se distinguían difícilmente. A pesar de ello, Basil vio a Cicely en la primera fila. Algo más allá, en la cuarta fila, su mirada tropezó con alguien que le hizo una señal de saludo con la mano: Era Daniel Sullivan.

La presencia de su novia y de aquel hombre robusteció su fe. ¡Vencería!

Se encontró de nuevo en su rincón, sin haber oído una sola palabra de lo que el árbitro dijera. Whitney le calzó los guantes.

Se mascaba en el aire la expectación. Cesaron por completo los murmullos, y una curiosidad impaciente se reflejó en los ojos del público. Whitney introdujo en la boca de Basil el protector de goma. El zumbador, indicador de “segundos fuera”, se dejó oír, y el compinche de Diamond descendió del “ring”, ocupando su puesto al lado del mismo.

Sonó la campana. Como impulsado por su metálica voz, Basil Dexter avanzó hacia el centro del cuadrilátero al encuentro de su rival. Los dos púgiles rozaron los guantes y se separaron al instante, estudiándose mutuamente. Jacques Dubois presentaba una guardia muy cerrada. Basil comprendió que le sería muy difícil llegar, con su derecha, hasta alguno de los puntos vitales de su contrario.

El galo hizo unas fintas, pero el joven no se dejó engañar. El puño izquierdo de Dexter, ligeramente adelantado, tanteó el terreno. Dubois quiso meter su izquierda y se intercambiaron unos golpes inofensivos, que desplazaron a los dos púgiles del centro del “ring”.

Un murmullo de aprobación se dejó oír en las filas de butacas.

Las piernas de Dubois se movían con una elasticidad asombrosa. Basil veía a su rival balancearse de un lado a otro, como una bailarina, pero no intentó cortar sus saltos. Tiempo habría para ello.

El francés, cansado de saltar alrededor de su contrario, sin que este diera la más mínima señal de nerviosismo, varió de táctica y se

echó adelante, amagando con la izquierda y ensayando un “crochet” de derecha, que Dexter encajó con facilidad. Este golpe enardeció al joven y parte de las reservas de dinamita que guardaba en sus puños se escaparon en dirección al francés, que retrocedió hacia las cuerdas ante el aluvión.

En la mente de los espectadores empezó a abrirse paso la idea de que no le iba a ser tan fácil a su ídolo desembarazarse de aquel muchacho de ojos grises y músculos potentes.

—¡Cuidado con la derecha, Jacques! —gritó alguien desde el rincón del francés.

Y Jacques siguió el prudente consejo hasta que la campana señaló el final del primer “round”.

—¡Qué lástima! —se quejó Dexter, cuando Whitney saltó junto a él, colocándole el pequeño taburete para que se sentara—. Ahora que empezaba a calentar los músculos...

Su cuidador le secó el sudor de la cara con la toalla, pero no demostró ninguna intención de darle masaje. Dexter volvió la cara hacia la butaca de Cicely. La joven le sonrió y juntó sus pequeñas manos en un gesto de saludo animoso.

“No te preocupes —le dijo Basil con los ojos—. Tumbaré al francés en dos minutos.”

Y después opinó en voz alta, dirigiéndose a Whitney:

—No he estado mal, ¿eh, Whitney?

—No... No está mal —respondió el aludido distraídamente.

La actitud de su segundo recordó a Basil que estaba ante un traidor, que no debía sentir su pellejo muy seguro a juzgar por su comportamiento. Aquel granuja no se molestaba ya en aconsejarle, como hiciera en los otros dos combates. Dexter sintió ganas de sentarle en la tercera fila de butacas de un puñetazo. Se acordó de Daniel Sullivan. ¿Qué pensaría el policía del primer asalto? Le buscó con la mirada. Se sorprendió al ver que su sitio estaba vacío. ¿Dónde estaba él? Volvió la cabeza con rapidez hacia el lugar donde debía encontrarse Joel Diamond. ¡Su “manager” también había desaparecido!

Cuando sonó la campana, el temor se apoderó de él. Quizá en aquellos momentos, el policía federal se estaba jugando la vida en su intento de descubrir a los hombres que ansiaban apoderarse de

los planos. Esta idea se grabó en su cerebro y pareció mermarle las facultades.

Rozó los guantes contra los de su contrario.

Además, Cicely había quedado sola, sin nadie que pudiese velar por su seguridad, pues los hombres de Sullivan seguramente andarían metidos en la “fiesta”. Quiso comprobar que Cis estaba todavía en su sitio, pero un izquierdazo de Dubois le hizo cambiar la cara de dirección.

Se tambaleó y dio unos pasos hacia atrás. Casi había olvidado que estaba sobre la lona de un cuadrilátero y ante un adversario ansioso de hacerle comprobar la eficacia de sus puños.

Cerró la guardia cuanto pudo. El francés seguía tan peinado como si estuviese en una fiesta de sociedad. Esto desagradó a Basil; pero le desagradaba mucho más todavía el “directo” que estalló contra su mandíbula, seguido de un “gancho” de izquierda, que casi le hizo doblar la rodilla.

El galo se estaba empleando a fondo. Parecía adivinar el estado de ánimo de su rival y quería sacar partido de él.

Por unos instantes, los puños de Dubois persiguieron al joven con machacona insistencia. Dexter tuvo que retroceder hasta las cuerdas. El entusiasmo del público comenzó a crecer al ver al americano arrinconado y castigado ferozmente por su adversario.

Dexter intentó concentrarse. Vio un hueco y lanzó su derecha, que llegó con poca potencia hasta el cuerpo del francés. Este retrocedió unos pasos y Basil aprovechó para alejarse de las temibles cuerdas.

El joven estaba desconcertado. Le parecía flotar sobre la resinosa lona del “ring”.

El galo volvió a la carga y logró conectar un potente golpe al plexo solar. Dexter acusó visiblemente el puñetazo y se descubrió el rostro. El reflejo de su adversario fue instantáneo. El “directo” que lanzó, con toda la potencia que pudo extraer de su puño izquierdo, estalló contra una de las cejas de Basil Dexter, abriéndola. Un hilillo de sangre comenzó a brotar de la herida, cegándole.

Un imponente rugido de la masa premió el golpe del francés. Los ánimos comenzaron a desbordarse en el “Palais des Sports”.

—¡Está “groggy”; Dubois, remátale!

Basil Dexter comenzó a ver a su rival a través de una ligera neblina. Los brazos le pesaban enormemente y a duras penas lograba mantenerlos delante del cuerpo.

Animado por su público, Dubois se lanzó contra él, dispuesto a no darle cuartel. Le castigó con un golpe al hígado, seguido de un “directo” a la ceja herida. El cuero del guante sonó como un estampido contra el rostro de Dexter, que salió disparado hacia atrás, desplomándose sobre la lona. La ovación estalló clamorosa. El público se puso en pie para ver mejor al hombre caído. El árbitro comenzó a contar enérgicamente.

—¡Uno...!

Basil Dexter, boca abajo, sintió contra el rostro la resina de la lona y cerró los ojos.

—¡...Dos...!

Cicely, de pie junto a una silla, se llevó las manos al rostro en un gesto de dolor desesperado.

—¡Basil, Basil!

—¡...Tres...!

La joven corrió hacia el borde del cuadrilátero. Dexter seguía inmóvil.

—¡...Cuatro...!

—¡Basil! —gritó Cis—. ¡No puedes ser derrotado así! ¡Levántate!

—¡...Cinco...!

A través del ensordecedor griterío, llegaron hasta Basil Dexter las palabras de su novia. Levantó la cabeza. Su cara estaba llena de sangre que manaba de la ceja abierta.

—¡...Seis...!

Cis tenía razón. ¡No podía darse por vencido! Sintió la rabia a flor de labios, como algo sólido y amargo. Apoyó los puños en la lona e intentó erguirse. Oyó cómo el árbitro seguía contando:

—¡...Siete...!

En un supremo esfuerzo, hincó la rodilla en la lona y se levantó trabajosamente. Las sienes le zumbaban. Buscó con la mirada al francés y avanzó hacia él tambaleándose

En aquel preciso instante, la campana se dejó oír, y su sonido pareció clavarse en los sesos del muchacho. El entusiasmo del público se desbordó. ¡El americano había sido salvado del K.O.!

Basil Dexter caminó hacia su rincón completamente “groggy”. Únicamente su pundonor le hizo sostenerse sobre sus tambaleantes piernas. Al llegar a su rincón lo encontró solitario. Whitney habíase esfumado. ¿Dónde estaba aquel maldito, que no acudía a atenderle cuando más lo necesitaba? Dexter le buscó con la mirada desesperadamente, agarrado a las cuerdas y sintiendo que sus piernas se negaban a sostenerle. Si Whitney no aparecía, el combate estaba perdido. No podría aguantar el siguiente asalto en el estado en que se encontraba.

La multitud comprendió que algo raro pasaba en el rincón del norteamericano. Se produjo un silencio extraño, seguido, inmediatamente después, de comentarios de sorpresa.

Dexter seguía agarrado a las cuerdas, con el rostro manchado de sangre y mirando de un lado a otro con ojos extraviados. Notó un movimiento en la mesa de los jueces. Estos parecían consultarse en voz baja algo. Al lado de la mesa se hallaba un hombre, que les hablaba, con enérgicos ademanes.

Finalmente, los jueces asintieron con la cabeza y el desconocido marchó hacia el “ring”, saltando ágilmente al rincón de Dexter. Era un hombre muy joven. Quizá tanto como Basil. Agarró al púgil y le ayudó a sentarse en el taburete que había subido con él.

—¡Animo, Dexter! —murmuró a su oído—. Yo me ocuparé de usted ahora.

—¿Y Whitney? —preguntó trabajosamente Basil, escupiendo el protector de goma, que le molestaba entre los clientes.

El desconocido le limpió la sangre de la herida y cortó la hemorragia, apretando con unas gasas los bordes de aquella.

—Su segundo ha sido invitado a una fiesta un poco ruidosa —respondió sonriente—. Seguro que se perderá el resto del combate.

Dexter cerró los ojos. Entendió perfectamente las palabras de aquel hombre. Al fin había llegado el momento de la lucha para Daniel Sullivan. Era curioso que los dos combates se desarrollaran paralelamente. Al menos esperaba que al federal le fuera mejor que a él.

Sintió un gran alivio al notar sobre sus doloridos músculos el masaje que su improvisado cuidador le daba con manos expertas. Al mismo tiempo, le hablaba con persuasivas palabras:

—Dexter, intente concentrarse. Usted no tiene perdido el

combate. Sus puños poseen mucha más potencia que los de su contrario. Él ha tenido suerte al pillarle desprevenido.

Basil abrió los ojos y los fijó en el rincón de Dubois. El francés se enjugaba la cara con la toalla húmeda. Su pelo seguía tan en orden como si acabara de pasarse el peine. Asentía con la cabeza y sonreía a algo que su cuidador le decía.

¡Maldita sea! Aquel bailarín se debía creer que tenía el combate ganado y estaba celebrando anticipadamente la victoria. Dexter sintió la sangre correr por sus venas como un río furioso. Sus brazos parecieron recobrar la fuerza y su pecho se hinchó. Las voces del público fueron superadas por una mucho más fuerte, que sonó en su cerebro, martilleándole en las sienes.

¡Tienes que vencer! ¡Tienes que vencer!

Traspasando la imperiosa voz, percibió el agudo toque del “gong”.

¡Tercer asalto!

Jacques Dubois se levantó con toda celeridad y casi corrió al encuentro de su adversario. Se notaba en él un ansia loca de aprovechar la debilidad del joven y despachar el combate por la vía rápida. Dexter se encontró con sus puños antes de llegar al centro del ring. Dubois lanzó una serie al rostro y al cuerpo del americano con la esperanza de aplastarle bajo la fuerza de sus manazas. Pero Basil esperaba aquello. Los puños del francés chocaron contra sus antebrazos, perdiéndose inofensivamente su potencia.

Al ver su primer intento fallido, Dubois se retiró algo y mantuvo la distancia unos segundos. La sorpresa aminoró su ímpetu. Creyó a su contrincante completamente debilitado y se engañó. Dexter había recuperado las fuerzas físicas y morales con gran rapidez. La voz de Cicely llegaba hasta sus oídos desde el mismo borde del “ring”.

—¡Tienes que vencer, Basil! ¡Tienes que vencer!

Se lanzó al ataque abiertamente. Sus enguantados puños hicieron retroceder al francés, obligándole a acortar las distancias. De un potente “swing” le lanzó contra las cuerdas. Jacques Dubois rebotó en ellas, y, al salir, fue cazado de un nuevo golpe de derecha que le obligó a retroceder otra vez. Por fin, el galo se despeinó y su rostro comenzó a acusar los golpes.

El público, que en un principio había permanecido mudo, como

si sus gargantas se hubiesen quedado afónicas por la sorpresa, comenzó a aplaudir fuertemente al americano. Cada golpe de este fue seguido de una ruidosa ovación. Parecía que las opiniones se habían dividido y Dexter pudo darse cuenta de que gran parte del público estaba con él.

Esto le animó aún más. El francés, ligeramente agachado, cubriéndose con el brazo derecho el cuerpo y con el izquierdo la cara, rehuía hábilmente sus ataques.

Dexter calculó mentalmente el tiempo. Debía quedar muy poco para que terminase el “round”. De un gancho de izquierda hizo estirarse al francés, que buscó rápidamente el cuerpo a cuerpo; pero Basil no le dio permiso para encontrarlo. Un “uno-dos” impresionante zarandéo a galo como si fuera un muñeco relleno de serrín. Dio media vuelta sobre sí mismo y cayó lentamente, de costado, sobre la lona.

La multitud se puso en pie como accionada por un mismo motor. Los segundos comenzaron a ser contados por el árbitro. Jacques Dubois encogió las piernas y se hizo un ovillo sobre el suelo. Basil Dexter, sin perder de vista a su rival, imaginó la táctica a seguir cuando aquel se levantara. Sabía que Jacques Dubois no estaba fuera de combate. Descansaba sobre la lona. Era un viejo truco de pugilista, que tiene diez segundos de tiempo para que las brumas se evaporen de su cerebro y los músculos recuperen algo de la fuerza perdida.

Cuando el árbitro bajó el brazo en el segundo nueve. Jacques Dubois sacudió la cabeza y se alzó sobre sus piernas. Su mejilla izquierda presentaba un color violáceo.

Rozaron los dos contendientes de nuevo los guantes y el galo intentó abrir brecha. Al hacerlo, su mandíbula quedó al descubierto una fracción de segundo. Era la oportunidad en forma de veloz relámpago, que se ofrecía a los ojos de Dexter. Antes de que su cerebro pudiese emitir ninguna orden, los reflejos saltaron automáticamente.

La terrible derecha de Basil Dexter abalanzóse hacia adelante como un ariete accionado por una carga de dinamita. El cuero duro y nuevo del guante reglamentario se aplastó en un golpe brutal contra el mentón de Dubois, que salió desplazado violentamente. Sus brazos se abrieron en cruz y después se desplomó, chocando

sordamente contra la lona.

Un grito de estupefacción fue emitido al unísono por miles de gargantas. Simultáneamente, los dueños de aquellas gargantas se levantaron. Por un momento, un silencio impresionante se hizo en el gran “Palais des Sports”... Tan solo la monótona voz del árbitro retumbaba contra las paredes del local.

—¡Uno... dos... tres...!

Los partidarios de Dubois miraban con contenida emoción a su compatriota, derrumbado sobre la lona, completamente inmóvil, como una estatua barrida de su pedestal por el huracán.

—¡...Cuatro... cinco...!

Basil Dexter se retiró a un lado. Su pecho subía y bajaba al compás de la agitada respiración. Se secó el sudor, que resbalaba por su frente, con uno de los antebrazos.

—¡...seis... siete... ocho... nueve...!

El brazo del árbitro, con el índice extendido, bajó enérgicamente cortando el aire.

—¡Diez!

Una estruendosa y prolongada ovación surgió de las filas de butacas y de los graderíos. El público francés, amante de las cosas buenas, premiaba la hazaña de aquel joven boxeador, que había derribado a uno de sus ídolos en el tercer asalto después de haberse recuperado de una manera insólita.

A Basil Dexter se le humedecieron los ojos. Aquellos eran los primeros aplausos ganados con sinceridad. Quiso mirar a Cicely, pero fue cegado por el resplandor de “flash” de los fotógrafos. Como entre brumas, sintió que alguien le levantaba el brazo.

—¡Vencedor: Basil Dexter, por fuera de combate!

Bajó del “ring”, sin darse cuenta exacta de por dónde lo hacía. Solamente vio como, de repente, surgía ante él la figura rubia de Cicely. Basil abrió los brazos y la joven se precipitó en ellos, llorando de alegría. Dexter notó la tibia humedad de sus lágrimas sobre el fuerte y sudoroso pecho.

CAPÍTULO XIII

SEGUNDOS antes de que terminara el primer “round”, Daniel Sullivan se levantó de su butaca. Acababa de ver, en uno de los extremos de la sala, al lado de las puertas que conducían a los vestuarios, como alguien le hacía la señal que había estado esperando desde que el combate comenzó.

Sin demostrar ninguna prisa, se dirigió hacia aquellas puertas por entre un estrecho pasillo de butacas cuyos ocupantes animaban apasionadamente a Jacques Dubois. Una vez allí, miró a su alrededor. Nadie reparaba en él, ni siquiera el empleado, encargado de custodiar la entrada, que estiraba el cuello para no perderse un solo detalle de lo que pasaba en el “ring”. Empujó uno de los batientes y se coló dentro.

Se encontró en un amplio pasillo a cuyos lados se veían puertas, pintadas de blanco. Sullivan avanzó por él hasta su final. Allí torcía hacia la derecha y se prolongaba en otro que se hallaba en penumbra. Únicamente una tenue luz roja brillaba encima de una de las puertas, situada a la izquierda.

El policía llevó mecánicamente la mano a la axila izquierda y comprobó que la pistola salía con facilidad de la funda. Era indispensable estar prevenido. De un momento a otro, los hombres con los que ya había tenido que luchar una vez podían entrar de nuevo en escena y entonces, ningún auxiliar mejor que el arma requisada a Korvic.

Casi al extremo del mal iluminado pasillo distinguió una escalera voladiza, que conducía, probablemente, a los grandes desvanes del Palacio de los Deportes. Ascendía pegada a la pared y el otro lado iba bordeada por una barandilla metálica. Bajo ella, arrinconados, aparecían varios aparatos de gimnasia.

El policía avanzó despacio. Sus pies no hacían el menor ruido al

deslizarse sobre el pavimento. Hasta él llegaban rumores lejanos de ovaciones. Un fuerte olor a linimento hería sus narices. Estaba ya a escasos metros de la escalera, justamente frente a la luz roja, que iluminó su figura fantasmagóricamente.

—¡Señor Sullivan!

La llamada fue solo un susurro casi imperceptible. El hombre del F.B.I. se detuvo y quedó en medio del pasillo, a escasa distancia de los aparatos de gimnasia, sin volver la cabeza hacia ningún lado. Su rostro, iluminado por algunos destellos de luz roja, era inexpresivo. Calmosamente sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. La llamada no se volvió a repetir. Lanzó una delgada columna de humo hacia adelante, que se tiñó ligeramente de rojo.

—Quédese ahí —ordenó en voz baja a su invisible interlocutor—. Sería contraproducente que alguien nos hallara aquí a los dos. Si alguna persona llega, será mejor que me encuentre a mí solo. Hable.

La voz que salía del rincón, donde estaban amontonados los aparatos, comenzó a decir algo. Apenas era un leve susurro, como un aleteo de ave nocturna. Sullivan escuchaba atentamente, con la barbilla ligeramente adelantada y dando chupadas al cigarrillo de una manera mecánica.

Al fin, el susurro cesó.

—Buen trabajo —murmuró el policía federal—. Ahora regrese a su puesto. Salga cuando yo me haya marchado. Ya sabe el camino.

Daniel Sullivan arrojó el cigarrillo y lo aplastó contra el suelo con el pie. Después se dirigió hasta el extremo del pasillo y doblando un recodo, avanzó por otro mejor iluminado que el anterior. Todos ellos formaban los interiores del Palais donde se encontraban las oficinas, los servicios y los vestuarios. Ahora se hallaban solitarios. Todo el mundo había salido a presenciar el ultimo combate de la vedada.

El policía se detuvo ante una puerta pintada de blanco, igual a las otras. Sonrió. Al otro lado de dicha puerta se encontraba algo de vital importancia para los Estados Unidos. El informador de Sullivan había sido exacto. Aquel era el vestuario de Basil Dexter. Ahora solo se trataba de penetrar en él y...

Unos pasos, que resonaban fuertemente, sin intentar disimular su presencia, atrajeron la atención del federal. Rápidamente giró

sobre sus talones. Por el pasillo avanzaba un hombre, vestido con el clásico uniforme del Palais. Al reparar en la presencia de Sullivan, se acercó hasta él y le miró de arriba abajo con curiosidad.

—¿Busca a alguien, *monsieur*? —preguntó el francés.

—Necesito entrar ahí —dijo Daniel Sullivan con toda naturalidad.

El hombre sonrió, abriendo una boca de oreja a oreja.

—Lo siento, *monsieur*, pero está prohibido el paso a los vestuarios. Si lo que usted busca son los servicios, están al otro lado del local. Hay un letrero que lo indica.

A Sullivan le dolió lo que hizo; pero no podía consentir que se interpusiera en su camino ningún obstáculo. Con una velocidad y precisión asombrosas, su mano rasgó el aire, extendida. Al hombre no le dio tiempo ni de presentir el peligro. Sintió un golpe seco y sus piernas se doblaron, incapaces de sostener el cuerpo. Antes de que llegara a desplomarse, Sullivan le recogió en los brazos, depositándole suavemente sobre el suelo.

—Lo siento, *monsieur* —se excusó el policía, como si el otro pudiera oírle—. Pero tengo que pasar a los vestuarios. Es imprescindible.

Después empujó la puerta de la cabina de Dexter. Estaba cerrada con llave. Pero para Daniel Sullivan una puerta cerrada no representaba ningún obstáculo. Con la varilla de acero, que siempre llevaba en el bolsillo maniobró en la cerradura. Luego empujó suavemente y la entrada quedó franca. Cogiendo al inconsciente empleado por debajo de las axilas, le introdujo en la estancia.

Esta era grandísima, con armarios empotrados en la pared y una puerta que conducía a la ducha. Un banco alargado, de madera, ocupaba toda la pared frontera. Varias sillas se esparcían por los rincones, encima de una de ellas estaba una de las grandes maletas de cuero de Joel Diamond, abierta y completamente vacía. En el centro de la habitación aparecía la mesa para dar masaje a los púgiles. Sobre ella, varios utensilios clásicos de boxeador.

Daniel Sullivan dirigióse hacia aquella mesa y sonrió. El promotor boxístico de Brooklyn había “camuflado” los para él peligrosos planos de una manera sencilla y perfecta.

A nadie se le hubiese ocurrido sospechar jamás de un boxeador y muchísimo menos suponer que un secreto, vital para una nación,

se encontraba en el interior del objeto más clásico de aquel.

Encima de la mesa descansaban dos pares de guantes sin estrenar, con el cuero reluciente, unidos por parejas por medio de las cintas que servían para sujetarlos a las muñecas del púgil. Sullivan sacó su estilete de acero y rasgó el material de uno de ellos. Hurgó en sus entrañas de guata y crin de caballo con dedos ágiles. No encontró nada. Lo dejó a un lado y repitió la operación con su compañero, con los mismos resultados. En el tercer guante, el policía federal tocó algo entre la guata, que hizo que sus ojos se iluminaran con un destello.

Eran dos tubos de plástico, de unos diez centímetros de largo, cuyo interior estaba ocupado por unos cilindros de papel muy fino. Al abrir uno de ellos y extender la larguísima tira de papel enrollado, su superficie reveló una serie de croquis, fórmulas y anotaciones.

¡Por fin! Daniel Sullivan tenía en sus manos los estudios que darían a los Estados Unidos la primacía del espacio y que dos traidores intentaron vender a una potencia extranjera.

Volvió a plegar la tira de papel, introduciéndola en el tubo de plástico. Después comprobó que el guante que quedaba no contenía ningún otro “cuerpo extraño”.

De pronto, inesperadamente, sus trabajos fueron interrumpidos. La puerta del vestuario se abrió violentamente, impulsada por una fuerte patada. Como un rayo, Sullivan llevó la mano a la pistola, pero antes de que pudiera arrimarla al pecho, varios hombres armados penetraron en la estancia. Al frente iba Joel Diamond.

—¡Quieto! —ordenó el traidor—. ¡Suba las manos al techo y suelte estos tubos inmediatamente!

Tras él se colocaron tres hombres, empuñando pistolas automáticas de fabricación europea. El más adelantado era un viejo amigo de Sullivan; el hombre de cabello rojo y corto. Sus fríos ojos no experimentaron ninguna sorpresa al ver al policía federal.

Daniel Sullivan obedeció la orden de Diamond. Los tubos de plástico, con su precioso contenido, quedaron sobre la mesa de masajes. El empleado del Palais des Sports seguía en el suelo, tendido boca arriba, como le dejara el federal, completamente inconsciente.

—Me parece que no le he valorado como se merece, amigo —

habló el pelirrojo con la mirada rija en Sullivan—. Creí que a estas horas estaría usted muerto. ¿Puedo saber qué ha sido de Korvic y del resto de mis hombres?

Daniel Sullivan sonrió.

—El que carece ahora de imaginación es usted. A mí nunca se me hubiera ocurrido semejante pregunta.

El pelirrojo achicó los ojos. Luego, volviéndose a uno de sus secuaces, ordenó:

—Zoltan, recoge esos tubos.

Antes de que el llamado Zoltan diese dos pasos, Joel Diamond intervino.

—¡Quieto! Yo los recogeré.

El promotor avanzó hacia la mesa, sin perder de vista a Sullivan.

Y en aquel instante, en el pasillo se oyeron unos ruidos extraños. Diamond se detuvo súbitamente. El hombre pelirrojo no perdió su aparente sangre fría. Hizo un movimiento con la mano que empuñaba la pistola y ordenó:

—Zoltan, al pasillo. Que nadie llegue hasta aquí.

El aludido dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. No hizo más que traspasar el umbral de la puerta cuando sonó una detonación. El cuerpo de Zoltan pareció experimentar un fuerte choque. Seguidamente se encogió, soltó la pistola que empuñaba y se desplomó pesadamente. En los ojos de los hombres que se encontraban en el interior del vestuario se reflejó la sorpresa.

Daniel Sullivan aprovechó este momento de indecisión con su acostumbrada rapidez. Bajando las manos, volcó la mesa que tenía ante él, y antes de que el borde de esta llegara a tierra, en su diestra apareció la pistola que perteneciera al barbudo Korvic. Diamond y los otros dos hombres iniciaron un movimiento de repliegue, sin preocuparse de los dos tubos de plástico que habían caído al suelo. El policía federal disparó. El acompañante del pelirrojo lanzó un grito ahogado y, llevándose las manos al pecho, acudió velozmente a su cita con el pavimento, quedando en el inmóvil.

La situación se tornó un tanto peligrosa para Diamond y para el misterioso comprador de su “mercancía”. A sus espaldas se hallaba

alguien con la intención de no dejar salir de allí bicho viviente y enfrente, parapetado tras la caída mesa, una pistola dispuesta a no dar cuartel.

El pelirrojo, dándose cuenta de que estaba metido en una ratonera mortal, arrojó la pistola al suelo y alzó los brazos, quizá pensando en la posible ayuda de su país ante los Tribunales.

—¡No dispare! —gritó—. ¡Me rindo!

Joel Diamond le miró con los ojos desorbitado por el miedo y la rabia. ¡Aquel perro maldito! ¡Le abandonaba cobardemente! Giró la cabeza en rededor suyo. La sombra de la silla eléctrica se dibujó ante él con aterradora claridad. ¡No le cogerían vivo! ¡Lucharía hasta el final!

Apretando los dientes, accionó el dedo índice, oprimiendo el gatillo de su automática ferozmente. Las detonaciones se sucedieron en loca carrera, retumbando contra las cuatro paredes de la estancia, hasta que el cargador quedó vacío de municiones. Las balas se incrustaron en la gruesa madera de la mesa tras la cual se escondía Sullivan.

Al darse cuenta de que su pistola había pasado a ser un juguete inofensivo, Diamond la lanzó rabiosamente contra el suelo. Tenía los ojos inyectados en sangre y jadeaba como una bestia herida.

—¡Malditos! —rugió babeante—. ¡No me entregaré jamás!

Con el valor de la locura, saltó hacia el escondite de Sullivan. Este, al verle venir, abandonó su refugio con la pistola en la mano.

Podía haber disparado a quemarropa sobre el traidor, pero era preferible entregarlo vivo al fiscal. El salto de Diamond se vio cortado bruscamente por un golpe salvaje, dado con el cañón de la pistola bajo la barbilla. Crujieron los huesos de la mandíbula, un alarido escapó de su garganta y el macizo cuerpo chocó contra el suelo en un golpe sordo.

El pelirrojo contemplaba la escena con las manos en alto y quizá dando gracias al diablo por haberse entregado a tiempo.

Alguien gritó desde el pasillo:

—Sullivan, ¿conservas todavía la cabeza sobre los hombros?

—Sin novedad, Preston —respondió el policía—. Podéis acercaros.

Poco después, revólver en mano, hicieron su aparición Preston y

otro hombre, llevando a empujones, delante de ellos, a Whitney, cuya nariz parecía más aplastada que de costumbre.

—Cayó en nuestras manos como un inofensivo ratoncillo —explicó el compañero de Wotman, señalando al secuaz de Diamond.

—¡Rápido, Roger! —ordenó Sullivan al hombre que había hablado—. ¡Al “ring”! Basil Dexter está solo y quizá te necesite.

—O. K., jefe

CAPÍTULO XIV

—¡Y O no ordené asesinar a Ethel Whitmore!

Joel Diamond gritó la frase por enésima vez desesperadamente. Se encontraba ante los impasibles rostros de Daniel Sullivan y sus dos jóvenes colaboradores. Su cara estaba húmeda por el sudor, que le resbalaba por el cuello hasta empaparle la camisa.

—Eso ya lo dijiste en París —habló Sullivan calmamente—. Ahora estamos en Nueva York y te conviene decir la verdad. Piénsalo bien, Diamond.

—¿Cómo quiere que se lo diga? No puedo acusarme de un asesinato que no he cometido. ¡Ethel era mi amiga!

Sullivan hizo un gesto de cansancio y, levantándose de la mesa de despacho tras la cual estaba sentado, se dirigió a la puerta, acompañado de los dos agentes, cuando hubieron salido, otro hombre entró a custodiar a Diamond.

En la salita donde se dirigieron estaban Cicely y Basil Dexter. Los dos vestían ropas nuevas, recién compradas.

—¿Ha confesado? —preguntó Dexter.

—Ese nombre no dio la orden de muerte contra Ethel Whitmore —afirmó el policía, encendiendo un cigarrillo.

—¿Cómo es posible? —preguntó Dexter—. A nadie más que a él le interesaba la muerte de la muchacha

—Sin embargo, Diamond es inocente de ese crimen. Estoy completamente seguro de ello. Hemos interrogado a Whitney y a él por separado. Los dos han coincidido, punto por punto, en sus declaraciones.

Sullivan hizo una pausa, lanzó varias columnas de humo, extraídas de su cigarrillo, y siguió:

—Los planos han sido devueltos intactos y la organización de espías disuelta... Hemos sido felicitados por el Gobierno; sin

embargo, no podemos decir que hayamos triunfado hasta que el asesino de Ethel Whitmore esté en nuestras manos.

Basil Dexter estaba pensativo. Hubo un momento en que se llevó la mano a la frente, como si intentara recordar algo que pugnara por mantenerse oculto en los recovecos de su cerebro.

—Señor Sullivan —dijo al fin—, ¿está seguro de que Diamond no fue el asesino de Ethel?

—Completamente seguro.

Basil se acarició el mentón. Hubo una pausa.

—Ahora recuerdo algo... —comenzó.

La atención de los allí reunidos se concentró en el joven, que consultó su reloj y terminó:

—Señores, si esperan aquí mismo una hora, tendré el placer de entregarles al asesino de Ethel Whitmore

Por un momento la noticia pareció desconcertar a los presentes. Únicamente Sullivan conservó su característico aplomo, reflejado en la mirada tranquila y serena.

El muchacho, después de la sensacional declaración, se levantó y se dirigió hacia la salida.

—¡Basil! —gritó Cicely—. ¿Qué vas a hacer?

La joven alcanzó a su novio casi en la misma puerta

—No te preocupes, Cis. Quédate aquí. No me pasará nada.

Daniel Sullivan hizo una seña a sus hombres.

—Comprendido, jefe —murmuraron a dúo.

Basil Dexter salió, dejando a Cicely con los policías. Anochecía. Minutos después paraba un coche de alquiler y ordenaba al conductor:

—Al noventa y ocho de Joralemon Street, Brooklyn.

Mientras el coche se iba deslizando por las larguísimas calles neoyorkinas, en el interior del impetuoso Basil Dexter las ganas de lucha crecían de manera arrolladora. Le pareció que el taxi tardaba demasiado en llegar. Le hubiese gustado encontrarse ya frente al asesino.

—¡Más deprisa, por favor!

Por fin el automóvil se detuvo frente al noventa y ocho de Joralemon Street. El joven saltó al suelo. Allí estaba el local en el cual se podía decir que comenzó toda su aventura: La taberna de

“El Turco”.

Dexter empujó la puerta de madera y cristales siempre empañados. Una bocanada de aire pringoso y caliente le dio en pleno rostro. El local estaba, como siempre, abarrotado de alegres clientes. Tras el mostrador, Dexter distinguió a “El Turco”, sirviendo con pasmosa rapidez todo lo que se le pedía.

Luego de abarcar con una rápida mirada todo el local, Dexter lo atravesó hacia la puerta de cristal esmerilado, que conducía a los billares. Sin titubear, la abrió y se introdujo. La hoja, accionada por un muelle, se cerró tras él.

Permaneció un rato inmóvil, observando a los jugadores, que se encorvaban sobre los verdes tapetes. Nadie reparó en él. Por último, los ojos de Dexter tropezaron con la espalda de alguien y su boca se contrajo en una mueca. Avanzó lentamente hacia aquella espalda.

Al detenerse justo detrás de ella, varios jugadores, de narices aplastadas, se fijaron en él. Súbitamente se hizo el silencio a su alrededor. Muchos rostros expresaron inquietud, otros curiosidad y otros, muy pocos, permanecieron impassibles. El hombre que estaba de espaldas, inclinado sobre la mesa, se irguió y se volvió al notar algo extraño. Entonces sus ojos se encontraron con los de Basil Dexter y parpadearon sorprendidos.

—¿Qué tal está el gran “Tiger” Kane?

Dexter hizo la pregunta a media voz, pero en el silencio que reinaba, sonó como un trallazo.

—¡Ja, ja! —rio torpemente el púgil—. ¡Pero si es Dexter! ¡El triunfador de París!

El aliento le olía a alcohol y las palabras salieron de su boca con dificultad. Sin duda su estómago contenía una dosis bastante respetable de whisky.

—El triunfador de París... ¡Ja, ja! —seguía diciendo, entrecortadamente, Kane—: ¡“Tongo”...! Todo asqueroso “tongo”. Muchachos —continuo, volviéndose a sus amigos—, este hombre está... está “sonado”. Él nos ha dejado a todos sin trabajo. Él ha metido en la... cárcel a nuestro... buen promotor... a nuestro buen Diamond.

—¡Basta ya, Kane! —ordenó Dexter avanzando más hacia él—. Déjate de estupideces. Estás borracho y yo te voy a decir por qué.

Los enrojecidos ojos de “Tiger” Kane se clavaron en los del joven.

—¿Tú me vas a decir por qué, novato? —murmuró roncamente—. Me emborracho porque quiero y... y porque tengo la suficiente “pasta” para pagar mi whisky. ¡Ja, ja!

—Te emborrachas para ahogar tus remordimientos —aseguró Basil.

—¿Mis remordimientos? ¿Con qué se come eso?

—Hablemos claro, Kane. ¡Tú ordenaste asesinar a Ethel Whitmore!

El silencio era absoluto. Nadie jugaba ya al billar, considerando, sin duda, mucho más interesante aquella escena. La actuación de Dexter era directa, contundente, como un golpe de su puño derecho.

“Tiger” Kane no respondió. Parecía abrumado por la sorpresa. Dexter le agarró por el cuello de la chaqueta.

—¡Vamos, contesta! Yo te vi discutir con ella en los pasillos del Diamond Arena. ¿Por qué?

Los ojos de Kane brillaron furiosamente como los de la fiera cuyo nombre llevaba. Se irguió y se deshizo bruscamente de las manos de Basil. Los efectos de la borrachera parecían haberse esfumado para dejar paso a la ira.

—¡Maldita sea! —rugió—. ¡Sí, yo fui! ¡Yo ordené a Carthy que la diera un buen susto; pero el muy bestia la mató! Ahora me alegro. ¡Sí, me alegro! —repitió retador—. Ella siempre me estaba despreciando, como si yo no fuera tan hombre como el que más. ¡La muy perra!

Mientras Kane hablaba alocadamente, sin poder darse cuenta de lo comprometedor de sus palabras, Basil Dexter se despojó, con lentos movimientos, del abrigo y de la americana, tirando ambos sobre el verde tapete de una de las mesas de billar.

—Bien, Kane —dijo cuando el otro hubo callado—. Todos hemos oído tu interesante confesión. Ahora, antes de ponerte en manos del F.B.I., te demostraré que, para vencerte, no necesito apelar al “tongo”.

Un murmullo recorrió las filas de los sorprendidos mirones. Aquel Dexter era un caso fuera de serie. ¿No estaría de verdad

“sonado”?

“Tiger” Kane, que después de su sensacional confesión, había quedado con los dientes apretados, resbalándole el sudar por la estrecha frente, miró a su acusador como si no comprendiera sus intenciones. Al fin, en su obtuso cerebro se grabó la idea de que tenía que pelear contra aquel hombre.

—¡Ja, ja! —gruñó sordamente—. ¡Te destrozaré con mis puños!

Rápidamente se despejó de la americana.

En la puerta que conducía al bar, dos hombres observaban la escena. Uno de ellos usaba corbata de lazo y sombrero de fieltro. Su acompañante hizo ademán de dirigirse hacia los dos inminentes luchadores.

—Quieto, Preston —ordenó Daniel Sullivan—. Esto va contra las ordenanzas, pero les dejaremos pelear. Será la reivindicación de Basil Dexter.

Los mirones, entretanto, retrocedían, dejando un gran espacio libre. Dentro de él se encontraban varias mesas de billar y, entre ellas, en un pequeño claro, los dos combatientes.

El primero en atacar fue “Tiger” Kane. Lo hizo rugiendo y en tromba, como si deseara machacar materialmente a su rival. Su carrera fue detenida por un golpe de derecha a la cara. Se cubrió esta, pero entonces Dexter le hizo retroceder con varios golpes de izquierda al hígado. Kane intentó ordenar su ataque, mas antes de conseguirlo se vio desplazado por un violento “crochet”, que le tumbó sobre una de las mesas de billar.

Se levantó de ella rabiosamente, con la boca llena de espuma y de bilis. Tenía las pupilas cruzadas por infinidad de hilillos rojos.

Dexter le esperaba con la guardia cerrada. Kane soltó un zurdazo tremendo, intentando llegar al rostro de aquel. No lo consiguió. Su puño tropezó antes con el brazo izquierdo del rival.

—Has perdido facultades, “Tiger”. Hay que buscar los puntos vitales. ¡Así!

La lección teórica fue acompañada de la correspondiente práctica. El puño derecho del joven se incrustó debajo de la barbilla de “Tiger” Kane. El cuerpo del asesino moral de Ethel fue violentamente desplazado hacia atrás, tropezó con una de las mesas, montó sobre ella y, dando una vuelta sobre sí mismo, se

desplomó por el otro lado con el poco conocimiento que normalmente tenía completamente perdido.

* * *

La señora Feldman terminó de servir el café, dejó la cafetera sobre la bandeja, afianzó su humanidad sobre el pavimento y sonrió como lo hubiese podido hacer el hombre de Cromagnon.

—Siempre dije que este muchacho llegaría muy lejos —y señalaba, con su enorme índice a Basil Dexter—. Pero que muy lejos.

La mujer y los cuatro hombres que estaban alrededor de la mesa sonrieron mientras la bigotuda patrona se alejaba hacia el interior de su cubil.

—Tiene razón, Basil —apostilló Sullivan—. Usted llegará a campeón del mundo de los medios.

—¡Oh, señor Sullivan! —exclamó Cicely—. Me da tanto miedo esta profesión...

—No tema, señorita —le tranquilizó Roger, el más joven de los agentes federales—, su novio tiene los puños de hierro. ¡Lástima que no se le haya ocurrido ser agente federal!

—A propósito, señor Sullivan —intervino Basil Dexter—. Hace tiempo que tengo ganas de que me aclare una cosa.

—Usted dirá.

—Cuando íbamos a salir hacia París, usted me habló de tres agentes especiales. Sin embargo, posteriormente, yo solo he conocido a dos, que son los que están aquí presentes. ¿Qué fue del tercero?

Daniel Sullivan apuró su taza de café, sonrió y contestó al joven:

—Podría decirle que el tercer agente era Marcel el francés, pero no lo haré.

Cicely se removió en una silla... Sullivan continuó:

—Al tercer agente lo tiene usted ante sus ojos.

—No comprendo —se excusó Basil—. No me irá usted a decir que Cicely...

—Se lo digo, Basil —ratificó el policía—. Cicely Tower, su prometida, ha sido, accidentalmente, por unos días, una eficaz colaboradora del F.B.I.

—Se están burlando de mí.

—No, Basil —intervino Cicely con su dulce voz—. Están diciéndolo la verdad.

—¡Pero, Gis, tú...!

—Sí, Basil. El señor Sullivan fue muy amable al ocuparse de todos los detalles para que yo pudiera acompañarte a Europa. Él me explicó toda la verdad sobre tu situación. Lo hizo para que yo pudiera saber los peligros a que me exponía si me trasladaba a París. No me importaron estos peligros, pero entonces pensé que yo podía servir de algo en este viaje y así se lo dije al señor Sullivan.

—Y yo acepté estos servicios —continuó Sullivan—. ¿Quién mejor que ella para espiar a Diamond sin levantar sospechas? Era la persona, aparte de usted, que más cerca podía permanecer del traidor. Debo confesar que Cis fue el auxiliar más valioso de la expedición. Ella descubrió el escondite de los planos, y mientras usted peleaba sobre el “ring” del Palais, ella me comunicó dicho escondite.

Basil Dexter estaba anonadado.

—Pero, Cis, corriste un peligro tremendo. Y yo sin saberlo.

—No creímos oportuno comunicártelo —explicó Preston Wotman—. Es indudable que la noticia hubiera mermado sus facultades.

Los dos novios se miraban a los ojos. Era evidente que, en aquel instante, ignoraban la presencia de todo el mundo.

Los tres hombres del F.B.I. hicieron intención de levantarse; pero antes de que lo hiciera, Basil Dexter intervino:

—Un momento, señor Sullivan. Usted piensa que es el único capaz de dar sorpresas, ¿eh? Pues bien, escuche esto: Prepárese para ser el padrino de nuestra boda. Nos casamos dentro de tres días.

—¡Hurra! —gritó Preston, dando un salto sobre la silla, que estuvo a punto de originar una catástrofe en el juego de café de la señora Feldman.

Sullivan, que se estaba levantando, quedó parado en mitad del camino. Efectivamente, el joven había conseguido sorprenderle. Él ya sabía que aquellos dos muchachos se tenían que casar. Era lo normal. Pero de eso, a ser el padrino...

El hombre del F.B.I. se encogió de hombros. Cuando le dijera a Susan que se tenía que meter en un nuevo lío...

FIN

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 6-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 226
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferreo-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.